FL
355
CRU

LA CRUZ Y LA ESPADA.

X. Xilo-8700

LA CRUZ Y LA ESPADA,

R. 52.065

NARRACIONES

DE LA GUERRA DE ORIENTE.

CAMPAÑAS DE 1854 Y 1855.

OBRITA ESCRITA EN FRANCES Y PUBLICADA EN PARIS ESTE AÑO, Y TRADUCIDA AL ESPAÑOL POR D. CLAUDIO LOPEZ, CANONIGO DE LA STA. IGLESIA CATEDRAL DE CADIZ, CABALLERO COMENDADOR DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN ESPAÑOLA DE CARLOS III, ETC. ETC,

A. M. D. G.

BIBLIOTECA PROVINCIAL Cadiz

CÁDIZ.

IMPRENTA DE LA REVISTA MEDICA.
1856.

El producto de esta edicion se aplicará al establecimiento de los huérfanos del cólera de 1854, *fundado en esta ciudad por su digno actual Obispo.*

CÁDIZ.—Imprenta, lib. y lit. de la revista medica, *plaza de la Constitucion, n.* 11.

Al Ejército y Marina Españoles.

Creyendo oportuno que esta obrita tenga su dedicatoria, no he necesitado buscar á quien dirigirla: ella misma me indica, que debo hacerlo á nuestro valiente ejército y noble marina.

Y en efecto, ¿á quién mejor? Tanto el uno como la otra tienen la conciencia de que, si su *mision* ha sido importante en todos tiempos, lo es hoy mas que nunca. Su digna ambicion no reconoce por lo mismo otro objeto, que el fin salvador de su poderosa institucion: en su afianzamiento están empeñados no solo su honor, su lustre y su propia existencia, sino la vida misma de la sociedad entera; y como saben por su gloriosa historia cuál es el camino que conduce á fin tan sagrado, reconocen, como sus antepasados, por su escudo y divisa la fé en Aquel, que por excelencia "*es el Dios de los ejércitos.*"

Si esta verdad redentora, que tan de relieve se presenta en todas nuestras glorias nacionales necesitára aun de corroboracion, este librito ofrece

una palpitante, concluyente y consoladora; pues prueba hasta la evidencia, que el verdadero triunfo de la *Espada* está íntimamente ligado con la táctica peculiar de la *Cruz*, que enseña á vencer, y á hacer uso de la victoria.

Por estas razones, y por el afecto que profeso á estas nobles instituciones, hermanas inseparables, me determino á dedicarles esta obrita, en la confianza de que su nunca desmentida caballerosidad le dispensará el honor de una benévola acogida, tanto por el mérito de su contenido, como por los buenos deseos de su apasionado y humilde Capellan y servidor q. b. s. m.

Cádiz 21 de Noviembre de 1856.

CLAUDIO LOPEZ.

Prólogo del traductor.

La apología mas elocuente que puede hacerse de esta obrita, cuya traduccion me atrevo á ofrecer al público, es la aceptacion general que ha obtenido en Francia, y en donde quiera que ha sido conocida (1). Tres numerosas ediciones del original se han hecho en los primeros meses del año actual, y á fines de verano ya no se encontraban ejemplares; pero he tenido la suerte de que un amigo del otro lado de los Pirineos me regalase uno, que he leido con mucho gusto y utilidad, esclamando con frecuencia: *"¡Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso!"* (2). Creo que sucederá lo

(1) El Sr. Arzobispo de Santiago ha hecho el elogio de esta obrita transcribiendo varios trozos de ella en una pastoral reciente.

(2) Apoc. 15. 3.

mismo á cuantos la lean. En los admirables hechos, que con maestría se refieren en ella, Dios habla á los sentidos, y al entendimiento de tal manera, que parece percibirse el eco de su voz, que dice al ejército y á la escuadra franceses; *"Vosotros sois mi pueblo, y Yo vuestro Dios....* (1) *el Dios de los fuertes, que inclino á mi voluntad la balanza de las cosas y de los acontecimientos....* (2) *confiad en Mí, y no sereis confundidos....* (3) *Vuestra será la victoria....* (4)

Así lo comprendieron estos hijos de la Iglesia, y desde luego entraron de lleno en el pacto santo, principiando por humillarse delante de la espiacion que fué severa (5); y Dios los ha ensalzado en cien batallas, que el mundo ha visto con asombro coronadas con la victoria mas insigne, que ufana registrará la Francia en sus ya brillantes anales, y que la Iglesia recordará tambien como un señalado y completo triunfo de su doctrina santa sobre las máximas disolven-

---

(1) Deut. 26. 18.
(2) Gen. 46. 3.
(3) Ps. 12. 6.
(4) Mach. 15. 21.
(5) El cólera y otras enfermedades que los diezmaron de un modo espantoso en Gallípoli, Constantinopla, Varna, el Pireo, la Crimea, y en las escuadras del Mar Negro y del Báltico.

tes, que en estos tiempos de angustia amenazan destruir á la sociedad por su base.

De lo dicho se deja conocer fácilmente el fin que me ha movido á traducir y publicar este librito. Su contenido es una gran verdad, es un hecho elocuente, que disipa los delirios de nuestros *gratuitos* regeneradores. Sin duda el creyente encontrará en su lectura un recreo, y el escéptico un cuadro digno de su detenido estudio.

Prólogo del autor.

Este librito sobre la guerra de Oriente ha sido escrito por el ejército francés. Generales, oficiales y soldados refieren en él por sí mismos sus trabajos, y espresan sus sentimientos. Nuestras hermanas de la caridad, y nuestros capellanes figuran en él como han figurado en el campo de batalla, en las trincheras, en los campamentos y en los hospitales. Nosotros nos hemos limitado á recoger las cartas y algunos detalles publicados en los diarios. Tambien aparecerán algunos hechos nuevos que hemos adquirido de procedencia segura; pero estos son en escaso número.

Al reunir estas bellas páginas no hemos soñado hacer una historia, solamente hemos querido presentar al público algunas *narraciones*, y manifestar en todo su resplandor el espíritu profundamente cristiano del ejército francés. ¿Era necesario revisar

estas *narraciones* y darles un estilo? Nosotros no lo hemos juzgado así. Cualquier arreglo de esta naturaleza hubiera debilitado la obra, porque sin poder mejorar su mérito, hubieran padecido mucho su sencillez y su autoridad. Estas cartas escritas á una madre, á parientes y amigos tienen una espresion de candor y belleza, de que las hubiera despojado aun la mejor composicion literaria; así como hubieran perdido su carácter de autenticidad las que son de autores desconocidos, si se les hubiera borrado su estampa natural. En todas ellas se descubre el corazon del que habla; y como estos corazones estén colocados á una altura noble, hay en su lenguage una grandeza y una uncion que con nada podrian sustituirse. Además que varios han publicado ya, y publicarán aun otros la historia de Oriente, de un modo que satisfaga toda clase de gustos literarios.

Nosotros ofrecemos aquí sobre todo una recopilacion de documentos originales, documentos que pertenecen no solo á la historia de la campaña de la Crimea, sino tambien á la historia de la Francia, y de la Iglesia de que serán parte. Estas cartas esparcidas en los diarios se perderian sin poderlo remediar en los millares de ejemplares que de los mismos se publican. Por lo tanto

nosotros las hemos recogido por el honor de nuestro ejército, y como un testimonio digno de todo aprecio y respeto. Así es que nuestra tarea se ha reducido á acumular estas narraciones en el órden de los acontecimientos, á encadenarlas entre sí y á agregarlas ciertos detalles sobre las operaciones militares, y la organizacion material del ejército, de manera que el lector pueda seguir con facilidad los diversos incidentes de la guerra, y presenciar la maravillosa obra, que á la par se efectuaba en las almas. En una palabra, hemos querido evitar la confusion que hubiera destruido el interés, añadiendo de nuestra parte solamente lo preciso para hacer mas atractivos y mas fructuosos los grandes ejemplos que referimos.

CAPITULO I.

La primera campaña de Crimea

CAUSAS DE LA GUERRA.

El 29 de Enero de 1854, el emperador de los franceses dirijió al emperador de Rusia una carta en la que hacia el último esfuerzo para impedir que llegase á estallar la guerra. Napoleon III esponia las causas y el carácter del conflicto que se habia suscitado entre la Francia y la Inglaterra de un lado, y la Rusia del otro con motivo de la Turquía. Indicaba los medios mas á propósito para disipar los peligros, que amenazaban al reposo de la Europa, y concluia su carta apelando á la generosidad y á la humanidad del Czar Nicolás. Es menester citar algunas líneas de este memorable documento á fin de hacer comprender mejor todo lo que hemos efectuado desde entonces, y de patentizar hasta qué punto ha sido abatido ya el orgullo ruso.

"V. M., decia Napoleon III, ha dado tantas pruebas de su solicitud por el reposo de Europa, al que ha contribuido tan poderosamente por su influencia bienhechora contra el espíritu de desórden, que no me atreveria á dudar de su resolucion en la alternativa que se presenta á su eleccion. Si V. M. desea tanto como yo una conclusion pacífica, ¿habrá nada mas sencillo que declarar, que se firmará un armisticio, que se seguirá tratando de las cosas por medio de la diplomacia, que cesará toda hostilidad y que todas las fuerzas beligerantes se retirarán de las posiciones que han tomado por la guerra?

"Así las tropas rusas abandonarian los Principados, y nuestras escuadras el Mar Negro. Prefiriendo V. M. tratar directamente con la Turquía, nombraria un Embajador que negociase con un plenipotenciario del Sultan una convencion que se someteria á la conferencia de las cuatro potencias. Si V. M. adopta este plan, sobre el cual la Reina de Inglaterra y yo estamos enteramente de acuerdo, la tranquilidad queda restablecida, y el mundo satisfecho. Nada en verdad, hay en este plan que no sea digno de V. M., nada que pueda herir su honor. Pero, si por un motivo dificil de comprender, V. M. se opone, entonces la Francia y la Inglaterra

se verán obligadas á dejar á la suerte de las armas y á los acasos de la guerra lo que podria decidirse hoy por la razon y por la justicia."

Estas proposiciones dejaban intactas todas las posesiones de la Rusia, y mantenian la supremacia de su escuadra en el Mar Negro. El Emperador Nicolás las rechazó. Hoy Anapa, Kertch, Eupatoria, Kinburn y otras diez fortalezas de las provincias Orientales del imperio ruso han sucumbido á nuestro poder. Sébastopol, la ciudad mas importante, la reina del Mar Negro, no ofrece sino ruinas: la escuadra rusa tan altanera y amenazadora en otro tiempo está completamente destruida. Los ejércitos del Czar han sido batidos en cincuenta combates: han perdido las cuatro batallas de el Alma, Balaclava, Inkermann y Traktir. Si continuara la guerra, la campaña de 1856 nos aseguraria el resto de la Crimea; cuya conquista habia costado á la Rusia cincuenta años.

En el Norte, Bomarsund ya no existe, Sweaborg ha sido bombardeado con un éxito completo, y la escuadra rusa del Báltico no se ha atrevido á salir de los puertos en que se guarecia.

Recordemos sumariamente las fechas mas memorables de esta primera parte de la guerra de Oriente.

Sébastopol fué tomado el 8 de Setiembre de 1855, fiesta de la Natividad de Ntra. Sra. El Mariscal Saint-Arnaud se embarcó para la Crimea el 6 de Setiembre de 1854. ¡Qué cosas tan grandes se han realizado en un año! El 14 los ejércitos aliados desembarcaban en Old-Fort, cerca de Eupatoria, el 16 marchaban contra el enemigo, el 20 lo batian en el Alma, y aunque ocupaba posiciones consideradas casi inexpugnables, su derrota fué pronta y completa. El camino de Sébastopol quedaba libre, y nosotros nos establecimos delante de esta ciudad el 26 de Setiembre: desde el 4 de Octubre nuestras primeras baterías quedaron colocadas, y comenzamos á atacar en forma las baterías enemigas.

El Mariscal Saint-Arnaud murió el 28 de Setiembre en el momento que Francia recibia la noticia de la victoria de el Alma. Esta desgracia no abatió el ánimo de nuestras tropas, que veian en el general Canrobert el digno sucesor del gefe que perdian.

El sitio comenzaba á la entrada del invierno, la tentativa era atrevida, y muchos la encontraban si nó insensata al menos temeraria. Los rusos contaban para vencernos con la lluvia, los vientos, la nieve y el hielo. Y efectivamente parecia difícil que un ejército compuesto en gran parte de reclútas,

que hacian la primera campaña, tuviera fuerza para sobrellevar las privaciones, los padecimientos, y los duros trabajos que aguardaban á las tropas aliadas: no obstante se superó la formidable prueba. Hubo sin duda grandes dificultades que vencer, pero la energía, la decision y el buen humor de los soldados franceses no vacilaron un instante. Este es, en verdad, uno de los hechos mas sorprendentes de esta memorable campaña. Los ingleses á pesar de su valor, de su tenacidad proverbial y de los ejemplos que escitaban su emulacion, no pudieron sostener esta lucha contra la mala estacion. Su ejército parecia perderse bajo las nieves que cubrian la llanura de Balaclava; los franceses se encargaron de una parte de los trabajos del sitio encomendados en el principio á sus aliados. La inferioridad de la administracion inglesa seguramente contribuyó algun tanto al descaecimiento de estos bravos soldados; pero esto no esplica suficientemente el triste acontecimiento. Los ejércitos se sostienen por el impulso moral, los sentimientos que agitan y gobiernan al espíritu y al corazon comunican ó quitan al cuerpo las fuerzas de que necesita. El ejército francés está animado de un espíritu verdaderamente religioso desde que ha comenzado la guerra: él cree, él ora, hé aquí

el por qué nó se desalienta.

Volvamos á la narracion sumaria de los acontecimientos. Los rusos viendo que habiamos formado el designio de quedarnos delante de Sébastopol, y de apoderarnos de él, acordaron arrojarnos al mar, y hasta tuvieron la imprudencia de anunciar con arrogancia esta resolucion.

El 25 de octubre hicimos la primera tentativa. Liprandi, uno de sus mejores generales, atacó los puestos avanzados del campamento inglés, situados en las alturas de Balaclava, y guarnecidos por los turcos. El ataque le salió al principio bastante bien; pues tomó cuatro reductos y consiguió retenerlos. La caballería de nuestros aliados, que se comprometió en una carga temeraria, y que efectuó con el valor mas denodado, perdió mucha gente. No obtante, el enemigo no pudo hacer progresos importantes. La infantería y artillería inglesas no se ciñeron á impedir que los rusos avanzasen, sino que recuperaron una parte del terreno, del que se habian apoderado aquellos. Los franceses á pesar de la distancia que los separaba de la lucha, entraron pronto en la línea de batalla, nuestros cazadores de Africa acudieron á galope, cargaron con impetuosidad, y pusieron en derrota á los cuerpos que se les opusieron, dejando así

frustrado el golpe de mano de Liprandi.

Diez dias despues los rusos atacaron de nuevo: esta fué la batalla terrible de Inkermann. En la mañana del 15 de Noviembre una columna fuerte del enemigo á favor de una espesa niebla llegó al campo de nuestros aliados sorprendiéndolos y arrebatándoles los primeros puestos, y avanzaba de modo que cortó en dos al ejército ingles. El éxito de esta maniobra hubiera permitido á Menschikoff coger de flanco al ejército francés. La guarnicion de Sébastopol hizo una salida contra nuestras trincheras para así apoyar el ataque de su ejército auxiliar. A pesar de una enérgica resistencia aflojaban los ingleses abrumados por el peso de la multitud; los rusos ganaban terreno trayendo sin cesar tropas de refresco. Un momento pudieron creerse vencedores; pero desde que el ruido de la artillería y fusilería habia hecho comprender que se trataba de un ataque general, el general Canrobert dió órden á los generales de division, y el ejército frances se presentó á socorrer á su aliado. En efecto, el general Bosquet y su cuerpo aparecieron en el campo de batalla, cuando creian los rusos tener ya asegurado el éxito. ¡Ahí están los franceses! gritaron con entusiasmo los ingleses viendo en ellos su salvacion, como efectivamente sucedió. La

llegada de nuestras tropas cambió enteramente la faz de las cosas. Y aunque Menschikoff envió nuevos refuerzos, y conservó la ventaja del número, la derrota de los rusos fué pronta, completa, horrible. Perdieron unos quince mil hombres; y si no renunciaron á la idea de lanzarnos al mar, al menos aplazaron por mucho tiempo la ejecucion.

Esta gran batalla, este gran suceso nos proporcionó seguir el sitio con un poco mas de seguridad; pero los rusos aunque vencidos tres veces, no estaban desanimados. Mientras duró esta ruda campaña de invierno, en la que nuestros trabajos avanzaban siempre aunque lentamente, el enemigo trató muchas veces de cogernos desprevenidos, é hizo numerosas salidas; pero fué rechazado en todas.

El ejército frances estaba entonces, y estuvo hasta el fin del sitio, dividido en dos cuerpos. El general Bosquet vigilaba los movimientos del enemigo, cuyo ejército auxiliar amenazaba diariamente, mientras que el cuerpo encargado del sitio escavaba bajo la lluvia, la nieve y el hielo, el terreno peñascoso que rodeaba á Sébastopol. Las trincheras se inundaban con frecuencia, la ropa mojada se helaba sobre los hombros que la llevaban, y sin embargo trabajaban y se batian sin descanso. Los tiradores francos ten-

didos en un hoyo en acecho y con el fusil en mano protegian á los trabajadores, que con frecuencia tenian que dejar el azadon por el fusil.

Los generales sabian participar de los sufrimientos de los soldados. El general Canrobert que tuvo el mando en gefe durante este formidable período, visitaba á menudo las trincheras, y vivia en la tienda de campaña dando á todos el ejemplo de la confianza y de la resolucion. El domingo hacia una marcha larga sobre la nieve ó sobre el barro helado para asistir á la misa del estado mayor en gran uniforme. Su serenidad imponia á todos la confianza y la paciencia: el ejército se salvó.

En el mes de Abril 350 piezas francesas y 150 inglesas estaban en línea y bombardeaban la plaza. Los rusos habian creido que el invierno los libraria de nosotros; pero debieron comprender despues, que la buena estacion presenciaria su caida.

El 19 de Mayo el general Canrobert entregó el mando del ejército al general Pélissier; hizo aun mas, se puso á las órdenes de aquel á quien él mandaba el dia anterior: fué un doble ejemplo de abnegacion; y el lenguage que en la ocasion tuvieron los dos generales formará una de las mas bellas páginas de la historia de esta guerra tan fe-

cunda en sucesos grandes. Hé aquí la órden del dia que publicó el general Canrobert.

"¡Soldados!

"El general Pélissier, que manda el primer cuerpo, toma desde este dia el mando en gefe del ejército de Oriente.

"El Emperador al poner á vuestra cabeza un general acostumbrado á grandes mandos, encanecido en la guerra y en los campos, ha querido daros una nueva prueba de su solicitud, y preparar con ventaja los sucesos, que dentro de poco coronarán vuestra enérgica perseverancia; creedlo así.

"Al bajar de la elevada posicion, en la que las circunstancias y la voluntad del soberano me habian colocado, y en la que vosotros me habeis sostenido en medio de las pruebas mas duras con vuestras virtudes guerreras, y la decidida confianza con que no habeis cesado de honrarme, no me separo de vosotros, pues me ha sido concedida la dicha de participar mas cerca aun de vosotros de vuestras gloriosas fatigas, de vuestros nobles trabajos; y bajo la hábil y firme direccion del nuevo general en gefe, continuaremos unidos combatiendo por la Francia y por el Emperador.

"Cuartel general delante de Sébastopol 19 de Mayo de 1855.—El general en gefe,

"Canrobert."

Escuchemos ahora al general Pélissier.

"¡¡Soldados!!

"Nuestro antiguo general en gefe os ha hecho conocer la voluntad del Emperador, el que me ha colocado, á peticion de aquel, á la cabeza del ejército de Oriente.

"Al recibir del Emperador el mando de este ejército desempeñado por tanto tiempo por manos tan hábiles, estoy seguro de ser el intérprete de todos declarando, que el general Canrobert se lleva nuestras simpatias, y toda nuestra gratitud. A los brillantes recuerdos de el Alma y de Inkerman ha unido el mérito, acaso mayor aun, de haber conservado á nuestro soberano y á nuestro pais durante una campaña formidable de invierno uno de los ejércitos mas magníficos que ha tenido la Francia.

"A él es á quien debeis el estar en disposicion de entrar resueltamente en la lucha, y de triunfar. Si, como estoy seguro, el buen éxito corona nuestros esfuerzos, vosotros sabreis mezclar su nombre en los himnos de la victoria. Ha querido quedarse en nuestras filas, y aunque podria tomar un mando mas elevado, no ha querido sino una cosa, ponerse á la cabeza de su antigua division. Yo he cedido á las instancias, á los deseos inflexibles de aquel que poco ha era nues-

tro gefe, y será siempre mi amigo.

"¡Soldados! mi confianza en vosotros es entera: despues de tantas pruebas, y de esfuerzos tan generosos nada podrá detener vuestro ímpetu. Ya sabeis todo lo que esperan de vosotros el Emperador y la patria; sed lo que habeis sido hasta aquí, y con vuestra energía, el concurso de vuestros intrépidos aliados, el de los bravos marinos de nuestras escuadras, y con la ayuda de Dios, venceremos.

"Cuartel general de Sébastopol 19 de Mayo de 1855.

"Pélissier."

El redactor principal del *Universs* decia á propósito de la belleza y elevacion de este lenguage:

"¡Qué manantial de honor inmortal no es para nuestro pais este ejército de Crimea! ¡Todo lo que hace es bello, varonil y digno de memoria! ¡Qué bien saben batirse, cómo saben morir bien, qué bien saben hablar! Cada dia se les exige una nueva victoria, y cada dia la obtienen. Su heroismo de valor, de paciencia, y de sacrificio en los peligros mas árduos y mas numerosos que la constancia del hombre pueda vencer, es inflexible. Si alguna circunstancia lo exige, estos corazones heróicos revelan sin afectacion la

grandeza de sus pensamientos. Se pronuncia una palabra, y prosiguen su trabajo gigantesco. Canrobert deja el mando superior como Saint-Arnaud ha dejado la vida, con aquella calma de un corazon que se realza en la adversidad, con aquella grandeza de alma que lo pospone todo al triunfo de la patria, y á la gloria del estandarte.

"No nos asombremos si estos hombres trazan corriendo, y con la mano, que sostienen aun la espada, páginas que figurarán entre los modelos de elocuencia pública. Tienen en sí el genio de la Francia guerrera y cristiana, ¡son grandes! (1)"

El general Pélissier llevó á cabo con vigor las operaciones. La escuadra cuya accion habia sido limitada por las dificultades de la estacion, y las necesidades del ejército, se hallaba mas libre, y pudo esplorar en todos respectos las costas del Mar Negro y del mar de Azor, y las banderas aliadas flotaron sobre todas las posesiones rusas de alguna importancia militar, marítima ó comercial sin que apenas encontrase nuestra artillería mas resistencia que una ligera tentativa de dos ó tres buques pequeños del enemigo, y de algunas fortalezas. Kinburn solamente opuso una defensa vigoro-

(1) Luis Venillot *Univers* del 3 de Junio 1855.

sa; pero en general presentarse era vencer.

La resistencia de los rusos estaba reconcentrada en Sébastopol. Allí era donde agotaban todos sus recursos y toda su energía. El 7 de junio el 2.° cuerpo mandado por el general Bosquet se apoderó de las obras blancas y del Mamelon verde despues de un brillante combate: ganó mas de una legua de terreno, y Malakoff se veia ya amenazado directamente. Este punto fué atacado el 18 de Junio; pero fueron nuestras tropas rechazadas con notables pérdidas á pesar de sus admirables esfuerzos: los ingleses sufrieron igualmente un revés bastante serio en el ataque que en combinacion con los franceses dieron aquel dia contra el Redan.

Los rusos y sus amigos pregonaban á gritos, que Sébastopol era inexpugnable, sin embargo nadie del ejército de la Crimea perdió su ánimo: los trabajos del sitio continuaban con el mismo anhelo y la firme resolucion de desquitarse á su vez por un golpe decisivo, de cuyo buen éxito abrigaban todos un completo convencimiento. Generales, oficiales y soldados sabian por esperiencia, que podian contar los unos con los otros, se conocian bien, y por consiguiente lo que podrian alcanzar.

Los generales rusos comprendieron muy

bien, que no por haberse salvado del primer ataque estaba Malakoff asegurado para el porvenir. Quisieron hacer otra tentativa mas para arrojarnos al mar; pero su ejecucion ofrecia cada dia mayores dificultades. El 16 de Agosto, Gortschakoff hizo atacar á nuestro ejército de observacion en Traktir; el choque fué brusco, sosteniéndolo los franceses casi solos, porque no habia cerca mas que una division piamontesa: los rusos se precipitaron inútilmente sobre nosotros con denodado valor; la victoria no estuvo indecisa un solo instante; y despues de muchas envestidas que les costaron miles de hombres, nos abandonaron el campo de batalla. Aquel dia el enemigo debió persuadirse de que Sébastopol sucumbiria pronto.

Nuestras trincheras sufrieron un nuevo empuge que las colocó á 24 metros de la torre Malakoff. Los rusos aunque estrechados de dia en dia, erigian sin embargo nuevas fortificaciones detrás de las amenazadas por nosotros, dando á entender que se preparaban para una defensa desesperada. Los generales aliados resolvieron provocar en toda la línea un ataque general, y desde el 5 de Setiembre se redobló con intensidad el fuego que ya era muy fuerte desde el 17 de Agosto. Los cañones y los

morteros despedian una cantidad enorme de proyectiles. "Los aliados, escribia el general Gortschakoff al Emperador Alejandro, nos hacen *un fuego infernal.*"

El dia de la Natividad de Ntra. Señora, 8 de Setiembre, al mediodia precisamente, se dió el asalto. Los franceses se encargaron de Malakoff, la llave de la ciudad, del Redan pequeño, de los bastiones del Mastil y de la Cuarentena; los ingleses atacaron el gran Redan. El segundo cuerpo (general Bosquet) tuvo el honor de dar la primera carga con el cargo de tomar á Malacoff. El primer cuerpo y el ejército ingles no debian empeñar el asalto, sino despues que nuestro éxito en este punto hubiera comprometido ya la defensa de los rusos.

Malakoff fué tomado. El foso que protegia esta parte de las fortificaciones, escavado en la roca, tenia diez y ocho pies de profundidad, y veinte y uno de ancho. Este formidable obstáculo fué franqueado en un instante bajo el fuego del enemigo, y en el interior de la fortaleza el combate fué largo y encarnizado; pero los soldados sostuvieron la promesa que el general Mac Mahon hizo al general en gefe escribiéndole: "Estamos en Malakoff, y nos quedarémos en él." Así sucedió. El dia 9 al parecer debia comenzar de nuevo la lucha; generales y soldados es-

taban preparados; pero, gracias á Dios, el objeto estaba ya conseguido; porque durante la noche, y en el momento que se estaban combinando nuevos ataques contra los puntos que habian resistido á nuestras primeras envestidas, los rusos evacuaban y quemaban á Sébastopol. El éxito era ya completo y decisivo.

Se sabe cuan heróicos fueron los combates del 8 de Setiembre. Se habia dispuesto que al mediodia sin preceder señal esterior, se precipitasen nuestras columnas sobre las murallas guarnecidas de cañones que protegian al enemigo. Todas las medidas prescritas para los diferentes ataques fueron ejecutadas con una precision admirable. Generales y oficiales de todos grados sabian lo que les correspondia hacer conforme con las circunstancias, y así lo efectuaron. Durante esta estraordinaria y terrible jornada presidió en los movimientos de las divisiones francesas el órden mas perfecto.

Despues de haber recordado los principales acontecimientos de la primera campaña debemos apuntar tambien las causas de la guerra.

Como se ha dicho en una publicacion hecha bajo los auspicios del Gobierno, que contiene una serie de documentos oficiales, el Czar, fiel á la política de sus antepasa-

dos, se aprovechaba de una ocasion conveniente para humillar completamente á la Turquía con esperanzas de poder subyugarla. Una vez establecidos los rusos en Constantinopla, que es la llave del Mediterráneo, antes de medio siglo sus escuadras del Mar Negro hubieran amenazado á Argel y Tolon, y con las del Báltico al Havre y á Cherbourg (1): y hubieran amenazado del mismo modo al Papa en Roma. La cuestion de los Lugares Santos proporcionó al Czar el pretesto que buscaba.

Todo el mundo sabe que en Belen y en Jerusalen, es decir, en los lugares donde nació, sufrió y murió el Salvador, la piedad cristiana ha fundado en el discurso de los tiempos, Iglesias y Monasterios. Despues que la Iglesia de Oriente se separó de la del Occidente se han suscitado rivalidades y luchas entre los cristianos de la comunion griega y latina, ya respecto á la custodia de los Santos Lugares, ya respecto á las ceremonias, que en ellos se encontraban establecidas. La Francia, cuya autoridad política y moral en Oriente es considerable desde las Cruzadas, siempre ha acogido bajo su proteccion á los Padres de los Monasterios latinos. Estos Padres habian sido víctimas de las usurpacio-

(1) La Francia y la Rusia. Documentos.

nes sucesivas de los cristianos de la comunion griega, y el Gobierno de Luis Napoleon, á la sazon Presidente de la República francesa, obtuvo en su favor (el año de 1851) reparaciones tan justas como moderadas....." (1)

El Gobierno frances llevó la moderacion y la reserva hasta el punto de no reclamar la completa observancia de los tratados destinados á proteger los derechos de los católicos, tratados que pertenece á la Francia afianzar, porque constituyen su fuerza en Oriente. Hoy mismo (Febrero de 1856) los cismáticos poseen aun en Jerusalen algunos santuarios que han sido arrebatados á los católicos. Y sin embargo los rusos y los griegos, sus cómplices, no han cesado de gritar contra las usurpaciones de los católicos y de la Francia.

"El Emperador Nicolás, fingiendo creer que los cristianos de la comunion griega habian sido despojados á favor de los cristianos de la comunion latina, envió en Febrero de 1852 al principe Menschikoff á Constantinopla con la aparente mision de restablecer á los Padres griegos en sus derechos; pero no fué difícil al Gobierno francés demostrar hasta la evidencia, que las satisfac-

(1) La Francia y la Rusia. Documentos.

ciones que le habian sido dadas en nada perjudicaban los derechos de nadie. La corte de San Petersburgo despues de un exámen de la materia, se vió obligada á reconocerlo así; y entonces la mision del príncipe Menschikoff hubiera terminado completamente si su verdadero objeto no hubiera sido otro que el de obtener justicia para los Padres griegos de la Tierra Santa.

"No fué así ni mucho menos; y entonces se traslucieron los verdaderos designios de la Rusia. El príncipe Menschikoff pidió con orgullo y amenazas para el Czar su Señor el derecho de protectorado directo sobre todos los súbditos del imperio turco pertenecientes á la comunion griega, y como de los súbditos del Sultan en la Turquía europea de once á doce millones pertenecen á la comunion griega, mientras que solo de tres á cuatro millones profesan el islamismo, era en sustancia como si el Emperador de Rusía hubiese pedido al Sultan su corona (1)."

Los proyectos del Czar estaban desenmascarados. Era evidente que queria subyugar á la Turquía con el fin de llegar á dominar á la Europa entera. Permitirle dar este paso decisivo, era asegurarle el triunfo

(1) La Francia y la Rusia: Documentos.

de su ambicion para un período próximo. Era preciso por tanto, ó prepararse á sufrir el yugo, ó aceptar inmediatamente la lucha. La Francia y la Inglaterra se pronunciaron por la lucha. Han hecho bien.

Ahora hablemos de nuestros soldados.

CAPITULO II.

PREPARATIVOS DE GUERRA.

Un decreto imperial de 10 de marzo de 1854, resolvió que se agregasen capellanes al ejército espedicionario de Oriente. Hé aquí el preámbulo de esta escelente medida.

"La presencia de ministros del culto en medio de las tropas es particularmente indispensable en una guerra lejana, en donde podrian encontrarse desprovistos de los auxilios espirituales, no solo en razon á la diferencia de los cultos, sino tambien á la diferencia de los ritos. Es pues del mas alto interés, que en medio de las pruebas de la guerra nuestros soldados del ejército de Oriente no estén privados del estímulo y de los consuelos de la religion.... á consecuencia se nombrarán capellanes para el ejército de Oriente.

Las disposiciones reglamentarias establecian á continuacion, que el capellan mayor tendria categoría de gefe de batallon, y los otros de capitan.

Antes de la publicacion de este decreto el mariscal Saint-Arnaud escribia á un ilustre religioso, amigo suyo, una carta que es preciso reproducir, porque en ella prueba, que su solicitud por las almas de nuestros soldados no habia necesitado de incentivo.

"Mi Reverendo padre,

"¿Cómo ha podido V. pensar un instante, que yo descuidaria asegurar todos los socorros y consuelos de la religion para nuestros bravos soldados del ejército de Oriente.

"El reglamento de capellanes de ejército está formado; me he puesto de acuerdo con el digno eclesiástico Coquereau, que ha formado el de la escuadra sobre una base tan propia. Hay un capellan para cada division, otro para cada hospital, y dos superiores en el cuartel general.

"Estoy oprimido de trabajo, pero cuido mi salud para poder hacer con vigor la guerra á los rusos. Tendré mucha necesidad de las oraciones de V. Padre mio; sin la ayuda de Dios nada de provecho se hace; yo pongo mi confianza en su misericordia, y en la proteccion que dispensa á la Francia."

Esta carta del 6 de Marzo de 1854, fué

escrita á un individuo de la compañía de Jesus, el R. P. de Ravignan. Otros dos Jesuitas los RR. PP. Paravére y Gloriot fueron puestos á la cabeza del nuevo servicio.

Despues de haberse aumentado las hostilidades, se aumentaron los capellanes, recibiendo ciertas modificaciones la primera organizacion. En conformidad con el nuevo arreglo los PP. Lazaristas fueron encargados de la administracion de todos los hospitales del ejército; y con todos los capellanes no bastaron para cubrir todas las necesidades sino á fuerza de celo. Muchos han sucumbido á las estraordinarias fatigas. Escribiendo el R. P. Ravignan, que los soldados estarian rodeados de todos los socorros de la religion, el mariscal Saint-Arnaud no sospechaba la urgencia con que estos auxilios serian pedidos; pues él acababa de entrar en este camino, en el que ha continuado con la resolucion, que ha sabido mostrar en todas las ocasiones. Aunque Saint-Arnaud jamás habia sido hostil á la religion, miraba con desden sus leyes por su espíritu mundano y de indiferencia, y por ignorarlas. El creia en el Dios de los cristianos, y respetaba á la Iglesia, sin soñar que fuese necesaria la observacion de todos sus mandamientos. Una enfermedad en 1853, le obligó á buscar reposo en Hyéres; en donde le aguardaba la

gracia de Dios. El 22 de Marzo escribia á uno de sus hermanos:

"Pasaba por mí alguna cosa estraordinaria. El cuerpo, el espíritu, todo se sentia mal, habiendo ocasionado este estado un gran desórden, hasta minar el principio de la vida. He recurrido á la meditacion, y de esta á la oracion. He elevado mi alma á Dios, y la calma ha entrado en mi corazon. En el cura de Hyéres he encontrado un sacerdote como lo que yo me figuro y amo. Hemos tenido varias conferencias, y el domingo comulgaré como un verdadero cristiano. Esta conversion podrá sorprenderte, y tú verás en mí una gran transformacion. La oracion es una medicina escelente, acuérdate de esta verdad en la ocasion. Leerás esta carta á mi buena hermana, cuya elevada alma me comprenderá."

El 30 de Marzo entraba en algunos detalles sobre su conversion.

"La parte religiosa de tu carta, escribia á su hermano, me ha afectado mucho. Dios siempre concluye por hablar á los hombres de corazon, á los hombres de bien; su voz es la única verdad, el único consuelo. Una vez escuchada esta voz santa, el oido ya no se presta mas á otra cosa. He sido conducido sin violencia á Dios por la voz que ordinariamente habla á la flaqueza humana,

el dolor, la meditacion, la oracion. Dios no me ha rechazado, y tú puedes estar seguro que no retrocederé un paso. A la fogosidad é irritacion que me dominaban han sucedido la calma y una gravedad, acaso demasiado severa, que es hija de la enfermedad. ¡Tanto he sufrido! Pero espero encontrar pronto una dulce alegría, sin que me sirva de esta para ocultar que mis ideas son todas graves y serias. Leo mucho *La Imitacion de Cristo*, y este libro notable, que me llena de admiracion, me inspira una penosa desconfianza de mis propias fuerzas. ¡Dios me dará bastante fuerza de voluntad, y perseverancia, para continuar en el noble camino que él mismo me marca! Esto es lo que fervorosamente le pido todos los dias." (1)

La gracia de la perseverancia no la niega Dios á aquellos que saben pedirla de este modo. Saint-Arnaud perseveró cristiano, y se le vió observar fielmente las leyes de la Iglesia. Como todas las almas superiores, y todos los corazones verdaderamente generosos, supo sacudirse del yugo de los respetos humanos; y si de algo se quejaba, era de no haber cumplido por tanto tiempo sus deberes para con Dios.

---

(1) Cartas del mariscal Saint-Arnaud, tomo 2.° pág. 397.

La escuadra tenia capellanes antes que el ejército de tierra: el Emperador quiso asegurarle otro auxilio mas. El 8 de Abril de 1854 dió cuenta el *Moniteur* de una magnífica ceremonia cristiana. Una imágen de la Santísima Vírgen, enviada á nuestros marinos por Napoleon III, fué inaugurada con toda solemnidad á bordo del navío Almirante de la escuadra francesa en el Mar Negro. Hé aquí la narracion del diario oficial.

"S. M. en su bondadosa y piadosa solicitud por nuestros bravos marinos embarcados en la escuadra del Mar Negro, ha encargado al ministro de Marina y de las Colonias que envie al vice-almirante Hamelin un cuadro al oleo destinado al buque Almirante Ville-de-Paris, que representa la Vírgen María, Patrona augusta de los marineros."

Nosotros reproducimos la relacion que el vice-almirante Hamelin ha dirigido al ministro de Marina.

"He recibido por la via de los paquebotes correos de Marsella el cuadro de la Santísima Vírgen que V. E. me anunciaba en su despacho de 23 de Febrero último.

"Suplico á V. E. tenga á bien ser cerca de S. M. el Emperador el intérprete de los sentimientos de gratitud que anima á todo el personal puesto á mis órdenes por sus

benévolas intenciones hácia su escuadra.

"La solemne inauguracion de este cuadro tuvo lugar ayer domingo 19 de Marzo á la hora del Oficio divino é inmediatamente despues de la revista.

"Una parte de todos los estados mayores y un destacamento de marinos de cada buque se presentó á bordo de la *Ville-de-París*. Antes de la Misa, M. Creps, capellan del buque Almirante, asistido de los capellanes de la escuadra en hábito coral, procedió á la bendicion del cuadro. Concluidas las oraciones de costumbre, M. Creps en un discurso patético recomendó á la devocion de las tripulaciones la Imágen de la Madre de Dios. Tengo mucho gusto, Sr. ministro, en citaros testualmente las palabras tan adecuadas al auditorio y á las circunstancias, que ha usado este digno eclesiástico....

Despues de transcribir el discurso del capellan, añade el almirante: "Inmediatamente despues de esta alocucion los Sres. capellanes se arrodillaron, y el oficiante entonó el himno del marinero, *Ave maris stella*. En seguida se celebró la misa, la cual concluida se cantó con música el *"Domine salvum fac Imperatorem."*—Así se ha terminado esta ceremonia que ha dejado recuerdos tiernos y profundos en los corazones de nuestros marinos."

Una ceremonia semejante tuvo lugar en el mes de junio en la Escuadra del Báltico. He aquí un estracto del despacho que sobre el particular dirigió el vice almirante Parseval al ministro de marina desde Baro-Sund.

"El altar preparado al pie del palo mayor fué adornado por los marinos con ramos verdes cogidos en los Islotes que nos rodean. El cuadro se elevaba sobre el altar. Yo estaba acompañado del contralmirante Pénaud, y de todos los comandantes y estados mayores sobre el castillo de popa, los destacamentos de los diversos buques estaban formados en la duneta, la tripulacion ocupaba los pasillos, la guardia con armas se componia de las tropas espedicionarias; el Buque empavesado.

"A las once el capellan mayor asistido por doce capellanes subió al altar y en un lenguage tan elevado como tierno movido por las circunstancias de esta fiesta católica en una costa enemiga, el eclesiástico Mr. Carron ha sido el digno intérprete del reconocimiento de la escuadra del Báltico hacia S. M. I., cuya solicitud cristiana ha querido ponerla, como á su primogénita del Mar Negro bajo la especial proteccion de la Patrona de los marinos. Al fin del discurso dió la señal la entonacion del himno

Ave Maris Stella, la guardia presentó las armas, los tambores batieron la marcha, y el *Inflexible* ha saludado con veinte y un cañonazos en el momento solemne en que la voz del sacerdote invocaba la bendicion de María sobre el emperador, la Francia y nuestras armas.

"¡No intentaré, Sr. ministro, describir á V. E. las impresiones de una ceremonia tal, en tal lugar y en momento tan crítico! Se sienten, no se esplican. V. E. me permitirá limitarme á la sencilla narracion que voy á concluir.

"Terminada la misa con el cántico de Magníficat y el *Domine salvum*, se perdonaron todos los castigos de disciplina: nuestros bravos marinos han pasado el dia visitándose de buque en buque, y nosotros hemos conservado nuestro buque empavesado, y nuestro tono de fiesta hasta el anochecer."

Cuando se confirió el mando de la escuadra del Mar Negro al vice-almirante Bruat (1) trasladaron la imágen de la Vírgen Sma. al nuevo almirante, distinguiendo esta traslacion una ceremonia tan solemne y piadosa como la primera.

He aquí un pasage del discurso del ecle-

(1) Recibió el baston de Almirante despues de la campaña de 1855.

siástico Mr. Creps, discurso que el almirante Hamelin calificó de muy á propósito para el auditorio. ¿Nó es al pié del altar de María donde nuestras madres, estrechándonos en sus brazos, y ofreciéndonos con todo su devoto corazon, han esperimentado la agitacion de una inefable ternura por nosotros? Cuando la tempestad brama, cuando los vientos rugen, cuando las olas se agrupan sobre la playa ¿no es al altar de María, ó delante de esta sencilla imágen protectora del hogar doméstico, á donde nuestras madres y nuestras hermanas, vuestras mugeres y vuestros hijos, acuden á obtener fuerza y confianza pidiendo proteccion para que lleguen los dias anhelados?

"En fin, ¿no es María para todos la puerta del cielo, el arca de la alianza, la estrella del mar, el refugio del pecador, y la consoladora de los afligidos?

"Profundamente penetrado de los sentimientos de confianza que todos los siglos cristianos han consagrado á la Madre de Dios con tanta justicia, el emperador á la faz de acontecimientos, que en su seno oculta el porvenir, pero que se hacen presentir, ha enviado á la escuadra esta Imágen bendita: haciéndoos este don sagrado os dirije las palabras que Constantino el Grande leyó en los cielos: *"In hoc signo vinces."* Con

este signo vencereis, ¡ó vosotros que vais á pelear por la justicia! que esta imágen de María os sea un nuevo lábaro, un escudo inpenetrable, un estandarte de victoria."

Estas demostraciones oficiales produjeron en Oriente un efecto maravilloso y muy feliz. Han demostrado al mundo entero que la Francia es católica y quiere serlo.

Pensando en las necesidades espirituales de nuestros soldados el gobierno respondia á los sentimientos del ejército. Citemos algunos hechos. (1).

"Un jóven de Nimes se alistó voluntario y marchó á Oriente; pero quiso antes despedirse del sacerdote que le habia educado. La ocasion era solemne. El anciano profesor habla de confesion; el jóven le escucha. Esto fué para él un rayo de luz, un llamamiento de la Providencia; y pensando que todo un regimiento, que á la sazon se hallaba en Nimes de paso para la Crimea, quiere proporcionar á los soldados la ocasion de reconciliarse con Dios. El obispo apoya el proyec-

(1) En este capítulo y algunos otros mas adelante hemos introducido largos trozos tomados del cap. 20 de un libro, en el que se tratan las cuestiones políticas, sociales y religiosas relativas á los asuntos de Oriente con la estension que reclama la historia. El título del libro citado es. *"La Iglesia, la Francia y el Cisma en Oriente."*

to; la autoridad militar lo acoge con benevolencia, y se presta con su autorizacion á facilitar del modo mas propicio esta obra apostólica. Los soldados asisten en gran número á los sermones del piadoso sacerdote, cuyo celo le hace presentir el buen resultado. En efecto, el domingo siguiente, 11 de Noviembre, 320 de ellos se aproximaron á la sagrada mesa: en este número habia catorce que comulgaban por primera vez: el movimiento no paró aquí; pues se efectuó una segunda comunion general. Una palabra demostrará cuán fecundo fué el fruto: "¿No temeis la mofa de los espíritus fuertes del regimiento? ¡Oh! no, respondieron ellos, en el dia no se burlan de nosotros, somos nosotros los que nos burlamos de los que no se confiesan." El sacerdote que habia distribuido el pan de los fuertes á todos estos valientes les dirigió desde el púlpito un breve discurso.

"Pronto, les dijo, vais á probar en el campo de batalla lo que es el soldado que se confiesa y lleva consigo, al dejar el suelo patrio, á su Dios hecho huésped de su corazon y el compañero de sus duras y gloriosas fatigas. Cuando uno puede vencer y morir por la fé de sus abuelos, sabe tambien dar la victoria á su pais, comprándola noblemente con el holocausto de su vida."

En Lyon el 27 de Diciembre de 1853 un regimiento de caballería con su coronel á la cabeza, bandera en el centro, quiso prepararse para la campaña de Oriente con una peregrinacion solemne á Ntra. Sra. de Fourvières; la música entró en la Iglesia saludando á María inmaculada con sus sonatas mas brillantes. El coronel y el estado mayor se colocaron en el coro, la bandera ondeaba inmediata al altar del Sagrario, y toda la ceremonia se hizo con el recogimiento mas respetuoso. Un jesuita, el R. P. Maurel, dirigió á los peregrinos algunas palabras fervorosas: "este paso, les dijo, será para muchos de vosotros una prenda de salvacion. Acordaos, que la Vírgen Sma. al hacerse Madre de Dios se hizo Soberana de todas las criaturas; sí, Soberana no solamente en el nombre sino en la realidad; de tal suerte que María puede suspender ó invertir á su agrado las leyes de la naturaleza, y obrar cuantos milagros quiera, cómo y cuando quiera. Por su proteccion se obtuvo la memorable victoria de Lepanto, y despues el triunfo que Juan Sobieski consiguió sobre los infieles bajo los muros de Viena, llevando consigo como siempre la imágen de Ntra. Sra. de Loreto con esta inscripcion: *Por esta imágen de María Juan será vencedor....*

"¡Amemos á la Santisima Vírgen!... ¿El amarla es por ventura penoso? vosotros teneis en la tierra una madre á quien amais tiernamente; ¡María es vuestra madre en el cielo! amad á María; tal es la voluntad de Dios, que la ha hecho el canal de las gracias que El envía á la tierra; amad á María, tales son los deseos de la Iglesia, que no omite medio para inspirar esta devocion á los corazones de sus hijos. No soy profeta, y no obstante puedo pronosticaros, que si teneis la dicha de rezar todos los dias hasta vuestro último suspiro un *Ave Maria* en honor de María, vereis abrirse las puertas del cielo delante de vosotros. Vivan nuestros valientes y viva María...! (1)."

Despues de esta época muchas otras demostraciones de esta naturaleza han tenido lugar.

"Los fieles que el lunes 10 de Setiembre de 1855 se encontraron en la capilla de Fourvières, vieron entrar al coronel del 3.° de dragones y á una parte de su tropa con la música del regimiento: esta ejecutó varias piezas escogidas, que dieron al lugar y á la ocasion un carácter tan tierno como magestuoso.

"Desde el púlpito, un capellan dirigió á

(1) Gaceta de Lyon del 28 de Diciemb. de 1853.

estos militares un pequeño discurso, recordándoles los beneficios y las delicias de la fé, de aquella fé, que es el manantial seguro de verdaderos consuelos para todos los hombres, pero especialmente para el soldado, á quien sostiene y fortalece en sus diversas pruebas, protegiéndole contra los delirios de los sentidos en los ocios de la paz, y robusteciendo su brazo en la hora del peligro y de los grandes deberes.

"Edificó sobremanera á los concurrentes la digna actitud de estos valientes dragones durante la ceremonia, que terminó por una colecta á beneficio de la biblioteca de los soldados."

¿Se desean otros hechos de esta especie? Las Conferencias de San Vicente de Paul celebraron en Tolosa el 30 de Marzo de 1855 una asamblea general bajo la presidencia de aquel señor arzobispo. En el informe leido en esta junta se dan los detalles siguientes acerca de la obra de los militares.

"El soldado una vez convertido á Dios es admirable; se impone toda clase de privaciones por ejercer la caridad. Así es que uno de ellos contribuye religiosamente con su ofrenda mensual á la obra de la propagacion de la fé; otro se asocia á la obra de la Santa Infancia; otros concurren á las reuniones de caridad y contribuyen siempre y

voluntariamente para la colecta que la termina.

Cierto dia, uno de los individuos mas conocidos entre los miembros de la Conferencia fué llamado aparte por un soldado y le dijo: "Uno de mis camaradas, antes de entrar en el hospital me entregó veinte francos, diciéndome: si muero, te los doy. Se ha muerto, y os suplico recibais una parte de ellos para mandar decir misas por el descanso de su alma."

Otro ha confiado á uno de nuestros hermanos todos sus escasos ahorros con el objeto de que se los remita á su pobre madre.

"Al aproximarse la Pascua se ha concedido á los militares un descanso de diez dias destinados á ejercicios espirituales. De 400 á 500 llenaban todas las tardes la capilla de los Penitentes-Gris, 200 de los cuales comulgaron el dia de Pascua.

"Nosotros aprovechamos esta oportunidad para dar gracias á la autoridad militar por su benevolencia hácia nuestra escuela. Varios oficiales superiores la han honrado visitándola, y el general de division asistiendo á nuestros ejercicios espirituales ha dado un gran impulso á nuestra obra. Seguramente saben los gefes que lo que se enseña á los soldados es su deber y la disciplina. Dándoles instrucciones religiosas

se les inculcan todas las virtudes de su estado, la obediencia, el amor del órden y de la patria, la regularidad de costumbres, virtudes todas que acarrean la paz á la conciencia, cuya tranquilidad es la garantía mas segura de energía y de valor."

El diario de Arras, *La Societé*, en uno de sus números del mes de Setiembre de 1855, ha publicado las noticias siguientes del campamento del Helfaut. "Hace quince dias, que M. Michaud, canónigo de la Catedral de Metz, el amigo y apóstol de los soldados, ha llegado al campamento, cediendo á las reiteradas intancias de los soldados y gefes del 64.° La entrevista del buen sacerdote y los soldados fué corta, porque á los dos dias escasos de su llegada marchaban á unirse al 11.°, 31° y 94.° de línea que estaban en camino para la Crimea. Al dia siguiente de la salida del último destacamento á las ocho de la tarde llegó un despacho telegráfico llamando al mismo destino á toda la division Chasseloup, que debia partir á la mayor brevedad posible porque urgia el tiempo. El eclesiástico M. Michaud habia venido para trabajar; ved su trabajo. Empieza una mision con alguna esperanza de un buen resultado. A los dos dias de estar abierta la Iglesia ya no cabian los soldados en ella, y fué preciso franquearles el San-

tuario para que oyesen la voz del misionero que buscaban con tanto anhelo. Ni la distancia de la iglesia, ni la dificultad de los caminos, ni los huracanes, ni la lluvia, que desgraciadamente caia á cántaros, ni tampoco las reuniones de amigos y parientes, tan naturales en la víspera de su partida, ni ninguna otra consideracion, pudo disminuir el piadoso celo de la multitud. Muchas tardes hasta se quedaban á la intemperie, á pesar de la crudeza del tiempo, mas de 300 hombres guardando el silencio mas profundo para no perder ni una palabra de la instruccion que en la parte de adentro se daba á sus camaradas.

"En el discurso de esta mision se distribuyeron mas de 5,000 medallas de la Vírgen Santisima, que fueron aceptadas con gratitud: y el canónigo M. Michaud secundado por el cura de Helfaut, M. Bolard, capellan del campamento, M. Delannoy, capellan de la prision militar de Lille, así como por los señores curas de Blandecques, de Halines, de Wizernes y de Heuringhem, tuvo el consuelo de ver comulgar cerca de 800 soldados.

"Cuando un ejército sabe ser así cristiano, siempre es intrépido delante del enemigo, y las victorias que inscribe en sus banderas son sin duda la recompensa de su fé."

En Perpiñan, el obispo quiso dirigir él

mismo los ejercicios religiosos que en la Semana Santa se establecieron para los soldados de la guarnicion. Las autoridades militares y particularmente el Baron Dufourc-d'Antist, general de la division, favoreció de la manera mas plausible esta obra saludable. En el último dia de los santos ejercicios, S. S. I. señor Gerbert, dirigió á los numerosos soldados que habian asistido á ellos, una alocucion de la que transcribiremos los trozos siguientes:

"Mucho me felicito, mis queridos amigos, de haber invitado al elocuente misionero que acaba de evangelizar á esta ciudad, á que concluyese su predicacion por medio de estos ejercicios religiosos para los militares de la guarnicion. Dios ha bendecido este pensamiento. Para llevar á cabo esta obra, he encontrado la disposicion mas favorable en vuestros oficiales superiores, benévolos protectores de todos vuestros intereses, y sobre todo en el ilustre general, que bajo todos conceptos os mira con afecto de padre y que corona de una manera tan digna un período de mas de cuarenta años gloriosamente consagrados al servicio de la patria. Habeis esperimentado que su noble corazon ha adivinado el vuestro; y vosotros habeis respondido con un conato ejemplar á su llamamiento y al mio. Os habeis apresurado en

masas á rodear este púlpito para recojer las palabras que despejan el entendimiento, purifican el corazon y animan la voluntad. Por esta razon he venido á colocarme en medio de vosotros con el consuelo mas dulce... Bajo la disciplina militar teneis una vida dura, austera, laboriosa: el vigor moral que os comunica, el temple fuerte que os dá, es un preservativo contra aquella inercia y blandura, que es uno de los grandes obstáculos en la vida cristiana, que dispone al alma á recibir sin resistencia la impresion de todas las tentaciones peligrosas, y de todos los malos consejos. Teneis valor, ó por mejor decir, sois el mismo valor; pero reflexionando sobre todo lo que encierra este bello nombre, ¿podriais deciros interiormente que lo mereciais en toda su plenitud, si permitierais que los respetos humanos os intimidasen? ¿si vosotros, amigos mios, que no temeis las balas del enemigo, retrocedieseis de la práctica de vuestros deberes de cristiano por temor á algunas mofas futiles ó á algunos discursos irreligiosos que vosotros despreciais en el fondo de vuestra conciencia? En fin, vosotros, como soldados, teneis el culto de la consigna; pues bien, cuando os veais tentados á hacer lo que prohibe la ley divina y á saltar por encima de las barreras que ella ha levantado, decid: aquí está la con-

signa de Dios, no se pasa; esta palabra á la vez militar y sagrada os salvará...."

He aquí una patética anécdota que así mismo se nos permitirá recordar entre los preparativos de la guerra; la tomamos de *l'Ami de l'Enfance*, diario de las salas de asilos:

"En Mayo de 1855 un soldado del regimiento 9.° de línea al partir para el ejército de Oriente se presentó á la hermana superiora del asilo de los niños huérfanos de Ménilmontant cerca de Paris con una niña de tres meses en los brazos, y le dijo: "Hermana mia, yo marcho para la Crimea, de donde puede ser que no vuelva; mi muger es cantinera en mi regimiento; vengo á confiaros mi hija. La buena superiora se conmueve de situacion tan interesante; pero los estatutos del establecimiento prohiben admitir á nadie sin previa órden de la junta gubernativa de la sociedad; por tanto la hermana vacila, y aconseja al padre que siga los trámites del reglamento.—Pero hermana, replicó el soldado, me marcho dentro de dos dias: ¿qué me sucederá? Aquí no tengo ni parientes, ni amigos, ¡he de abandonar á mi hija en el rincon de una calle! Hermana mia, os suplico que tengais piedad de esta pobrecita niña. ¡Tomadla, sois una hermana de la caridad, una enviada de Dios

no os dejaré hasta que hayais recibido á mi hija! y al mismo tiempo corrian los lagrimones por las mejillas del valeroso soldado.

"La superiora no pudo resistirse á tales ruegos. Cree que la administracion de la Hermandad le agradecerá que en tales circunstancias haya seguido los impulsos de su corazon, y así recibió la niña que casi se puede llamar huérfana. Ah! Dios os bendiga, esclamó el soldado; ahora ya no temo ni las balas, ni las bombas; ya puedo marcharme."

Consignemos aquí, que muchos oficiales como el coronel Dupuits y el comandante Dagon de la Contrie, dos héroes cristianos, de quienes se encontrarán mas adelante palabras edificantes, depositaron sus condecoraciones á los pies de la Sma. Vírgen.

Un hecho mas: "En el momento que la correspondencia de Oriente nos traia los detalles de la batalla de el Alma referian los diarios, copiando del *Moniteur de L'Armée*, que el casco de un obús que habia llegado al general Canrobert se habia estrellado *contra una medalla bendita*, que una mano augusta le habia regalado en el momento de su despedida para Oriente. Creemos poder añadir, decia el *Univers* refiriendo este hecho, que este acontecimiento se ha sabido

por una carta que el mismo general escribió á la Emperatriz, dándole las gracias por la parte que tenia S. M. en la causa que habia salvado su vida, y recordándole el honor que S. M. le habia dispensado cuando al despedirse de ella le habia dado la pequeña medalla de la Vírgen Sma. en honor de su inmaculada concepcion diciéndole: "General, llevad esta medalla con fé, ella os protegerá." A esto añadimos nosotros, que Canrobert no es el único general que ha recibido de manos de la Emperatriz la medalla de María Inmaculada.

Hasta aquí no vemos sino las semillas: si son impresiones de mala calidad desaparecerán prontamente; pero si son de vida se robustecerán con las pruebas. Estas se acercan.

CAPITULO III.

EL CÓLERA EN EL CAMPAMENTO DE GALLIPOLI.

El primer enemigo que el ejército francés ha encontrado en Oriente es el cólera morbo. Desde que el azote hizo los primeros estragos esclamaron generales, oficiales y soldados: "Necesitamos Hermanas!" El llamamiento fué al punto escuchado. Las hijas de S. Vicente dejaron sus escuelas, y se trasladaron á los campamentos de Varna, de Gallípoli y del Pireo. Hasta aquella época sa habia vacilado sobre la conveniencia de las religiosas en los hospitales militares; pero á la vista del mal y de la necesidad cesaron las prevenciones que habia en contra. Del mismo modo se comprendió la precision de aumentar el número de capellanes.

Dos generales del campamenao de Gallípoli, Ney y Carbuccia fueron de los primeros atacados. Y ¿cómo murieron? su confesor el P. Gloriot de la Compañia de Jesus nos lo dirá. Los pormenores siguientes se han sacado de una carta particular del 9 de Agosto de 1854-

"Los dos generales que nos ha arrebatado el azote han dado el ejemplo de la muerte mas cristiana. El primeró el duque de Elchingen, hijo del mariscal Ney, era un hombre tan distinguido por la elevacion de su espíritu, como por la suavidad de su carácter y la refinada política de sus modales; así ha sido sentido de todo el ejército. He tenido con él frecuentes conferencias; pocos dias antes de su muerte le ví enternecerse y derramar lágrimas al oir la relacion que yo le hacia de los últimos momentos de un sargento jóven, sobrino de un coronel amigo suyo. Cuando le presenté la órden del mariscal que me llamaba á Constantinopla, me dijo: "No, no marchareis; nosotros no podemos quedarnos aquí sin sacerdotes, podemos necesitaros y yo el primero." El Domingo presidió á la misa que yo dije en el campamento, y despues de la misa me invitó á que me desayunara con él haciéndome instancias tales que fue imposible el escusarme. Dos dias despues su ayudante

de campo vino á buscarme al hospital: "corra V. me dijo á casa del general que está muy malo, y llama á V." Así que entré en su cuarto, en donde se encontraba reunido su estado mayor, me alargó la mano diciéndome: "Sr. capellan, quiero que sepan que soy yo quien llama á V. He tenido la desgracia de vivir apartado de las prácticas religiosas. Tengo una muger que es un ángel, deseo morir como un buen cristiano." Despues de haber recibido la absolucion, cruzó las manos sobre el pecho, ofreció á Dios el sacrificio de su vida, y le dirigió la súplica mas tierna por su muger y sus hijos. A las tres de la tarde le encontré en estado de administrarle el sacramento de la estremauncion. A las ocho penetré por última vez en su alcoba, que estaba llena de todo lo mas distinguido del ejército. Principió la agonía, yo me arrodillé para decir las oraciones de los agonizantes: sus dos edecanes de campo estaban á mis dos lados con velas encendidas en la mano. En el momento que acabé las oraciones el general rindió su alma á Dios en medio de los sollozos de los presentes.

"El general Carbuccia presidió al entierro del duque de Elchingen, y tres dias despues le siguió á la sepultura. La víspera de su muerte le encontré en ocasion que yo iba

al hospital. Me preguntó si habia arreglado todos los socorros para los enfermos, y cuando yo le hube contestado, me ofreció una suma de dinero, diciéndome: "Emplée V. ese dinero para dulcificar la situacion de esos pobres muchachos." Al dia siguiente el general envió á buscarme. Era natural de Córcega, y tenia la fé ardiente de los habitantes de esta Isla, y cumplió todos sus deberes con la mayor edificacion."

La cruz por tanto tiempo proscripta del suelo musulman se vé hoy erigida sobre los sepulcros de nuestros soldados. Esto es una toma de posesion. Tales fundaciones desafian todo antagonismo. "No olvidaré jamás, decia el P. Gloriot, con qué prontitud y anhelo me hicieron los ingenieros una cruz grande, y como el mas gallardo mozo de la compañía, que marchaba á mi lado, llevaba esta cruz por las calles de Gallípoli delante del ataud del general Carbuccia. Algunos dias antes la vista de mi sobrepelliz habia indignado á los turcos ancianos. Aquel dia la cruz llevada con tanta gallardia pasó por medio de los mismos sin que se haya oido un solo murmullo. La misma continúa aun levantada en el suelo musulman entre otras muchas plantadas sobre las tumbas de nuestros pobres soldados, gracias al prestigio del nombre francés perma-

necerá allí á pesar del frenesí que se apodera de los fanáticos mahometanos á la vista de este signo tan aborrecido de ellos."

El ejército entero imitó el ejemplo de sus gefes, todos querian morir cristianos. Hé aquí algunos otros pasages de la carta del P. Gloriot.

"El cólera se ha desplomado sobre las tropas acampadas al rededor de Gallípoli, que son unos 10,000 hombres. Nos cogió desprevenidos para recibir la visita de huésped tan terrible, y no sé por qué fatalidad ha principiado atacando á aquellos que hubieran de atajar su devastacion. Dos generales de cuatro han sucumbido en los primeros dias; siete facultativos, tres contadores, diez y siete enfermeros, el boticario mayor y seis practicantes perecieron igualmente víctimas del cólera.

"Yo estaba solo enmedio de los enfermos... Para confesarlos me veia precisado á arrodillarme á su lado. Hasta entonces no habia comprendido yo bien, que para salvar las almas con Jesucristo es indispensable prestarse á padecer con él la doble agonía del alma y del cuerpo. Mi mayor prueba era verme solo: estuve seis semanas sin poder confesarme, y viendo sucumbir á todos los que me rodeaban, no tenia la esperanza al menos de ser auxiliado por un hermano

en mis últimos momentos; pero Dios evidentemente me conservaba para que administrase los socorros de la religion á tantas almas bien dispuestas. ¡Si la prueba ha sido grande, grande ha sido tambien el consuelo!

"Cuántas veces entraba en aquellos lugares desolados, no era sino para oirme llamar de todas partes: "Señor capellan, venga V. aquí, apresúrese V. á reconciliarme con Dios, que no me quedan mas que unos instantes de vida." Otros, me apretaban afectuosamente la mano, y me decian: "¡Qué felices somos con tener á V. entre nosotros! Si no estuviese V. aquí, ¿quién nos consolaria en nuestros últimos momentos?" Muchos me daban las señas de las cartas para sus familias, rogándome que escribiese á sus padres que morian como buenos cristianos. Observé á algunos que recogiendo las pocas fuerzas que les quedaban, buscaban en el fondo de sus bolsillos algunas piezas de dinero, que me entregaban para sus sufragios despues de la muerte.... Bajo la impresion de terror que causaba el cólera, los sentimientos de fé se avivaban en los corazones. Los oficiales eran los primeros que recurrian á mi ministerio, viniendo á buscarme á todas las horas del dia y de la noche. Algunas veces los confesaba al pasar

de un hospital á otro; otras los encontraba aguardándome en la escalera interior del hospital. Yo me apoyaba sobre la baranda, ellos se arrodillaban en la escalera á mi lado, y recibian el perdon de sus culpas. Cuando me encontraban en la calle, se apeaban de sus caballos y me daban las gracias muy afectuosamente, diciéndome casi siempre: "Si yo fuese atacado no deje V. de venir á verme al primer aviso." Todas las tardes haciamos una ceremonia religiosa para el entierro de los oficiales. Un dia que tenia á mi vista siete ú ocho féretros, y á mi rededor el Estado Mayor de todos los regimientos, pedí permiso para decir algunas palabras, y en pié sobre una tumba hablé durante una hora. Jamás habia presenciado un espectáculo mas imponente: veia correr las lágrimas por las megillas de todos, y no oia mas que sollozos."

El 20 de Julio llegó á Gallípoli un capellan nuevo. El señor Gloriot se encontraba aun con fuerzas para iniciarle en sus funciones hasta que él mismo cayó y entró de enfermo en el hospital. Esta vez pudo recuperar su salud. Vino á Paris, no por restablecerse completamente, sino por trabajar para la mejora del servicio de nuestros hospitales. El emperador, informado de cuanto habia hecho, quiso verle, á fin de

darle las gracias en nombre del ejército. El P. Gloriot se reembarcó para el Oriente viéndosele pronto en su puesto en medio de los enfermos y heridos. Satisfaccion que le fué concedida por poco tiempo.

Se le vió así en Constantinopla como en Gallipoli dedicarse al doble trabajo de sacerdote y de enfermero, con olvido y abandono completo de sí mismo. A riesgo de interrumpir el órden de los hechos, queremos dar en seguida algunos pormenores sobre este hombre apostólico y sobre los capellanes que le precedieron en la tumba, tomados de *La Presse d'Orient*, diario de Constantinopla.

"El P. Gloriot nació en Pontalier, departamento de Doubs en 1810. Un tio suyo, que era jesuita, se hizo cargo de su educacion, y lo puso en el colegio de Saint-Acheul. Despues de sus brillantes estudios fué admitido en el noviciado. Luego que profesó lo enviaron á Fribourg, en Suiza, al famoso colegio de la Compañía en aquella ciudad, en el que permaneció de diez y siete á diez y ocho años.

"Cuando se resolvió la campaña de Oriente, el P. Gloriot se hallaba en París predicando en la Iglesia de Ntra. Sra. de Loreto. El mariscal Saint-Arnaud le conoció y le pidió á sus superiores, quienes accedieron á

la peticion del mariscal, y el P. Gloriot se consideró muy dichoso en obedecer, y ofrecer su vida, y así marchó contento á Oriente.

"Despues de una corta escursion á Constantinopla, volvió á Gallipoli en el momento crítico que el cólera estaba haciendo estragos espantosos en el campamento francés. Fué un prodigio de celo y de valor al lado de los enfermos, hasta que desaparecida la enfermedad vino á Constantinopla á reparar sus fuerzas casi exhaustas; y á beneficio del reposo que tuvo en el hospital civil francés, del cuidado que le prodigaron las hermanas de la Caridad, y de las delicias que le proporcionaron algunos ejercicios espirituales y misiones que se daban en la ciudad, se encontró pronto en estado de volver á desempeñar su cargo en el ejército. Pidió se le destinase al servicio espiritual del hospital mayor de Péra, en el que habia un P. Lazarista; y su peticion le fué otorgada.

"Cuando los restos mortales del mariscal Saint-Arnaud llegaron á Constantinopla, se suplicó al eclesiástico Ferrary, agregado al capellan mayor, los acompañase á Francia; pero despues se encargó esta mision al P. Gloriot, y Mr. Ferrary se quedó asistiendo á los heridos y enfermos que eran enviados de la Crimea á Constantinopla, hasta que Dios fué servido llevárselo de en medio de

sus fatigas estraordinarias. El P. Gloriot recibió de la mano de Napoleon III la cruz de honor en este viage á Francia.

"El hospital de Péra no se quedó desprovisto de capellan, el P. Ferrary fué otra vez á desplegar su celo hasta el momento de la llegada del P. Geslin, jóven eclesiástico lleno de energía y de virtud; pero del que pronto la muerte privaria al ejército francés: este fué encargado provisionalmente del servicio del hospital de Péra, y el P. Gloriot á su regreso de Francia pidió y obtuvo le dejasen con él en el mismo servicio; mas la administracion se vió obligada despues á separarlos, para proveer á otro hospital de los varios que carecian de capellanes.

"Mr. de Geslin era de Metz, hombre de un gran talento, y sobre todo de un carácter bello con el que se ganaba los corazones de cuantos le trataban. Trasladado del hospital de Péra al de Gulhané permaneció en él hasta que fué á reemplazar al eclesiástico de Ribeins en las funciones de capellan agregado al capellan mayor. La noticia de su muerte llegó al P. Gloriot algunas horas antes de la suya.

"El P. Gloriot tambien habia sido llamado á Sébastopol para desempeñar el cargo de capellan mayor de un cuerpo de ejército, nombramiento que contrariaba mucho

sus planes, que se encaminaban á llenar otro puesto de mayores dificultades, y de trabajos y fatigas mas penosas, cual era la direccion de los hospitales de Constantinopla, y la que efectivamente se le confirió nombrándole su capellan mayor en gefe; pero este trabajo no entraba en los designios del Señor, que se lo llevó de este mundo en pocas horas antes de que le fuese remitido el nombramiento oficial."

A la muerte del P. Gloriot, Abril de 1855, el ejército de Oriente ya contaba muertos tres de sus capellanes, cuya fúnebre lista se aumentó pronto con otras pérdidas, que tampoco serán las últimas; porque los capellanes como los soldados permanecerán en sus puestos hasta la conclusion, y si necesario fuese hasta la del último de todos ellos.

"El P. Gloriot fué enterrado, añade la *Presse d'Orient* en la bóveda del Arzobispo de Constantinopla, el eclesiástico Ferrary en la de los PP. Lazaristas, Mr. de Geslin descansa en Sébastopol, y el cuarto, cuyo nombre ignoramos, en Varna, Bulgaria.

Algunos dias antes de su muerte el P. Gloriot habia escrito acerca de los sentimientos de que nuestro ejército de Oriente estaba animado, y de los trabajos que ponian á prueba su heroismo, una carta, que

publicó el *Univers* en su número de 23 de Junio de 1855, de la que estractamos los pasages siguientes:

«Disfrutando de algunos momentos de descanso los aprovecho para escribir unas palabras mas sobre la disposicion religiosa del ejército, y los consuelos que nos ofrece nuestro ministerio, y sobre las ventajas que la religion debe sacar de esta guerra. La disposicion del ejército es perfecta. ¡Ojalá que me fuera dado poder publicar en alta voz, para hacer conocer á la Francia, lo que acaso ignora, esto es, que su ejército ha sabido guardar mucho mejor que ninguna otra clase de la sociedad francesa, las tradiciones religiosas. Nuestro ministerio es bien acogido en todas partes; á la vista de todo el mundo está que el sacerdote es amado, respetado y muy bien quisto de todos, así oficiales como soldados. No me atreveré á decir que todos los corazones están convertidos, pero sí que los ánimos están reconciliados con la religion, y el volterianismo por mas que se esfuerce no llegará con su sonrisa burlesca á romper la union que aquí se ha establecido entre el sacerdote y el soldado por la comunidad de los mismos sufrimientos.... ¿A qué atribuiremos estas disposiciones tan favorables? A muchas causas que no dejan duda. 1.° A la

accion que en todas las clases subalternas ejercen siempre los ejemplos de las superiores. Se sabe que el Emperador favorece mucho á los capellanes, esto basta para que los que tienen una disposicion benévola se la manifiesten abiertamente, y para que los demás los traten con un respeto siquiera esterior. Así que no haya caso de que ningun capellan haya tenido que quejarse de un solo desacato de nadie. «Añado, que creo ver aquí la accion de una gracia especial de la Providencia. Ya sabeis por qué vias estraordinarias Dios ha traido al mariscal Saint-Arnaud á las prácticas de la religion, y nadie ignora que su muerte ha sido de las mas edificantes. Los tres generales, que hemos perdido desde que principió la campaña han llamado con gran fé al sacerdote cerca de su lecho de dolor. El general Sourmel, cuya muerte ha sido tan gloriosa que aun vive la memoria en el ejército, se apresuró tan pronto como se sintió gravemente herido, á hacer llamar al capellan; y algunos dias despues así que llegó á convencerse que no le quedaban sino pocos instantes de vida, envió á buscar á dos capellanes, al de la 4.ª division, y al P. de Damas, por el temor que tenia de morir sin los Sacramentos. Estos ejemplos deben necesariamente dar su fruto, porque los

dan hombres cuyo carácter personal y brillantes cualidades los colocan mas arriba aun, si es posible, de los sentimientos religiosos.

Mil y mas rasgos de esta naturaleza podria referir para confirmar mi asercion, de que el ejército es religioso tanto en los gefes como en los soldados. Mucho me ha edificado, durante mi estancia en el cuartel general, ver al general Canrobert acompañado de todo su Estado Mayor ir los domingos á las nueve en punto á la pobre choza del P. Parabére para oir misa. Estos señores no han dejado de asistir al acto religioso una sola vez en todo el invierno, y aseguro que habia mérito en la accion: con frecuencia tenian que arrostrar un frio muy riguroso, abrirse camino por la nieve, y permanecer media hora en una capilla, que se asemejaba mucho al establo de Belen, porque está abierta á todos los vientos sin entarimado, ni asientos, etc. Uno de los oficiales de ordenanza del general me ayudaba á Misa.

«Pero el consuelo mas dulce para nosotros es, que ni un solo militar haya muerto sin recibir los Sacramentos. Necesitaria, no páginas sino tomos, para contar todas las acciones ejemplares, y todas las palabras admirables de que todos los dias soy testigo y atesoro. Hasta ahora yo he

sido el único á quien han acudido para asistir á los oficiales gravemente enfermos en Constantinopla: todos se han confesado y han recibido la Extremauncion.

«Lo mas cruel para mí es ver morir á un número tan grande de nuestros soldados. Es un holocausto inmenso que la Francia ofrece aquí á la justicia de Dios: el sufrimiento es para las naciones así como para los individuos una condicion de perdon, y estoy convencido de que en las miras de la Providencia las pruebas del ejército de Oriente, sobrellevadas tan religiosamente, se convertirán para la Francia en manantial de gracias estraordinarias que todos esperamos despues de la promulgacion del dogma de la Inmaculada Concepcion.»

CAPITULO IV.

LA FRANCIA CATOLICA Y MILITAR EN GRECIA.

El general Mayran, uno de los oficiales superiores que sucumbieron en el primer ataque contra Malakoff (18 de Junio de 1855), habia sido encargado en 1854 de ocupar el Pireo, con el fin de contener las intrigas del gobierno griego. El débil ejército y la poblacion de este pequeño estado intentaron una diversion en provecho de la Rusia revolucionando las provincias otomanas limítrofes de la Grecia. El rey y sus ministros ó no podian impedirlo, ó juzgaban oportuno dejarlo correr.

La mision del general Mayran era por tanto muy difícil, y llegó á serlo mucho mas á consecuencia de la invasion del cólera que se cebaba con mucha virulencia en la poblacion y en nuestras tropas. El

general supo observar la conducta mas digna y firme: nuestros mismos enemigos lo reconocieron así. No intentamos esplicar aquí con qué habilidad tan leal salió de las dificultades políticas que le rodeaban; pero queremos patentizar que sabia penetrar el alma de sus soldados. Al leer estos detalles se comprenderá el tono de las diversas cartas publicadas por los diarios con motivo de su muerte; cartas en las que sus hermanos de armas que le habian visto batirse y morir, alababan con el mayor elogio su rara energía y elevados y nobles sentimientos, y exponian con dignidad el pesar del ejército entero.

Un Lazarista encargado de la mision de Salónica, el P. Lepavec, volvia á Francia á causa de una enfermedad. Su nave hizo escala en el Pireo, desembarcó y fué á casa del cura católico Dom Marino Duvani.

El cólera habia atacado á la division que ocupaba este puerto, y el cura, conociendo la lengua francesa, se constituyó capellan de nuestros soldados. El 16 de Julio de 1854 fué atacado él mismo de la enfermedad. Al punto el P. Lepavec ofreció sus servicios al general Mayran, que los aceptó sin demora y con gratitud. «Yo no veo, le dijo, mas que una dificultad, y es la del sueldo de V. por no pertenecer V. al cuerpo de capellanes; pero

esta dificultad la resuelvo yo poniendo mi bolsillo, que basta para dos, á la disposicion de V.» El misionero, conmovido por esta oferta, le respondió, que en nada le ocupaba la cuestion de sueldo. «Entonces, le replicó el general, todo está arreglado, desde ahora reconozco á V. por capellan de mi division.» El P. Lepavec entró inmediatamente en el ejercicio de sus funciones, porque urgía: el dia anterior se habian muerto diez y seis hombres, y aquel mismo dia fallecieron catorce; al dia siguiente bajó el número de los muertos, que subió hasta veinte y siete algunos dias mas tarde. Todos se confesaron.

Dom Marino Duvani falleció el 17 de Julio, sentido de todos, pues su sencillez, bondad y buen ánimo le habian grangeado el corazon de nuestros soldados. El general Mayran y el contra-almirante le Barbier de Tinen seguidos de un gran número de oficiales de tierra y mar asistieron á su funeral, rindiéndole así un homenaje de reconocimiento, del que le eran deudores.

El primer cuidado del comandante de las tropas francesas, así que supo la muerte «del buen Pastor,» fué asegurarse oficialmente de la asistencia del P. Lepavec, y al efecto, le escribia diciendo: «he sabido con profundo dolor la muerte del dig-

no eclesiástico Dom Marino Duvani, cuyo celo apostólico no ha desmayado un solo instante en medio de los estragos de la cruel epidemia que sufrimos. Permítame V. solicitar de su celo la continuacion de la buena obra del intrépido y generoso eclesiástico Dom Marino. «Un misionero jamás se niega á tales ofertas, y el P. Lepavec se quedó encargándose, no solo de la capellanía de la division, sino tambien de la parroquia, para que los católicos del Pireo no careciesen de los consuelos de la religion.

Se habian pedido á Smirna hermanas de la Caridad. Su salida fué inmediata, porque el peligro apremiaba. «Los preparativos del viage se hicieron con precipitacion,» escribia mas tarde una de las hermanas, «y llegado el momento de la marcha se pusieron en camino. Se vertieron muchas lágrimas, pero no por las que iban al combate, sino por las que se quedaban.» La sierva de Dios añade con gracia encantadora: «el comandante del *Narval*, así como todos los oficiales y tripulacion, nos recibieron con los brazos abiertos;» y mas adelante dice: «el almirante y todo su Estado Mayor saludaron nuestro arribo con demostraciones de grande alegria: un instante despues el general vino á vernos á bordo, y nos sa-

ludó tan afectuosamente que nos dejó suspensas, y habiéndonos dirigido un corto discurso análogo á las circunstancias, el almirante nos confió al cuidado del general diciéndole que su mision quedaba terminada. El general, ufano de su nuevo regimiento, nos hizo entrar en su bote, y vino á instalarnos él mismo en el hospital.» Muchos soldados al ver á las hermanas gritaron: «Ahora entraremos sin miedo en el hospital.» Mucho habia que hacer y todo se hizo. Un protestante lleno de admiracion, dijo: «No alcanzo á comprender como estas mugeres tan delicadas pueden soportar una carga tan enorme.» «No sabe él, respondió una hermana, que quien nos sostiene es el Dios de los fuertes.»

En el mes de Octubre debia volver á Smirna la hermana encargada de organizar el hospital del Pireo. Aquí está la carta que en aquella ocasion le escribió el general Mayran: la reproducimos por honrar la memoria de este oficial, y no por lisongear á las hermanas, que no se cuidan de alabanzas.

«Campamento del Pireo, 10 de octubre de 1854.

«Mi muy estimada hermana:

«No permitiré que salgais del Pireo sin daros las gracias por haber condescendido á la peticion que os dirigí á Smirna,

suplicándoos que viniéseis á asistir á nuestros pobres soldados en la mas terrible de las calamidades que podian afligirles. El cólera se cebaba en nosotros con una saña, por decirlo así, sin ejemplo. Os hemos llamado, y al tercer dia ya estábais aquí con seis hermanas mas prodigándonos todos los cuidados, y todo el cariño, á que nos tienen acostumbrados hasta los miembros mas humildes de vuestro santo instituto. Vuestra presencia nos ha comunicado ánimo á todos. ¡Gracias os sean dadas, mi muy querida hermana! Os ofrezco todo mi reconocimiento; servíos aceptarlo, os lo suplico, en mi nombre y en el de todo el cuerpo de ocupacion que está á mis órdenes. La grata memoria que nos dejais, mi muy apreciable hermana, no se borrará jamás.

«Os ofrezco el homenage de mi mas sincero y respetuoso afecto.

«El general de brigada comandante del cuerpo de ocupacion en Grecia,

«*Mayran.*»

El ejército se presentaba en Grecia como en todas partes, digno de tan marcada solicitud paternal. «Los soldados aman y respetan mucho á las hermanas,» escribia el misionero, «doy gracias á Dios por haberme proporcionado esta ocasion

de conocer al ejército, que está lleno de fé, de valor y de resignacion.... Este terreno cultivado por los capellanes puede producir frutos abundantes de salvacion.» En muchos lugares hemos encontrado ya este testimonio, y lo tendremos en todos. «Estos soldados de Francia son soldados de Dios,» se ha dicho en un tono genuino de confianza.

El P. Lepavec permaneció al lado de nuestros enfermos hasta la llegada de un sacerdote enviado de Francia con el título de capellan del cuerpo de ejército de ocupacion. El general Mayran supo apreciar debidamente su comportamiento. He aquí un estracto del parte que dirigió al ministro de la guerra sobre las pruebas á que el cólera habia sometido á su Brigada.

«El P. Lepavec, sacerdote Lazarista francés, misionero en Salónica, que pasaba por el Pireo con direccion á las aguas de Vichy, que le habian sido prescriptas para su salud, llegó precisamente el dia que sucumbió el eclesiástico Dom Marino. Aquel viendo nuestra afliccion, y no pudiendo decidirse á dejar tantos moribundos sin los auxilios de la religion, renunció espontáneamente á su proyecto, y se instaló en medio del hospital, mostrándose animado hácia nuestros pobres soldados de caridad

y zelo tales, cuales le han hecho acreedor al testimonio de mi mas vivo reconocimiento.»

Nuestras tropas en Grecia y en Turquía han querido hacer una inequívoca profesion de catolicismo. El dia de la Asuncion despues de una revista á peticion del general Mayran se celebró en descampado una Misa solemne al frente de la guarnicion francesa del Pireo: al evangelio el P. Lepavec, con palabras fervorosas exhortó al ejército á ponerse hajo la especial proteccion de la Sma. Vírgen á fin de que alcanzase de su divino Hijo la cesacion del azote que les afligia. La bendicion con el Smo. Sacramento terminó esta funcion religiosa, á la que habian asistido el ministro de Francia, y un miembro del ministerio griego.

Hácia mediados de Setiembre ya eran muy raros los casos del cólera en nuestras tropas del Pireo, y uno de los testigos de las escenas de luto, que allí se presenciaron, escribió sobre el particular diciendo: «Las Hermanas principian á disgustarse aquí porque saben que el cólera se encona en otras partes; pero su obra en Grecia aun no estaba terminada. La poblacion del Pireo y la de Atenas fueron horrorosamente atacadas, abriéndose así al zelo de nuestras religiosas, un campo nuevo, en

el que entraron desde luego con el resultado que otros nos referirán.» A continuacion trascribimos lo que sobre este particular publicó el *Moniteur* en su número del 25 de Diciembre de 1854.

«Las Hermanas de la Caridad han dejado Atenas llevándose la gratitud de toda la poblacion. M. Mavrocordato, presidente del ministerio griego, con motivo de la marcha de las religiosas, ha dirigido al ministro de Francia en Atenas la carta siguiente:

«Atenas 26 de Nbre. de 1854.

«Señor ministro:

«El ministro de cultos y de instruccion pública participando de los sentimientos de que ha llenado el alma de todos los habitantes de la capital, y del Pireo, el noble celo manifestado por las hermanas de la caridad en los aciagos momentos en que la salud pública ha sido visitada tan cruelmente, y deseando manifestarles de nuevo la espresion de estos sentimientos, me ha remitido la carta, que acompaña, para la superiora de las hermanas de la caridad, que se hallan en Atenas y en el Pireo, pidiéndome la haga llegar á su destino.»

La carta del ministro de Cultos, M. Argyropoulo, es la siguiente:

«Muy R. Señora: socorrer á los enfermos, consolar á los afligidos, aliviar á los desdichados, y llenar de este modo el segundo de los dos grandes mandamientos, de que dependen las leyes y los profetas, es el noble fin de vuestra mision santa: mision sagrada, en verdad, que no puede esperar la recompensa que le es debida, sino de aquel que ha dicho: «lo que hiciereis en beneficio del menor de mis hermanos, me lo habreis hecho á mí mismo.»

«Y en efecto, ¿qué recompensa puede haber en la tierra digna de la abnegacion y cariño con que os habeis consagrado al alivio de la humanidad afligida, así como del marcado celo de una caridad tan cristiana, de la que habeis dado últimamente en Atenas un ejemplo tan esclarecido y admirable, prodigando los cuidados mas asíduos, los consuelos mas dulces y los socorros mas eficaces á los desgraciados; que habiendo sido víctimas del azote que ha afligido á esta ciudad, han tenido la dicha de participar de vuestra inagotable caridad?

«No obstante creeria faltar á uno de los deberes mas imperiosos del mando que ejerzo interinamente, si habiéndoos aparecido como ángeles de consuelo y de esperanza en medio de una epidemia devastadora, no os hiciese saber oficialmen-

te la gratitud del gobierno, y los sentimientos que vuestro celo ejemplar ha escitado en el alma de todos los griegos en general, y con especialidad de los habitantes de esta capital.

«El Dios de caridad que castiga y consuela á la vez se dignará apartar de nosotros su ira, como nos atrevemos á esperarlo, y acaso pronto otros infortunados reclamarán vuestros desvelos en diversos lugares, en los que vuestras virtudes serán admiradas tambien. Pero los votos de los desgraciados, curados á beneficio de vuestra esmerada asistencia, os seguirán por todas partes, muy Reverenda Señora, y yo cuento como una dicha para mí el haberme cabido la suerte de trasmitiros tanto á vos como á vuestras compañeras la espresion del reconocimiento público, con la que tengo el honor de ofreceros la seguridad de mi respeto individual.»

El prefecto del Atica y de la Beocia, y el director de la policía quisieron dar las gracias á las hermanas por separado en nombre del cuerpo municipal de Atenas. El siguiente es un pasage de su carta.

«Despreciando los peligros y los disgustos con un valor á toda prueba, habeis prestado á los enfermos socorros y consuelo, haciéndoos dignas del nombre que tan justamente llevais.

«La nacion griega, que ha recibido de vuestra gran nacion mas de un memorable beneficio, no olvidará jamás, estad bien convencida de ello, vuestra caritativa asociacion, que realizando en la tierra las virtudes evangélicas atrae la admiracion y las simpatías del mundo entero.»

Los rusos tienen Papas en Atenas; pero nadie ha oido hablar de los socorros dados á las víctimas del cólera por estos ministros del cisma.

El protestantismo tambien cuenta en Grecia con algunos representantes; pero estos repartidores de Biblias no han parecido en el momento del peligro.

CAPITULO V.

El campamento de Varna.

SOLDADOS, CAPELLANES Y HERMANAS DE LA CARIDAD.

El campamento de Varna era mas numeroso que el de Gallípoli y el mal se manifestaba en él con proporcionada severidad. Cada una de las cuatro divisiones contaba con su hospital. El Mariscal Saint Arnaud pidió hermanas de la caridad, y diez de las establecidas en Constantinopla acudieron sin dilacion á su primer llamamiento, acompañándolas dos Lazaristas, el P. Boré, prefecto apostólico de la congregacion, y el P. Regnier. Socorro precioso, que recibió con júbilo el R. P. Parabére, capellan mayor que ya tenia á dos de sus auxiliares enfermos. Cuando las religiosas entraron en el hospital grande, esclamó un soldado, intér-

prete de la sensacion que su vista causó en todos: «Ahora que tenemos á nuestras hermanas no moriremos mas.» ¡Con qué respeto repetian los pobres el nombre de hermana! ¡qué alivio no era esta confianza para sus males!

I.

Un fervoroso cristiano, que vive en Constantinopla ha hecho en las páginas siguientes una reseña de la mision que han desempeñado las hermanas de la caridad. (1).

«Se trata de nuestros *soldados* y de nuestras *Hermanas*, dice; ¡Pues bien! sea en hora buena; pero al dividir el asunto siento que estas dos partes se ligan, y se mezclan entre sí, de manera que se las puede unir con toda propiedad. Y por cierto

---

(1) Esta carta está sacada testualmente del cap. 20 del libro; *La Iglesia, la Francia y el cisma en Oriente*. Volvemos á repetir, que no es este el único extracto que hacemos de esta obra; y recordamos que la materia, de que se trata aqui exclusivamente no es mas que un detalle de este primer libro, del que solo ocupa el cap. 22. Estas *narraciones* están consagradas con muy rara excepcion á los hechos religiosos, mientras que *La Iglesia, la Francia*, y *el cisma en Oriente* trata de todas las cuestiones históricas, politicas y religiosas que indica su titulo.

¿nó son hijos de la misma patria, alimentados con las mismas ideas, abrigando en el fondo la misma fé y el mismo celo? Los unos y las otras lo han dejado todo por la obediencia, y combaten al mismo enemigo aunque con armas diferentes.

«Los soldados tienen tantas simpatías por las hijas de la caridad, que al verlas llegar á los hospitales en donde el cólera los diezmaba, su primer grito era «ahora ya no moriremos, tenemos con nosotros á las hermanas.» Este grito del corazon era seguido de otras reflexiones como esta, «¡ah! Hermana mia, me recordais á mi madre;» de esta manera anunciaba un moribundo, que estaba consolado, y cedia á la dulce y santa exhortacion, que le hacia pensar en los intereses de su alma. Es el momento en que la hermana saca de su bolsillo la medalla de *Maria inmaculada* y la cuelga al cuello del enfermo. Las almas ganadas por estos lazos son innumerables; no se ha visto á ningun soldado reusarlos. Todos los que aun no tenian la medalla, ó la pedian, ó la recibian con agradecimiento. Mas de un agonizante, que no pudiendo ya responder al último llamamiento del sacerdote, que deseaba saber si habia tenido tiempo de recibir los sacramentos, sacaba con su mano helada la medalla, que colgaba de su

cuello, y la mostraba para dar á entender, *que todos los bienes le habian venido con ella.*

«Sobre todo, yo hablo aquí de las escenas del cólera y de las víctimas de este azote *misericordioso*, aunque se presenta como el ejecutor de la justicia divina. ¡A qué tiempo tan oportuno ha llegado para despertar la fé en las almas de aquellos que la habian olvidado, y para aumentarla y enriquecerla en los que conservaban vivo este don de Dios! El cólera, con sus espantosos estragos, ha sido una admirable preparacion para la *guerra santa.* Se ha llevado el diezmo de los elegidos, y ha dado fortaleza al ejército: los desastres sufridos en un principio han sido el manantial de los sucesos posteriores. La confianza inspirada á los aliados por sus propias fuerzas era tal que se habian creido poder pasar sin la asistencia de Dios, y Dios se sirvió de este medio para recordarles que él es siempre *el Dios de los Ejércitos.* La oportunidad del restablecimiento de capellanes en el ejército no hubiera aparecido en toda su fuerza, y sobre todo, no se hubiera recurrido con tanta prontitud y anhelo á su ministerio salvador. El cólera ha sido tambien el introductor de las Hermanas de la Caridad en los hospitales militares, cuyo servicio, sin esta cir-

cunstancia, continuaria siendo lo que anteriormente, de poco órden, de poco aseo y sobre todo de poco provecho espiritual. Es, por tanto, de creer que la guerra de Oriente servirá de antecedente para la aplicacion definitiva y general del servicio de las Hermanas en los hospitales del ejército (1). Las Hermanas se prestan á este sacrificio con la mayor naturalidad. La regla de su instituto las tiene amoldadas á la disciplina militar, y su uniforme regularidad agrada al soldado. Sacadas en su mayoría de sus clases de enseñanza, ó de otras ocupaciones no menos tranquilas para ir á Gallípoli y á Varna, decian con buen humor á sus amigos de Constantinopla, en cuyo número me encuentro yo: *vamos á la guerra con la mochila en la mano*, en lugar de llevarla sobre los hombros.

«En efecto, su escaso equipage vá en un saquito azul y uniforme que las acompaña en sus viages. Habituadas á las fatigas y privaciones de todo género, resistian el mareo y no estrañaban la desnudez del aposento que les fué señalado. Regocijadas de tener una ocasion de practicar por precision la pobreza un tanto mas estricta de lo usual, encontraban en esta pe-

(1) Esta esperanza se ha realizado.

nuria y en las ocupaciones industriosas que la misma estrechez les sugería, un fondo inagotable de chistes y de buen humor. Así las vió uno de vuestros amigos en el hospital de Varna á la sazon foco de una infeccion pestilencial que obligó á abandonarlo. El único cuarto disponible para ellas le servia de dormitorio, de refectorio, de obrador, de sala de visitas y de capilla. Algunos paños colgados lo dividian en alcobas, y á las cinco de la mañana un elegante altar improvisado las reunia para asistir al Santo Sacrificio de la Misa. El criado del misionero era el soldado ordenanza de las Hermanas, á menos que no fuera reemplazado por algun oficial ó capitan de buque, espectáculo que con gran satisfaccion han visto muchas veces los PP. Boré, Regnier, Paravère y Ferrary. Un dia, uno de estos capellanes dió la Sagrada Comunion en esta capilla á un jóven capitan de artillería, que le dijo despues de haber dado gracias á Dios: «Ahora partiré mas contento para la Crimea en donde probablemente desembarcaré el primero con una bateria.» Despues he oido decir que este valiente y piadoso oficial habia sido muerto de un balazo en la jornada de el Alma.

«Esta es la habitacion en que se vió el tierno espectáculo de una hermana que

sucumbió víctima de la enfermedad que habia cogido asistiendo á nuestros soldados. Los primeros síntomas inspiraron fuertes sospechas á todos los que la rodeaban; pero la sierva de Dios, ocupada tan solo con el pensamiento de la muerte, dijo al sacerdote que le llevaba la extremauncion: «¡Qué dicha! V. me firma mi pasaporte:» y calculaba que la Vírgen Santísima podria llevársela el dia de la hermosa fiesta de su gloriosa Asuncion; pero su sacrificio no se consumó hasta el dia siguiente: cuando estaba espirando, sus compañeras envidiosas de la preferencia que se le dispensaba, siendo la mas jóven y la mas fuerte, se quejaban, y le encargaban las indemnizase en lo alto obteniéndoles de la Santísima Vírgen la misma gracia ú otra semejante. La moribunda reunia todas sus fuerzas para unirse á la recomendacion de su alma, que rezaban los sacerdotes y las religiosas al rededor de su cama, y cuando ya no podia hablar se sonreia.

«Las hijas de la caridad tienen comunmente en sus últimos momentos una visible recompensa por los servicios que han prestado al prógimo. «Muchas de ellas, me decia una de sus venerables superioras gozan ya de la vista de la Santísima Vírgen, y le he asistido á algunas que me

la señalaban estendiendo sus brazos hácia ella,»

«Es preciso reconocer que la tierna devocion que tienen á María, y el celo con que procuran propagar su culto, es muy á propósito para atraerles sus favores especiales; si ellas la llaman su *Madre*, ella las trata como á hijas privilegiadas, testigo la eleccion que de una de ellas hizo en 1830 apareciéndosele y ordenándole que propagase la *medalla milagrosa*, que no ha contribuido poco á estender y robustecer la fé en la inmaculada Concepcion.

«Si en el hospital de Varna no ha sucumbido sino una de ellas, casi todas las otras se han resentido más ó menos de los ataques del azote, ó de otras enfermedades que le acompañaban. Así fueron atacadas tres ó cuatro de una ictericia muy pronunciada, estas se denominaban en su amable lenguage las Hermanas *condecoradas*. Otra contrajo las viruelas asistiendo á los virulentos, y compadeciéndose el médico de su suerte, trataba de persuadirla á que se pusiese una máscara de pez para estar menos desfigurada, sin lo cual, añadia él, pareceria una vieja. «¿Tengo yo necesidad, por ventura, replicó la Hermana con una carcajada, de ser mas bella que una vieja?»

«Otra de un genio alegre y franco, teniendo á su cargo la sala de los coraceros y artilleros de Gallípoli, les dijo al acercarse á ellos: «¡Ah! amigos mios, voy á cuidaros mucho, porque sentiria que la bella raza se perdiera aquí entre nosotras.» Esta sencillez y agudeza le grangeó prontamente todos los corazones, y la caritativa hermana explotaba la confianza de sus enfermos en el interés de Dios. Entonces los exhortaba á confesarse, y como en aquella ocasion estuviese de capellan un P. Dominico que generosamente habia ido á Gallípoli á reemplazar en su ausencia al capellan que lo era en propiedad, nuestros soldados, que no conocian aun el hábito blanco y que esperaban verle vestido de negro, objetaban á la Hermana que aquel era *monje*, pero no sacerdote. «Os aseguro amigos mios, que él es muy sacerdote. Pero Hermana, ¿sacerdote para decir Misa? Sin duda, respondió la Hermana, yo asisto á ella todos los dias, y ese mismo es quien me confiesa. ¡Ah! bien, replicaban ellos, entonces es un verdadero sacerdote.» El caso de conciencia quedaba ya resuelto para ellos, y todos hacian lo que la Hermana.

«La accion favorable de la religiosa hospitalaria á la cabeza de un enfermo indiferente ó incrédulo es bien conocida; pero

cerca de un soldado su eficacia es todavia mas visible. Ella es la que prepara toda la obra para el capellan, allana los caminos animando á los irresolutos, afirmando á los valientes, atrayendo á los tímidos y señalando los que se encuentran en peligro apremiante. «Muchas veces, decia uno de los sacerdotes del campamento de Varna, recorriendo el campo de los enfermos asistido por cuatro hermanas que exploraban las tiendas tomando *sus apuntes*, me comparaba yo á un cazador espiritual, á quien ayudan podencos fogosos y fieles, y y ofrecia esta caza fructuosa de almas en recompensa de aquella que me habia ocupado demasiado en mi frívola juventud.»

«Los dos sentimientos que obran en el soldado á la vista de la Hermana enfermera son la admiracion y el respeto religioso. «¡Qué! ¿Venis vosotras de tan lejos á curarnos?» les decia un suavo herido; «¿y cómo nosotros no temeis dejar la patria?» Entra la Hermana en la sala, y las caras tristes se explayan y alegran, las conversaciones descarriadas cesan y hasta se toman actitudes mas dignas. Si un enfermo se cree tratado injuriosamente por su cirujano, ya sea porque le sujeta á dieta, ó ya porque le obliga á tomar una medicina poco agradable, una palabra de la Hermana le persuade y le calma. Este

hombre, que con su largo bigote revela un carácter brusco y feroz que jamás cede, se transforma de un golpe en niño dócil y flexible. Habiendo tenido varias veces ocasion de preguntar á una Hermana, como hacia para manejarse con sus cien enfermos. «¡Oh, caballero, respondió ella, son mas fáciles de manejar que mis niñas de la escuela que he dejado por venir á cuidarlos.»

«Fácil es comprender las ventajas que los enfermos encuentran en estar cuidados por estas manos hábiles, y cariñosos corazones: y creo, que el estado por su parte no puede menos de ganar, porque hay economía en todos los gastos. Alguna vez visitando yo y otros compañeros nuestros hospitales, sorprendia ver á reclutas convertidos repentinamente en enfermeros, manejar los enfermos como á sus armas en tres tiempos, llamarlos *pobres diablos* para consolarlos, y decirles en via de exhortacion para la muerte que iban pronto á *volver el ojo*, ó á *hacer su maleta*: otros usaban de injurias mas graves; pero entre ellos, es preciso confesar en justicia, habia algunos, que se portaban como dignos auxiliares de las religiosas, y que hubieran hecho unos buenos hermanos de S. Juan de Dios.

«Aquí concluyo, no porque la materia

esté agotada, sino porque tratándose de obras de la caridad cristiana no se puede decir todo.»

II.

Seguramente seria imposible contar todas las escenas piadosas y solemnes, que han caracterizado de un modo particular la presencia de los sacerdotes y de las religiosas en medio de nuestros soldados, en el hospital, en el campamento, y en el campo mismo de batalla, se las encuentra en todas partes y á todas horas. Sin embargo, añadiré aun y desde luego diversos pormenores á la noble y patética carta que acabamos de leer. Escuchemos á uno de esos santos sacerdotes, de esos santos religiosos que lucharon contra la epidemia en Varna.

"Con frecuencia hemos tenido ocasion de admirar los designios incomprensibles y ocultos de la Providencia, cuando por ejemplo una equivocacion providencial nos conducia á otra tienda que aquella á la que habíamos sido llamados, y en la que precisamente se encontraba un moribundo sin mas tiempo que el justo para declarar con un arrepentimiento profundo sus faltas, y recibir el perdon... Dos moribundos, á los que habia sido

conducido por uno de estos felices acasos, que mas bien queremos llamarlos juicios secretos de la misericordia y de la justicia divina, merecieron recibir á su Dios por la primera vez, haciéndolo con tal piedad, que arrancaron las lágrimas de los presentes, y la misma justicia misericordiosa les concedió la salud del cuerpo juntamente con la del alma.

«Algunos eran modelos de paciencia. Me acuerdo entre otros de un simple soldado del cuerpo espedicionario que fué enviado á la Dobrudja, llanura vasta y pantanosa situada á la embocadura del Danubio, y en donde el cólera mezclado con los miasmas que exhala el terreno, se llevó cerca de dos mil hombres en el espacio de cuarenta y ocho horas, quedando los que sobrevivieron con calenturas perniciosas, ó úlceras que de todo el cuerpo hacian una sola llaga; tal era el estado de este pobre soldado, que se confesó, comulgó y recibió la extremauncion. Durante los quince dias que estuvo aguardando la muerte siempre lo encontré en oracion satisfecho y jovial; y preguntándole una vez, cuál era su consuelo, me respondió: «*el parecerme desde las plantas de los pies á la cabeza á Aquel á quien amo, esperando me concederá pronto la dicha de verle y poseerle.*» Una mañana ya no le encontré mas, y

sentí no me lo hubieran avisado con tiempo, para haber acompañado á su cadáver con el respeto debido á un predestinado.

«Otro, un dragon antiguo, marcado de muchas cicatrices, se dirigió á mí de improviso al atravesar el campamento diciéndome: «Señor cura, quiero dar á V. las gracias por los últimos sacramentos que V. ha administrado á mi muger, la cantinera. Era muy buena; en los veinte y seis años que hemos pasado juntos no hemos tenido una desavenencia: así ruego á V. le diga mañana una Misa. De muy buena gana, mi amigo, le contesté yo, pero con una condicion. ¿Cuál? preguntó el soldado creyendo otra cosa muy diferente de la que yo pensaba. Que os pongais en estado de ser útil al alma de vuestra querida esposa, y para ello es preciso que os confeseis. El dragon se quedó pensativo un instante y me dijo: ¡Ah! señor cura, hace mucho tiempo que no cuido de mi conciencia.... Despues obedeciendo á la inspiracion de la gracia, esclamó: ¿Está V. pronto á oirme? Sí, mi amigo, le respondí; y en el momento nos entramos en una tienda vacía por la muerte de un teniente de artillería ocurrida aquella mañana, y que en cuanto á lo demás era muy á propósito para ponerse en la presencia de Dios. Entramos,

pues, y él se arrodilló al pié de la cama, y yo me coloqué á la cabecera. Le oigo, y se levanta todo alegría como aligerado de un peso, que le abrumaba, y me dijo: señor cura, escuche V.; allí tengo á mi hijo, un verdadero dragon como yo; esta mañana me acompañó á preparar el funeral de su madre, voy á traerlo, y hará lo que yo he hecho.» Efectivamente, le veo venir con un soldado de á caballo de aire marcial, que entra en la tienda y se reconcilia con Dios: al dia siguiente vinieron padre é hijo á recibir la Sagrada Comunion, uniendo sus oraciones á las mias por el alma de la difunta esposa y madre.

"¿Y no era asimismo un predestinado aquel soldado del hospital de Dolma, Bagthé, que, privado de ambos brazos, que de un golpe habia perdido juntamente con su fusil, respondió con una sonrisa piadosa á la Hermana de la Caridad, que al darle de comer la sopa le preguntaba si no se aburria. «¡Oh! no, Hermana mia, porque ahora pienso mucho mas en Dios.»

CAPITULO VI.

EL CAPELLAN EN UN DIA DE BATALLA.

A pesar del cólera y de todas las dificultades materiales que debian encontrar los preparativos de una espedicion como la que los aliados enviaban contra Sébastopol el ejército Anglo-francés desembarcó en tierra rusa. El 20 de setiembre batimos á Menschikoff en el Alma. No daré una relacion detallada de esta batalla. Se sabe, que á pesar del retraso de los ingleses en su marcha, el enemigo fué derrotado por todas partes al primer choque. «Los rusos, escribia Saint-Arnaud en su parte al Emperador, habian reunido todas sus fuerzas, todos los medios de que podian disponer para impedirnos el paso de el Alma. El príncipe Menschikoff los mandaba en persona. Todas las alturas estaban guar-

necidas de reductos y baterías formidables.... El Alma, sin embargo fué atravesado al paso de carga.... Llegamos al pie de las alturas bajo el fuego de las baterías enemigas. Allí, señor, principió una verdadera batalla con sus episodios de brillantes acciones de valor, que duró hasta las cuatro y media en que el ejército francés era dueño de todo el campo. Todas las posesiones fueron tomadas á la bayoneta al grito de viva el Emperador! grito, que ha resonado toda la jornada: jamás he visto un entusiasmo igual; los heridos se levantaban del suelo para gritar!»

Este lenguage es el de un general enardecido aun con el fuego de la victoria. Pero oiremos ahora á un capellan, que escribe á un amigo quince dias despues de la batalla en un estilo de intimidad. Esta carta es del R. P. Paravère, capellan mayor, que no la escribió para que fuese publicada, como de ella se colige.

«....Yo caminaba por entre las primeras filas de los tiradores, pensando muy poco en los rusos, pero mucho en nuestros pobres soldados, que iba á ver acuchillar: repentinamente se oye romper la fusilería como á un kilómetro de distancia, mi hermoso corcel de Africa levanta la cabeza y las orejas, su amo le comprende y á los cinco minutos ya estábamos en nues-

tro puesto. No bien llego y ya veo algunos desgraciados heridos de muerte: saltar junto á ellos, absolverlos, volver á montar á caballo y correr hácia otros, todo fué obra de pocos instantes.... Estaba yo en espectativa, cuando un mortífero plomo vino á hacer saltar á mi noble bestia, adivino lo que era, una herida mortal.... mi pobre caballo tenia una bala en los hijares. Adios, caballería; ya soy infante. Como las balas y bombas menudeaban demasiado dirigiéndose á la artillería cerca de la que yo me hallaba, creí que lo mejor que podia hacer para poner á cubierto á vuestro amigo era colocarme detrás de un arcon de municiones, esperando el momento de ser necesitado. A los cinco minutos de estar allí, una bala vino á herir en medio del cuerpo á un caballo que estaba atado al dicho arcon, y me recordó lo que yo ya sabia, que el mejor reducto es confiar en Dios y ponerse en sus manos; y en su consecuencia me dije á mí mismo: ¡*adelante*! Era preciso atravesar el rio: ¿sabeis cómo me las compuse?.... pues lo efectué con mas ánimo del que supondreis. No teniendo ningunas ganas de tomar un baño, me monté sobre un arcon de artillería y pasé de este modo el rio en medio de los alegres víctores de nuestros infantes, que se hallaban metidos

en el fango como verdaderos patos.

«Hemos rechazado al enemigo con tal determinacion y vigor que parecia increible. Cuando desde lo alto de las posiciones rusas hemos vuelto la vista atrás, no podia uno dejar de decir con un sentimiento de orgullo nacional: ¡Qué bizarros son los franceses! En aquella posicion hubiéramos desafiado nosotros á cien mil hombres; ¡y á nosotros no han podido detenernos en nuestro curso ni un minuto!

«Esta vez he visto lo que se dice, ver un verdadero campo de batalla, en que el cañon y el obús aceleraban la obra (1); porque no van allí para no hacer nada, lo que puedo yo aseguraros; y sin embargo, en medio de la carnicería, teniendo el espíritu preocupado con el auxilio que hay que dar á los moribundos, no se siente uno ni impresionado, ni conmovido, y lo que es mas estraño aun, ni horrorizado. Todo lo que uno se permite es alguna corta exclamacion, dirigida á la bala que se aproxima, y que despues pasa sin tocarle; exclamacion que produce mil gestos en los soldados, que se rien casi en las mismas garras de la muerte. ¡Cuántos hechos tiernos y ejemplares no podria contar en

(1) El R. P. Parabère habia acompañado ya varios cuerpos expedicionarios en Argel.

este momento! ¡Ah! qué bueno y generoso es el corazon francés. Habiendo llegado á las primeras filas con los zuavos de Argel, filas que fácilmente se conocian por los muchos rusos que cubrian la tierra, presencié el espectáculo mas sensible. Los zuavos recorrian el campo de mortandad recogiendo sus heridos, luego acudian inmediatamente á los rusos tambien heridos, ofreciéndoles agua y otros socorros y levantándolos. Estos desdichados poco acostumbrados á semejantes actos de humanidad, parecian encantados: el asombro y la alegría reemplazaban al terror, y para demostrar que eran cristianos hacian todos la señal de la cruz...»

Puesto que tratamos de la batalla de el Alma recordaremos de paso, que el único nombre de oficiales subalternos citado en el parte del mariscal Saint-Arnaud es el del subteniente Poidevin, muerto al enarbolar la bandera del 30 de línea en la cumbre de las rocas que protegian á las tropas enemigas. Este jóven héroe habia suplicado á uno de sus hermanos de armas, que en el caso que fuese muerto enviara á su familia los objetos que tenia en mayor estima: el retrato de su padre, unas medallas religiosas y un rosario.

Para los capellanes todos los dias son dias de batalla. Entre los hombres de co-

razon, que de buena gana habrian atravesado el Alma montados sobre un cañon, y sin inquietarse demasiado por el fuego del enemigo, ¿habria muchos que se hubiesen prestado á imitar la conducta del P. Parabère en las circunstancias siguientes referidas por la *Revue des Bibliothéques paroissiales* de Avignon?

«Se han citado episodios muy interesantes de la guerra de Oriente; se ha hablado de la fé y del valor de los soldados, del celo de los capellanes y de la irresistible influencia de las hermanas de la Caridad; pero en ningun diario se ha encontrado el siguiente rasgo de heróica abnegacion que hemos sabido nosotros estos últimos dias por una correspondencia particular, «El cólera se cebaba en la division Herbillon; los soldados estaban llenos de aprension, sus conversaciones eran tristes, porque morian muchos, y no es esta clase de muerte la que el soldado francés quiere; pero lo que sobre todo les apuraba era la persuasion de que el azote se comunicaba por solo el contacto de un colérico; de suerte que veian en el campamento un lugar de terror particularmente en un punto en que la enfermedad habiacundido mas. ¿Qué haremos, Sr. cura? le preguntó el general al P. Parabère; estos muchachos parece que tienen miedo. ¡Ah!

será preciso que sepa el miedo que tiene que habérselas con franceses, y cristianos: general, dejadme obrar. El intrépido capellan se encamina hácia el cuartel indicado, encontró un pobre soldado atacado de la epidemia, teniendo aun tiempo para consolarle y absolverle y asistirle hasta cerrarle los ojos: y llamando entonces á sus compañeros á donde estaba el cadáver, trató de persuadirlos que el azote no se comunicaba por el contacto; pero algunos meneaban la cabeza en señal de desconfianza. ¡Ah! vosotros no quereis creerme hoy, les dijo, veremos si me creeis mañana. Entonces el capellan se acostó al lado del cadáver dispuesto á pasar toda la noche con su nuevo compañero de cama. Corrieron muchas horas, y el P. Parabère no dejó el puesto sino cuando vinieron á llamarlo para otro moribundo. Al dia siguiente el hecho era conocido de todo el campamento, y los soldados, animados con este ejemplo, decian: ¡Mirad ahí uno que no tiene miedo!»

Un soldado arrecido de frio, y á quien sus camaradas no podian socorrer por tener que hacer frente al enemigo, decia el R. P. de Damas, que le estaba administrando los remedios comunes: «los capellanes son buenos para todo!»

En efecto, parece que sí.

CAPITULO VII.

MUERTE DEL MARISCAL SAINT-ARNAUD.

Hemos dicho como el mariscal Saint-Arnaud se hizo cristiano, segun él mismo lo refiere en una carta. Mientras estuvo á la cabeza del ejército de Oriente dió grandes ejemplos de energía, de decision y de fé: era uno de esos hombres que no huyen de la verdad cuando la ven, y que no temen seguirla (1). En Varna daba su aprobacion y secundaba al doctor Cabrol, que se ocupaba con las Hermanas de la Caridad en fundar un hospital, y decia: «Debemos hacer porque se bendiga aquí al catolicismo y á la Francia por medio de la caridad: es menester hacer una obra que subsista despues de nosotros por un

(1) Luis Veuillor. La guerra y el hombre de guerra.

término indefinido.» Para manifestar su grande simpatía hácia la obra naciente, Sain-Arnaud hacia que se llevase diariamente á la comunidad una parte de su comida.

Los oficiales de su estado mayor, algunos de los cuales eran hijos de antiguos mariscales de Francia, pedian limosnas á sus amigos para la nueva fundacion, y se les vió comprar en el mercado legumbres para hacer el puchero de los acogidos en el hospital.

Gravemente enfermo el dia de la batalla de el Alma Saint-Arnaud supo vencer su mal á fin de vencer al enemigo; pero sucumbió pocos dias despues, dejando estampado su nombre en una de las mas gloriosas jornadas de la Francia.

Para manifestar con que sentimientos iba al combate citaré dos cartas que escribió al R. P. de Ravignan:

"Marsella 23 de Abril.

"Llego de Tolon en donde he visto con mucho gusto al respetable decano de Hyères. Hemos conversado larga y sériamente; me ha prometido sus oraciones, y V. es bastante bueno para dejar de prometerme las suyas. Todos estos votos no pueden menos de agradar á Dios, á quien yo por mi parte ruego con fé y fervor. Parto con una entera confianza, pues creo

imposible que Dios no proteja á la Francia en circunstancias tan graves y solemnes.

«Estoy convencido de que todo el mundo cumplirá con su deber, y que hará aun mas que su deber, porque combatimos por una causa justa. Esperemos, pues, mi R. P., y echadme vuestra bendicion.»

La segunda carta fué escrita por el mariscal en el momento en que estaba tomando sus disposiciones para la batalla de el Alma. Cada palabra de ella revela el hombre de guerra y el hombre de fé.

«Cuartel general Old-Fort (Crimea) 18 de setiembre de 1854.

«He recibido esta mañana su apreciable carta de V. del 20 de Agosto, y no pierdo un momento en dar á V. las gracias por sus oraciones y promesas cristianas. ¡Han sido oidas del Todopoderoso....! El 14 desembarcamos en Crimea con todo el ejército, que es imponente, y se halla en la mejor disposicion. El desembarco se ha hecho á los gritos de ¡viva el Emperador! y á este mismo grito romperemos mañana las columnas rusas que nos aguardan en el Alma, y que no me impedirán establecerme al pié de Sébastopol el 22, ó á mas tardar el 23.

«Apresuro las operaciones cuanto me es posible, porque mi salud está muy mal, y pido á Dios me dé fuerzas hasta el fin...

«Adios, mi R. Padre, ruegue V. por mí, y créame con sentimientos de respeto y afecto suyo.

«*Mariscal de Saint-Arnaud.*»

El 20 de Setiembre, el mariscal batió á los rusos y nueve dias despues sucumbió bajo el peso de la enfermedad que hacia ya dos años minaba sus fuerzas sin debilitar su carácter.

Ved aquí algunas líneas sacadas de una carta escrita por el P. Parabère, acerca de los últimos momentos del vencedor de el Alma:

"Delante de Sébastopol 2 de Noviembre.

"Aquí teneis lo que pasó en el momento de la salida del mariscal. Yo le acompañé hasta dentro del buque en Balaclava: veinte minutos antes de la partida me quedé solo con él y pude darle la última absolucion, que recibió despues de haberme reconocido, dándome señales ciertas. Pude dirigirle algunas palabras de consuelo antes de volverme á tierra, el buque se dió á la vela hácia al medio día. A las cuatro, el mariscal entregó su alma á Dios en medio del Mar Negro. En la última Misa á que habia asistido, y que yo celebré á presencia de todo el estado mayor me sorprendió verlo arrodillado en tierra antes de la elevacion, pros-

ternado sobre un taburete, posicion que conservó hasta el fin de esta parte sublime del sacrificio. Su resignacion á la voluntad de Dios, que le sacaba de este mundo aun antes de concluirse la guerra, era perfecta, de ello me ha dado pruebas inequívocas."

Los que amortajaron al mariscal le encontraron en el pecho la medalla de la Inmaculada Concepcion y el Escapulario.

CAPITULO VIII.

LA LICENCIA DE LOS CAMPAMENTOS.

Desde que principió la guerra ciertos escritores se ocupan en transformar á nuestros heróicos soldados del ejército de Oriente en mímicos, que en sus raros momentos de descanso no piensan sino en representar farsas groseras: en lugar de representarnos á estos bravos soldados llenando su deber, y con frecuencia mas que su deber, con entereza y tranquilidad como hombres de corazon; pero tambien con la séria resolucion que la presencia de la muerte y de la eternidad comunica á los que saben sentir, y aman á sus familias y á su Dios; en lugar, digo, de estos valientes tan grandes en su sencillez, nos presentan personages graciosos, entretenidos en hacer reir al público. Un oficial del ejército de Crimea ha protestado en términos fuertes contra esta gratui-

ta transformacion. Esta carta publicada en el *Constitutionnel* (1) se escribió en el campamento del Monasterio delante de Sébastopol el 10 de Octubre de 1855. Hé aquí un estracto.

"Hay mucha distancia, mi querido amigo, del soldado que representan en los teatros ó en los diarios á nuestros valientes soldados de Crimea. Aquí no hay zuavos con gatos, pues prefieren llevar en pólvora y plomo el peso de este animal tan inútil como desagradable. Los trabajos y combates del sitio apenas les dejan algunas horas de descanso, que aprovechan para dormir. Hé aquí cómo emplean el tiempo: 1.er dia: veinte y cuatro horas de guardia en las trincheras sin dormir. 2.° Limpieza del fusil, guardia en el campamento, seis horas de centinela. 3.° Doce horas de trabajo con el azadon bajo el fuego enemigo, doce horas de reposo: y el 4.° vuelve á comenzar la serie de ocupaciones como desde el primer dia.

"Aquí el soldado está tranquilo, y dá pruebas de comprender la importancia de la tarea que le está confiada; su misma alegria tiene un carácter grave, y es raro oir chocarrerias indecentes, como diariamente se observa en Francia. Parece que en Fran-

(1) Véase el núm. 30 de Octubre de 1855.

cia se tiene al zuavo por el tipo del soldado francés. Pues bien, aquí 150.000 hombres se han mostrado dignos de ser zuavos: al cabo de algunos dias nuestros mas jóvenes reclutas no se paraban por las balas que ya les eran indiferentes, y apenas se movian cuando una bomba ó un obús estallaba á su lado. Esta gente que durante once meses veia de cerca la muerte todos los dias, acabó por habituarse al peligro sin soñar jamás en burlarse del que habia pasado ya. Tampoco se mofaban de las primeras impresiones de miedo que podian sentir los recien llegados, sabian que estos jóvenes camaradas serian veteranos en pocos dias, y se harian bravos como los otros; y ¡cosa notable! despues de tantos peligros y sufrimientos, no tenian rencor contra los rusos, al contrario cuidaban á los heridos y á los prisioneros con una atencion digna de una Hermana de la Caridad.

"En Traktir he visto con mis propios ojos soldados emboscados en la madre del rio tiroteándose con los rusos, interrumpir el fuego por llenar sus cantimploras y dar de beber durante el combate á los rusos heridos tendidos á su lado. Despues del asalto de Malakoff desplegaron la misma generosidad. En todos tiempos y ocasiones nuestros soldados se han mostrado buenos

y valientes. Los rusos sabian esto muy bien, y se manifestaban muy agradecidos por las atenciones que habian recibido. Estos pobres diablos mal vestidos y mal alimentados han recibido mas de una vez una camisa y pan de nuestras tropas, que casi han concluido por amar á los enemigos que le oponian cuanta resistencia les era posible."

Estos soldados así descritos por uno de ellos nos parecen incomparablemente mas interesantes y mas dignos que las tropas imaginarias que nos presentan en las publicaciones ilustradas, y aun en las tablas de los pequeños teatros. Notemos aquí de paso que las cartas escritas en tanto número *en el campamento delante de Sébastopol* por los generales y oficiales de todas graduaciones y por los soldados, no han hablado jamás *del teatro de los zuavos*, con que ciertos diarios han metido tanto ruido: tal teatro no ha existido. Algunos soldados tuvieron algun dia la idea de levantar cuatro ó cinco postes cubiertos con un lienzo y un cartel en que anunciaban un espectáculo cualquiera. Dos ó tres veces han cantado algunas coplillas, y han hecho algunas farsas en esta escena aparente, y está dicho todo. El ejército no ha sabido que tenia un teatro sino por los diarios de Paris; esta noticia le ha asombrado, y no la ha recibido con pla-

cer, pareciéndole bastante estraño, que le hayan atribuido tanto ocio. La carta que acabamos de citar esplica y justifica esta impresion. Citemos aun otra que recuerda los mismos hechos, la misma distribucion de tiempo, añadiendo pormenores á propósito para hacer reflexionar á la gente pacífica y de humor jovial, que han creido que la guerra dá tiempo á los soldados para estudiar el arte teatral, aprender y recitar papeles y rivalizar con los cómicos. Esta carta ha sido dirigida al *Diario de Loiret*.

"Delante de Malakoff 24 de Agosto.

"Vivimos en la trinchera, sin que nos ocupe otra idea que la de dar el asalto y acabar el sitio; lo cual no es á propósito para que la materia de mis cartas sea muy variada.

"De tres dias el primero lo pasamos en la trinchera, de donde nos retiramos; el segundo dia á cosa de las once de la mañana, y aunque sea conducente reponer el sueño perdido, no podemos contar con tiempo para ello hasta el tercer dia, que nos toca descansar, aunque tambien en él una parte del regimiento turna en el servicio de proyectiles; y algunas veces se ocupa este tercer dia con algun entierro, porque cuando muere un oficial de la division, todos asistimos á la conduccion del cadáver á su última

morada. Figuraos una barraca pequeña convertida en iglesia, á un estremo el altar hecho de algunas tablas, y sobre él un tambor galoneado por tabernáculo, y encima una cruz de madera con un Cristo pintado de encarnado por un artista cualquiera á la manera de las antiguas pinturas bizantinas: pues bien, aquí se hace la ceremonia, y en seguida el acompañamiento se pone en marcha para el cementerio, precedido de los tambores enlutados y con sordina, y la música tocando sus piezas mas lúgubres. Detrás va un soldado de la compañía del difunto con la cruz que debe colocarse en su tumba; despues el sacerdote rezando las oraciones, y un soldado á su lado con el agua bendita, en seguida el féretro hecho de cajas de galleta, luego el duelo, y en fin, la tropa con el arma á la funerala haciendo los últimos honores.

"Todo esto es bien sencillo; pero al atravesar el campamento siempre siento mi alma conmovida al ver á los soldados, que suspendiendo sus faenas, inmobles y descubiertos saludan á la muerte del campo de batalla. He visto cabezas afeitadas de los zuavos ennegrecidas como bronce viejo, y cabezas rubias de paisanos llegados el dia antes de sus lugares; he visto un gendarme viejo con el cabello blanco, el cutis negro, inclinarse

piadosamente; espectáculo sensible, que no ha sido el que menos me ha conmovido."

Demos una nueva prueba de este respeto hácia los muertos que solamente se encuentra en donde los pensamientos son serios y elevados. La carta que va á leerse es de un oficial jóven de Anjou. Se ha publicado en el *Diario de Maine-et-Loire*.

"Hace dos dias que con quince hombres me hallaba de guardia en casa del general de Antemarre, y habiendo sido relevado de este servicio por uno de mis cólegas, me puse en marcha para reunirme al campamento, cuando observé un cementerio, y aunque algo desviado de mi direccion, Dios, que dispone todas las cosas, me inspiró la idea de hacer el rodeo para visitar el lugar sagrado. Juzgue V. cuál seria mi sorpresa cuando en la primera cruz de madera leí: *"Aquí yace Carlos Garin, Capitan de artillería, muerto de un balazo delante de Sébastopol."* Esta fúnebre inscripcion me recordó momentáneamente todas las diversiones que mi amigo Garin y yo tuvimos juntos en el colegio: ¡qué lejos estaba yo entonces de pensar, que un dia descubriria por casualidad su nombre sobre una cruz de madera á 800 leguas de nuestra patria comun!

"Me entregué libremente á estas melan-

cólicas reflexiones, cuando mis hombres, sorprendidos de verme contemplando aquella tumba, me preguntaron si conocia al que estaba encerrado en ella. Por el momento no pude responderles; pero al verme llorar comprendieron que era un paisano y un amigo, y todos nos arrodillamos á la vez á pesar de nuestro cansancio, y cavando la tierra con nuestras bayonetas todo al rededor, hicimos un arriate que llenamos con las plantas pequeñas que crecian en las inmediaciones.

"En fin, querido mio, si estás en relaciones con su familia decidla; que á pesar del espacio que la separa de su tumba, Garin tiene en la Crimea un amigo de infancia que le visita casi todos los dias. Nuestro campamento dista una media legua del barranco en cuyo fondo reposa mi amigo. Por las tardes hago mi peregrinacion al sitio para regar y renovar las flores, que plantamos al rededor de la sepultura, que he rodeado tambien de un círculo de piedras poniendo así todo en órden; ofrezco todos los dias una oracion muy fervorosa, y me vuelvo al campamento con el corazon tranquilo y satisfecho de haber llenado un deber."

I.

Es preciso conocer que la situacion del ejército no podia dar lugar á pasatiempos alegres. He aquí como, segun la correspondencia del *Moniteur*, se encontraban las cosas en Crimea hácia el fin del invierno, es decir, despues de la época de los grandes sufrimientos, y cuando los socorros de toda clase llegaban de Francia en abundancia.

"Delante de Sébastopol 18 de Febrero de 1855.

"Desde el principio nuestros soldados no tenian para descansar sino las pequeñas tiendas de abrigo, invencion ingeniosa usada en Africa en las expediciones de un tiempo limitado. Cada soldado lleva en su vagage un pedazo de lienzo cuadrilongo, preparado de tal manera que puede abotonarse y abrocharse á lo largo. Cuatro de estos pedazos de lienzo se unen y forman una tienda triángular, ó tienda de abrigo, en la que pueden habitar cuatro soldados, pero sucede con frecuencia que en lugar de cuatro se reunen seis en una. La mayor parte de nuestros soldados no se limitan á colocar su tienda en el suelo sin ninguna otra precaucion, pues cavan la tierra debajo para aumentar

de este modo su elevacion, la rodean de piedras para moderar el efecto de los vientos haciendo al rededor un pequeño canal, que recibe y arroja á fuera las aguas de las lluvias.

"Hace mucho tiempo que han desaparecido estas tiendas de abrigo, solo las conserva la division de observacion. En el dia usan tiendas turcas bien preparadas: se componen de conos redondos en su base, hechos de una serie de pedazos de lienzo cortados en figura de ángulo agudo, cosidos juntos con una costura doble: en el centro hay un palo muy fuerte de unos tres metros y treinta centímetros de largo sobre el que se estiende el lienzo asegurando los estremos inferiores en la tierra con estacas dobles. Cada tienda sirve para diez y seis soldados; que se acuestan en la noche con los pies hácia el lienzo. Estas tiendas, que tienen tres metros y cuarenta centímetros de radio, se ponen á un metro de profundidad protegiéndolas con obras muy ingeniosas, cuyo objeto es disminuir la accion de los vientos y sobre todo la humedad.

"El espíritu inventor y laborioso de nuestras tropas no se ha contentado con estas mejoras, pues han dado pruebas de una inteligencia grande en el aprovechamiento de los pocos recursos que el pais ofrece. Con

piedras de que hay abundancia, y con una especie de argamasa que forman con tierra, nuestros soldados se han construido casitas, que, aunque de irregular apariencia, les prestan un gran servicio. Otros se han aprovechado de las vastas escavaciones que se encuentran en las rocas de los barrancos para asegurarse un buen abrigo despues de haberlas habilitado con adecuados trabajos de feliz resultado aun en la parte esterior. Hoy parece que cada regimiento ocupa una aldea, y cada brigada una ciudad.

"Además de su vestido ordinario cada soldado ha recibido un poncho con capucha de paño azul muy fuerte y de mucho abrigo, un paletó de piel de carnero bien preparada que cubre los brazos y el pecho y cuelga hasta la rodilla, polainas tambien de piel, una gorra encarnada á la turca que encaja en la cabeza y en la frente hasta los ojos y cubre las orejas, un par de guantes buenos y chanclos.

"El celo y cuidado de los generales y oficiales ha correspondido á lo que exigian las circunstancias. Jamás olvidaremos el 17 de Enero, en que recorriendo el campamento despues de la violenta ventisca de la víspera, vimos por todas partes oficiales superiores, dando el ejemplo con la pala y el azadon en la mano, cavar para desembarazar

las tiendas de los soldados de la nieve en que estaban enterradas, y salvándolos de este modo. Solo por semejante combinacion de celo se han podido conjurar los insuperables males del invierno, por los que ha pasado el ejército sin desastres sostenido por su ánimo.

"Las tiendas están cubiertas de nieve y cercadas por murallas de yelo," escribia el 19 de Febrero al ministro del interior un escritor enviado por el gobierno á la Crimea. "¡Qué prueba tan dura es esta para nuestra tropa! Con dificultad pueden andar para meter en calor sus miembros entorpecidos. El fuego está prohibido porque puede servir de señal al enemigo. Se les vé con las caras blancas por la nieve que las cubre, la barba transformada por los témpanos de yelo que le cuelgan, transportando sobre los hombros balas pesadas, cavando la tierra con azadones, y pasando toda la noche con los pies en un barro fangoso (1)."

He aquí el régimen á que han estado sujetos cuando ya se habia mejorado todo con las ventajas que la esperiencia les habia enseñado á sacar de su terrible situacion. Las gentes acostumbradas á vivir con comodi-

(1) *Cinco meses en el campamento delante de Sébastopol*, por el baron de Bazancourt p. 46 y 47.

dad y que solo ven el lado pintoresco de estas pruebas, tienen, en nuestra opinion, falta en la inteligencia y vacío en el corazon.

II.

Los capítulos siguientes suministrarán al lector numerosos testimonios de la dignidad grave, sencilla y religiosa de nuestros soldados. No obstante, daré ahora algunos nuevos testimonios de ella. A propósito de las cartas de Crimea, en las que se ha hecho sentir esta espresion, un diario de Montpellier, *El Mensajero del Mediodía*, decia en uno de los números del mes de Octubre de 1855.

"Las cartas llegadas del ejército de Oriente traen todos los dias nuevos testimonios de los sentimientos religiosos, del afecto filial y del amor á la patria, en que nuestros soldados apoyan su valor y heróica constancia, con los que honran y hacen respetar el nombre francés aun del enemigo. Muchas de estas cartas particulares escritas por los hijos de Montpellier á sus padres, se nos han enviado, y de una de ellas extractamos el pasage siguiente:

"....Ya hace tres dias que soy oficial, he conseguido mi objeto y nada me queda que desear sino la felicidad de V. Dios ha col-

mado mis deseos y ha oido las oraciones de V. ¡Sea bendito y alabado su santo nombre! ¡Que no pudiera yo ir con V. al pié de la tumba de mi padre y dar allí rienda á mi alegría mezclándola con mis recuerdos y mis pesares! ¡Haga V. mis veces, y la oracion que vá V. á dirigir á Dios acompañe á la que yo le dirijo desde aquí en frente del enemigo!"

El mismo dia encontramos lo que sigue en el *Observador de la Corse*:

"Un militar de Olmeto, M. Balisoni, escribe á su hermano desde Sébastopol con fecha 16 de Setiembre una carta que dice así:

"El amor de la patria y de la familia son inseparables del espíritu de religion, y como el peligro, os hacen pensar en la Providencia. He visto espirar en las trincheras á soldados heridos de los proyectiles, sintiendo morir lejos de la vista de sus padres, privados de los socorros del buen cura de su parroquia, que estaba encargado de la correspondencia epistolar de la familia: en efecto, he observado que la mayor parte de las cartas que los padres envian á sus hijos están escritas por individuos del patriótico clero. Para volverse uno á la religion no hay nada como el campamento en donde se comprende y se respeta mejor el culto. Esta juven-

tud de las escuelas tan impía, tan burlona y tan volteriana en Francia, es en el fondo religiosa: la Francia ha debido cambiar mucho, porque ya no se reconoce en ella la *religion de Voltaire;* algunas veces he visto en las trincheras á oficiales jóvenes de ingenieros y de artillería hacer la señal de la cruz á la luz de los proyectiles que estallaban á sus pies, y he visto á muchos soldados y oficiales que, admirados de que no les haya tocado nada en tales ocasiones, han gritado: ¡Es preciso que haya una Providencia!

"Algun que otro fatalista se mostraba con valor, pero con un valor que revelaba una sombría desesperacion, porque no habia sentimiento que pudiera apartar el terror del peligro que habia corrido.

"Un soldado jóven de los Bajos Alpes escribia desde Sébastopol el 25 de Setiembre de 1855:

"Mi querida madre, desde nuestra separacion no se ha pasado un dia sin que recuerde en mi alma la dolorosa escena que tuvo lugar en casa á mi despedida para el ejército. Sin embargo, no crea V. mi querida madre, que me siento desgraciado. Si mi corazon es siempre tierno para con V., si algunas veces el amor filial me arranca lágrimas, soy tambien soldado. Tengo la halagüeña confianza de volver á Francia, y

V. abrazará á su querido hijo. Verá V. esta hermosa cruz que hace todo el honor del militar. Aun espero tener la charretera de teniente para cuando vuelva á Francia.

"Dé V. las gracias al Sr. cura en mi nombre; á sus desvelos debo en mucho mis ascensos. En efecto, si yo he sido soldado valiente, lo debo á sus instrucciones, y á los principios religiosos que he recibido de él. ¿Cree V. que la muerte amedrenta al que tiene su conciencia tranquila? ¿Cree V. asímismo que esta medalla de la *Inmaculada Concepcion* que V. me dió la víspera de mi salida, despues de haberme hablado de la Santísima Vírgen con tanta uncion y confianza, cree V. no ha sido para mí un motivo de estímulo, y que no me ha infundido ánimo en medio de los rigores del invierno, y en el camino á las trincheras, y sobre todo en los dias de combate? *¡Bien lejos de la patria, mi Madre del cielo me mira y me protege!* me decia yo, figurándoseme que veia á V. al mismo tiempo de rodillas al pié del Altar de María encomendando este hijo á esta Madre divina. Continúe V. en sus oraciones que son poderosas: la Vírgen Santísima me ha protegido y me protegerá siempre: ella devolverá á V. su hijo un dia."

El diario *La Patrie* referia los hechos

siguientes en una carta escrita en el campamento francés de Kamiesch. "Nuestro corresponsal nos comunica una observacion demasiado favorable á los nobles y religiosos sentimientos de nuestros soldados y marinos, para que no tengamos una gran satisfaccion en darla publicidad. El cementerio de Kamiesch, nos dice, es simplemente una viña á la orilla de la mar. El mal tiempo y las ocupaciones de la escuadra no han permitido aun bendecirlo solemnemente; pero cada sepultura está señalada con una cruz de madera, y en el centro se ve una mas grande.

"Ahora pues, ni aun durante los frios mas rigurosos, cuando la tierra estaba cubierta de nieve, y le faltaba al pobre soldado leña hasta para cocer su comida, no solamente no ha sido arrancada una cruz del cementerio, sino que á pesar de todo siempre han encontrado dos tablas con que hacer otra cruz para cada sepultura nueva."

Citemos todavía otro testimonio. La carta siguiente comunicada al diario el *Univers* por un venerable eclesiástico ha sido escrita por un sargento jóven de la Guardia á su hermana, religiosa de San Vicente de Paul en Largentière.

"Mi querida hermana: la frecuencia con que hay que tomar las armas, y el trabajo

muy penoso que tenemos que hacer en Crimea me han impedido satisfacer el vivo deseo que de escribirte á menudo he tenido constantemente para tener tambien noticias tuyas, y poder apoyar en tus buenos consejos aquella fuerza de alma de que tenemos tanta necesidad en todas las dificultades de la vida, y sobre todo en las que se presentan diariamente en la vida militar.

"Con placer me he abandonado á la voluntad divina, me siento fuerte por la confianza que tengo en el poder y bondad de Dios: así sufro lo que llaman fatigas y peligros sin quejarme y siempre con calma. Si algunas veces me siento un poco endeble ya física, ya moralmente, dirijo una mirada al cielo, recurro á nuestro buen Padre Supremo, y vuelven todas mis fuerzas con mas vigor, de suerte que ni los estallidos de las bombas y obuses, ni la metralla, ni las balas de fusil, ni las de cañon me alteran en nada. En todo esto no veo otra cosa que la grandeza de Dios, y admiro y adoro su Magestad.

"Hermana mia, te he dicho en pocas palabras cuáles son mis sentimientos, me siento fuerte, siendo efecto nuestra fortaleza de ahora de los buenos principios que nos han dado nuestro buen padre y nuestra escelente madre: el mejor dia de mi vida será aquel

en que mis hermanos y yo podamos presentarnos delante de ellos con la cabeza erguida á pagarles las fatigas y trabajos que les hemos costado....

"No debe uno apetecer los placeres de esta vida, pero Dios me perdonará el deseo que tengo de poder un dia abrazar á todos mis parientes, y ofrecer mis respetos á los que me han enseñado á conocer la bondad y el poder divinos. Hazme presente á tu buena superiora y á tus compañeras. Mis oraciones son bien pocas, no soy sino un soldado jóven; pero en fin, diles que en mis cortas oraciones me acordaré de las compañeras de una hermana que he amado siempre; y tú no olvides en las tuyas á los pobres soldados, pide á Dios la fuerza y el valor que les son necesarios para soportar las fatigas y los peligros de la guerra.

"*Paschal*, sargento de la Guardia."

Puede que haya lectores, que tranquilos al lado de su hogar en el invierno, y frescos á la sombra en el verano, se inclinen á no ver en el estado militar sino un pasatiempo agradable. Estas cartas deben desconcertar sus ideas. El soldado preocupado de gustos vulgares, yendo al fuego como un bruto, ó presentándose como un personage cómico, les parece mas gracioso que el hé-

roe que invoca á Jesus y á María, pues lo que quieren es la diversion. Vosotros que sois una pobre gente estais muy equivocados: contentaos con el soldado que honra vuestro pais y os garantiza vuestra seguridad.

Por lo demás la dignidad y los pensamientos serios no escluyen el buen humor: así es que delante de Sébastopol se reian y aun cantaban, cuando despues de haber repuesto sus fuerzas, tenian algunas horas de reposo, que solia ser perturbado por la muerte de algun camarada que venia á contristar los corazones. ¡Qué raros eran los momentos de ocio! y los cantos que entonces podian distraer algunos minutos no eran de mala tendencia pues no era la obra de nuestros copleros de moda, eran composicion de algun poeta del regimiento, y correspondian con los sentimientos que animaban sus corazones. Los unos espresaban sentimientos militares, y si no se encontraban en ellos pensamientos piadosos, tampoco habia nada obsceno, los otros respiraban la confianza en Dios. Pongamos un ejemplo, lo estractamos de el *Courrier des Alpes*: "Te enviamos dos canciones," escribia el 18 de setiembre de 1855, un oficial saboyano á uno de sus amigos," la primera me la ha dado un compatriota actualmente sargento

de la legion estrangera, se canta en coro en varios cuerpos franceses, y con la música de *"La guardia muere, pero no se rinde."* He aquí esta cancion:

Jóven soldado que del campo huiste
para seguir la militar bandera
ah! nunca olvides la oracion primera
que allá en tu cuna pequeñuelo oiste.
Fuerzas en ella encontrarás, oh niño!
para vencer en el combate insano:
quien sabe orar, sabe obtener victoria
que es buen soldado siempre el buen cristiano.

Sigue el consejo de tu madre triste
cuando al decirte ¡adios! lanzó un lamento:
fué amargo su dolor en tal momento
y de ser fiel á Dios promesa hiciste.
Presagio fué tan plácida esperanza
que sus ojos vendó con blanca mano:
quien sabe orar, sabe obtener victoria
que es buen soldado siempre el buen cristiano.

Lleva contigo la medalla pura
que te colgó del cuello con fé tanta,
y este recuerdo de la vírgen santa
en todas partes te dará ventura!
Muchos guerrreros que la llevan puesta
salvos salieron del combate insano:
quien sabe orar, sabe obtener victoria;
que es buen soldado siempre el buen cristiano.

Oh! cuántos héroes que á la Francia honraban
imploraban de Dios la ayuda pia!
sí! Bayardo y Turena, cada dia,
al rey de los reyes su oracion alzaban.

Ningun guerrero para el otro mundo
quiere partir sin documento en mano:
quien sabe orar, sabe obtener victoria;
que es buen soldado siempre el buen cristiano.

El Dios del cielo se nombró á sí mismo
por *Dios de los ejércitos* el dia
que de Israel las tribus disponia
á luchar contra un fiero despotismo.
Prenda fué de su fé nombre tan grande
y al tiempo todo obstáculo fué vano:
quien sabe orar, sabe obtener victoria:
que es buen soldado siempre el buen cristiano.

De Francia defensor! guerrero ardiente!
acuérdate que es prenda de esperanza
la cruz del salvador, y á semejanza
de esa cruz, la de honor premia al valiente.
Ella en tu hogar te condecore luego
de tus servicios al volver ufano:
quien sabe orar, sabe obtener victoria;
que es buen soldado siempre el buen cristiano.

Y cuando la trompeta omnipotente
á presencia de Dios te llame un dia,
ay! que esa cruz sobre tu boca fria
fuerzas te dé para decir presente!
En tu tumba ella en fin presagio sea
De que Dios te escogió cúal útil grano:
quien sabe orar, sabe obtener victoria
que es buen soldado siempre el buen cristiano.

¿Entonces, me preguntarán, son santos todos los soldados de Crimea? Sin duda, no lo son. Aun hay algunos desórdenes, pero son raros; aun se oyen juramentos y blas-

femias; pero muy raramente denotan mala intencion, ó una impiedad premeditada; son, con cortas escepciones, el resultado de hábitos reprensibles, y de una educacion, en la que la iglesia no ha tenido la parte que le corresponde; provienen del decaimiento general hoy, pero que cuenta ya larga fecha, del sentimiento cristiano; y aunque las palabras parecen mas culpables, la voluntad por lo comun es inocente. Si el respeto humano, enemigo formidable de la verdad, se desterrara definitivamente, al instante se obraria un inmenso bien. Este enemigo ya ha perdido mucho terreno y perderá cada dia mas, porque, gracias á Dios, los buenos ejemplos vienen de arriba. Cuando hombres como Saint-Arnaud, Canrobert, Pélissier y tantos otros llevan la medalla de la Vírgen Inmaculada, y no temen decirlo, las burlas de los espíritus fuertes y de los necios no tienen donde cebarse.

Como conclusion de este capítulo citemos una órden del dia del general Canrobert, su fecha 12 de Febrero de 1855: en ella resaltan los pensamientos serios y vigorosos que robustecian el ánimo del ejército:

"Compañeros de armas; durante un año habeis resistido las pruebas mas duras, á que puede verse un ejército sometido en su moral y en su organizacion, con una ener-

gía inflexible y un patriotismo tal, que realzan mucho vuestra reputacion en la Europa y os aseguran un lugar distinguido en la historia.

"Estas pruebas tocan ya á su fin, y las que nos quedan que sufrir no han de causar espanto á vuestro valor. Pronto alcanzareis al enemigo, que sabeis vencer. Las mas ardientes simpatías, con que la Francia ha acompañado en cualquier otro tiempo á sus ejércitos, os seguirán cuando os encontreis ante él, como os han seguido en vuestras anteriores victorias y en los gloriosos sufrimientos de esta guerra. El corazon y los deseos del Emperador están con vosotros. Su solicitud ha triplicado vuestro número, vuestros haberes y vuestros recursos.

"Soldados, estad seguros de que las armas inglesas, otomanas y francesas estrechamente unidas, triunfarán con la ayuda de Dios, que protege las buenas causas.

"Delante de Sébastopol 21 de Febrero de 1855.

"El general en gefe, *Canrobert.*"

CAPITULO IX.

LA ARMADA.

Nuestros ejércitos de mar han tenido que luchar, así como los de tierra con enfermedades epidémicas. Los marinos han mostrado en sus sufrimientos el mismo espíritu que los soldados. El *Breslau* invadido el primero por las viruelas, pronto tuvo á bordo ciento cincuenta enfermos de gravedad. La batería baja, que sirve de hospital, y en la que el capellan tiene su alojamiento de ordenanza, estaba llena. El aire á pesar de las precauciones tomadas por los cirujanos y oficiales, llegó á tal punto de corrupcion, que la autoridad del buque creyó debia inducir al capellan á que se trasladase á otra parte; lo que el rehusó diciendo, que su retirada podria atemorizar á los enfermos, y su presencia

dejaria de ser tan eficaz para con ellos: pidió como una gracia, y obtuvo quedarse entre ellos cuando el peligro era mas inminente. Allí no cesó de prodigar á todos las palabras de confianza y consuelo, cuyo solo manantial es la fé: su ministerio ha santificado y calmado muchos sufrimientos. Este celo apostólico tuvo su recompensa; mas de ciento veinte hombres quisieron confesarse, ninguno murió sin haber recibido los sacramentos. Fueron enterrados cerca de Kiel, y aunque en pais protestante, recibieron los honores públicos del rito católico, y sus compañeros colocaron una cruz sobre sus tumbas.

Hechos semejantes tuvieron lugar á bordo de la mayor parte de los buques, pues á las viruelas siguió el cólera. Esta última epidemia se desarrolló con una intensidad singular en las islas de Aland, en donde la Francia acababa de plantar su bandera. Todo faltaba á los enfermos que fueron colocados de prisa en barracas y bajo de tiendas sin numerar; el celo de los cirujanos llegó á ser casi impotente; pero los capellanes de la escuadra bajaron á tierra, y distribuyeron por todas partes los socorros espirituales. «Me parece que veo aun, escribia un testigo de vista de este espectáculo doloroso des-

pues de haber cesado el azote, á nuestros desgraciados enfermos tendidos en la tierra sobre un poco de paja en una tienda húmeda, recibiendo á los sacerdotes, como á enviados de Dios para consolarlos. Los veo ya besando la mano que acababa de bendecirlos, ya aplicando el crucifijo á sus frios y amoratados labios, ó con voz exánime exhortando á sus compañeros de dolor á recobrar la paz como ellos en el sacramento de la penitencia. Puedo daros este consuelo: *cuantos han muerto, han muerto cristianos....* Para las familias será un gran consuelo saber que la religion ha santificado y dulcificado los últimos momentos de aquellos por quienes lloran, recibiendo sus postreros suspiros, y orando sobre sus restos mortales. Los que han sobrevivido se acordarán de que el sacerdote es sobre todo un amigo de ellos, y un amigo que jamás les faltará ni en el dia de la enfermedad, ni en el del combate.»

La escuadra fué probada en Oriente como en el Báltico. En Lampsaki las viruelas se declararon en el *Suffren*, y tuvieron que trasladar provisionalmente á tierra una parte de los enfermos. El capellan se multiplicó para no faltar á su tarea así dividida. Todo el dia andaba del hospital de á bordo al de tierra, y de este

á aquel, mereciendo que su celo fuese recomendado oficialmente por el comandante al almirante, al ministro y á toda la escuadra. En Lampsaki como en Kiel una cruz de seis metros de alto, obra de nuestros marinos, señala en el suelo musulman el lugar en el que están enterrados los franceses.

Los oficiales de marina fueron con frecuencia los primeros en dar el ejemplo á la gente que estaba bajo sus órdenes. Referiremos el testimonio de un misionero sobre este particular. «El renacimiento religioso, dice, me parece mas palpable aun en la escuadra que en el ejército de tierra. Los oficiales de marina sienten mas vivamente acaso la necesidad de una creencia firme, y de convicciones profundas que les sostengan en los peligros y pruebas de todo género á que están espuestos en su vida errante y aventurera. No se contentan con una media fé, y los que tienen la dicha de conservarla, ó de volver sinceramente á Dios, se manifiestan llenos de fervor por su servicio. Conocemos algunos que todos los domingos por la mañana, y al celebrar nuestra misa, vienen á confesarse y á comulgar. Algunos han obtenido el favor de acercarse con mas frecuencia á la Sagrada Mesa, y otros estaban animados de un zelo tan puro por la glo-

ria de Dios, que llenaban las funciones de un misionero en medio de sus tripulaciones.» ¡Qué de consuelos y fuerzas no se han prodigado á nuestros marinos y soldados en el restablecimiento de los capellanes!

En otras épocas se ha visto traslucir un espíritu de rivalidad entre los ejércitos de mar y tierra; pero esta vez no ha habido ninguna cosa que se le parezca. La emulacion por el bien ha sido tan vehemente como ha podido serlo, y sin embargo ha estado distante de ese carácter de egoismo, que indica mas bien el deseo de obtener la delantera, que el de ayudarse mútuamente.

La escuadra ha admirado con entusiasmo los hechos del ejército, y este siempre ha rendido un brillante homenage al concurso indispensable que la marina le ha prestado. Además se sabe con qué valor y éxito las tripulaciones de nuestros buques han montado y servido diversas baterías de tierra. Esta fraternidad tan cordial y tan absoluta se ha observado sobre todo en el zelo atento, inteligente y cariñoso que ha presidido en el transporte de los enfermos y heridos de Kamiesch á Constantinopla. Sin duda para organizar este servicio bastaban algunas órdenes; pero para hacer buena y efectiva esta organizacion era necesario que todo el mundo á

bordo cooperase de corazon.

Entremos en algunos detalles. Los transportes son frecuentes. En el dia señalado para la salida de uno la administracion de los hospitales de campaña preparan desde por la mañana una recua de mulas. Cada una de estas escelentes bestias de carga, cuyo paso es lento y seguro, lleva una albarda de forma particular, á las que se sujetan sillas para los menos enfermos, y camas para los que no pueden sentarse: estos son los *cacoletes*. Cuando el convoy ha llegado al embarcadero los enfermos son llevados á bordo de grandes barcas, llamadas *Chalands*, y conducidos en ellas hasta los buques, y los marineros los suben con todas las precauciones indispensables. Muchos buques han sido destinados esclusivamente á este servicio, y los llamaban hospitales-transportes. He aquí el órden preciso de su organizacion especial:

«Se despoja á todas las baterías interiores del buque de su material de combate, y así forman salas hermosas y capaces, divididas en dos á lo largo por el pie de los mástiles, los tubos de la máquina y el cabrestante. Estas pesadas columnas corren regularmente alineadas por medio de las enormes piezas que componen la armazon del navío: las salas están ventiladas y alumbradas en todas direcciones por

los huecos de las portas, que forman la cintura de cada piso en las paredes del buque. Las portas dejan de desempeñar su terrible oficio de tronera, pues quedan convertidas en ventanas pacíficas y bienhechoras: preparando su parte superior con pizarra para evitar los rayos del sol, y establecer una ligera corriente de aire que conserva constantemente en el interior de las baterías la frescura de las brisas de mar.

«*El hospital-transporte* contiene cien camas de hierro con todos sus enseres: de 200 á 300 colchones, llamados colchones de hospital, y un número mas considerable de colchones de hamacas, de suerte que todos los pasageros puedan acostarse separadamente.

«Las camas de hierro son reservadas para los enfermos que sufren mas, como los amputados. Estos están en la proa de la nave á derecha é izquierda en la batería alta, la mejor guardada contra los golpes de mar, y tienen colocadas las cabezas contra las paredes.

«Muy cerca de estas camas, á la estremidad, y bajo el mástil de proa, está situado el departamento de la compañía de enfermeros, cuya asistencia puede reclamarse de un momento á otro, y están preparados para acudir á donde los llamen. En

este lugar es donde se establece el hospital del buque en tiempos normales para poner en él los enfermos cuya debilidad requiere mas cuidado y una asidua vigilancia. Despues de las camas de hierro han puesto de popa á proa á lo largo de los muros dos hileras de tablados perfectamente asegurados contra los balances, provistos de colchones y cobertores. Siempre que el número de pasageros lo requiere, se duplican en paralelas estas dos hileras de camas al lado de los mástiles, dejando siempre libre en el centro un espacio bastante capaz, para el paso de los asistentes y la cura de los enfermos. Si el calor de la máquina ó un viento muy fuerte les incomoda, se ponen velas á lo largo de la batería, que les proporcionan todas las comodidades de las tiendas de campaña, la ventilacion se activa entonces á placer por medio de mangas de viento.

«La cura se hace á bordo, como en los hospitales de tierra, dos veces al dia; la primera por la mañana de siete á diez, y la otra de tres á cinco de la tarde.

«Hay un capellan á bordo de cada uno de los buques hospitales: este es por escelencia el campo de batalla del sacerdote. La Misa se dice regularmente todos los domingos en la batería alta en el centro de las salas, en donde es-

tán las camas de los enfermos: la oracion se reza dos veces al dia sobre el puente en medio de la tripulacion formada en dos hileras; el silencio mas profundo reina en todas las partes del buque mientras se dicen las devociones. El capellan hace sus visitas generales á las horas del servicio de sanidad, cuando su asistencia no es necesaria en otro lugar. Además, alojado en la batería baja, siempre está en disposicion á acudir á donde su presencia sea reclamada. De dia y de noche se le encuentra entre ellos tantas veces cuantas su zelo y las necesidades de los enfermos lo exijen. Está arrodillado á la cabeza del moribundo que es encomendado á Dios. El silencio que todos guardan espontáneamente al rededor de esta cama, el respeto con que todos se descubren, muestran bastante lo bien que sè comprende á bordo el ministerio del sacerdote. Mas de un inválido de nuestro valiente ejército de Oriente bendecirá un dia y hará bendecir en el fondo de nuestras campiñas al gobierno que ha sabido proporcionarle en los mayores sufrimientos los únicos consuelos eficaces....

«Sin contar los hospitales que están escalonados en las dos riberas del Bósforo, la marina ocupa además los de Smirna, del Pireo, de Mesina y de Malta. Este úl-

timo está sobre todos perfectamente instalado y servido por Hermanas francesas del órden de San José, procedentes de una casa que poseen en el interior de la ciudad, á donde han sido enviadas para consagrarse al cuidado de los enfermos durante la estancia de la espedicion.

«En estos hospitales se practican por lo regular las inhumaciones de los cadáveres de los que mueren en el mar, á no ser que su estado de conservacion y la distancia del punto de desembarque reclamen imperiosamente una inmersion. En todo caso, el capellan reza sobre cubierta las oraciones de difuntos delante del cadáver cubierto con un paño mortuorio, en presencia de dos comandantes del buque, del oficial de guardia y de todo el servicio, puestos en círculo y descubiertos con todo respeto.

«Tales son los servicios que la marina presta á los heridos de nuestro ejército: hay aun otros que nadie sino los mismos heridos pueden apreciar justamente, y son la devocion y cariñosa solicitud con que los comandantes, estados mayores y tripulaciones llenan sus respectivos deberes: y en fin, la parte mejor de gloria que todos recogen en esta penosa cosecha, es el reconocimiento del soldado,

de las familias y de la patria (1).»

No concluiremos este capítulo sin referir un ejemplo de desprendimiento y de fé, perteneciente á la campaña de 1854, y que registraron entonces los diarios.

«Un jóven que fué á la marina imperial á servir como voluntario y que posteriormente ascendió á oficial, se hallaba en un buque contaminado del cólera. Desde que la epidemia se presentó con todos sus terribles caractéres, el jóven voluntario se presentó al comandante diciéndole: «señor comandante, estoy á las órdenes de V. para cuidar á los enfermos; no tengo servicio que hacer porque no pertenezco á la tripulacion, disponga V. de mí.—Muy bien,» respondió el comandante apretando cordialmente la mano del nuevo enfermero, que se entregó á la buena obra decidido á sacrificar su vida. Tuvo á su cuidado 300 enfermos, de los que murieron 130; el heróico jóven siempre se hallaba dispuesto, nada contrariaba á su celo. Ni uno murió sin su asistencia, era la admiracion de todos, oficiales y marineros. «He aquí, almirante, el jóven voluntario que tan heróicamente se conduce, dijo el comandante al presen-

(1) Georges de Kéry (Patrie).

tarlo al gefe de la escuadra.» ¿De dónde sacaba la fuerza este jóven? Dejémosle hablar á él mismo, las líneas que siguen están tomadas de una de sus cartas á su padre.

«Soy el único á bordo, cuya salud de nada se ha resentido. ¿De dónde me vino esta fuerza moral y física? Una medalla de María Santísima, *recordare*, es la causa. Dios y la Vírgen Santísima están conmigo. Envian el parte al ministro, y yo me mantengo bueno.

«Perdóneme V., si me he alabado, no es por orgullo, sino por no poder ocultar á V. nada; ahora ya no dirá V. que me ama mas que yo á V. En alta mar, entre moribundos y cadáveres conozco el lugar que ocupa V. en mi corazon. Haga V. la ofrenda á mi nombre de un cirio en Chartres, pida V. al cura de Ségur que diga una Misa en accion de gracias, y distribuya V. por mí 200 fr. entre los pobres de Monboissier. Sobre todo no pida V. nada para mí, si me han olvidado en el informe. No quisiera por nada de este mundo ser ó aparecer interesado. El hombre no arriesga su vida por un distintivo; se sacrifica á un deber, á un sentimiento, á su pais y á su fé.»

Algunos meses despues este voluntario, M. de Leuze, llegó á ser aspirante de ma-

rina, y se halló de servicio en una batería al frente de Sébastopol. Un proyectil ruso cayó cerca de nuestras municiones, y al reventar hubiera hecho muchos estragos. Esta idea consternó instantáneamente todos los ánimos; pero de Leuze y un soldado, de cuyo nombre siento no acordarme, se precipitaron sobre la bomba, cuya mecha ardia aun, la cogieron y la arrojaron por encima de las trincheras, y estalló sin herir á nadie.

Ved aquí lo que puede hacer uno que sabe decir bien un *memorare* (1).

---

(1) *Súplica de S. Bernardo á María Santísima, muy recomendada por la Iglesia.*—"Acuérdate, oh piadosísima Vírgen María, que jamás se ha oido decir que haya sido abandonado ninguno de cuantos se han acogido á tu amparo, ó que han implorado tu socorro y dirigídote sus súplicas. Animado yo con tal esperanza hácia tí corro, oh Vírgen Madre de las Vírgenes, á tí vengo, á tus pies me postro, sollozando y pidiendo. No deseches mi ruego, Madre del Verbo, mas escúchame propicia y atiéndeme." (Nota del Trad.)

CAPITULO X.

EN EL MAMELON VERDE.

La toma del Mamelon Verde, Junio 7 de 1855, ha sido uno de los episodios mas brillantes del sitio de Sébastopol. Se trataba de apoderarse, *á la derecha de nuestras trincheras*, de los fuertes, llamados por nuestros generales *obras blancas*, ú *obras del 22 y 27 de Febrero*: *en el centro*, del Mamelon Verde situado delante de la torre de Malakoff; mientras que, *á nuestra izquierda*, los ingleses por su parte se hacian dueños de las obras, que llevan el nombre de *las Canteras*, hechas en frente del gran Redan. Estas trincheras estaban separadas una de otra por un barranco, cuyas orillas son escarpadas y pedragosas: las de *las obras blancas* estaban separadas de las trincheras de Malakoff por el barranco del Carenage; y las trincheras de

Malakoff de las de los ingleses por el barranco de Karabelnaïa (1). Estos barrancos tenian el inconveniente de aislar los ataques; pero permitian al general en gefe poner á cubierto del fuego enemigo numerosas y fuertes reservas.

El ataque se preparó por un bombardeo muy vivo que principió el dia 6; al dia siguiente la artillería redobló el fuego de tal modo que la plaza parecia tener «un cinturon de llamas.» El asalto se dió el dia 7 á la tarde, y la lucha se prolongó hasta bien entrada la noche. «¿Qué os diré de nuestras tropas? escribia el comandante en gefe al ministro de la Guerra, los hechos dicen mas que cuanto pudiera yo espresar. Se han conducido admirablemente; no hubo momento alguno en que se pudiera dudar del buen éxito. La brigada de Lavarande tenia que atravesar doscientos metros bajo los fuegos de metralla y fusilería, y los pasó á la carrera sin desórden, penetrando en la batería rusa por las troneras y las brechas: allí la lucha fué de cuerpo á cuerpo hasta que quedamos dueños de la posicion. La brigada de Failly se precipitó sobre la obra llamada del 22 de Febrero, con el mismo arrojo. La distancia es doble, la

(1) Parte del general Pélissier.

travesía mas difícil, y los fuegos de flanco de la otra obra muy mortíferos, pero nada detiene á la intrépida brigada; llega á la batería en una masa compacta, escala el parapeto bajo un fuego asolador, y hace inútil la resistencia desesperada del enemigo hasta en el interior de la obra (1)."

No quiero estenderme mas sobre el combate, pero sí dar á conocer á algunos de los héroes que dieron esta victoria á la patria.

El capitan de ingenieros A. de la Boissière, á quien recomienda en su parte el general Pélissier por haber sido uno de los primeros que escalaron bajo el fuego del enemigo el parapeto del Mamelon Verde, recibió en la pierna una herida grave, que hizo indispensable la amputacion, en el momento que arrancaba de las garras de la muerte á un subteniente de su compañía. El diario de *Indre-et-Loire*, despues de haber referido este caso, añadia: "Este oficial, cuya honradísima familia habita en el departamento de Indre-et-Loire, sucumbió á la herida, y el 15 de Junio los generales Niel y Frossard, dignos órganos del cuerpo de ingenieros, pronunciaron sobre su tumba palabras fervorosas en honor de su abnegacion, que dá nuevo lustre al cuerpo en que

(1) Parte del general Pélissier.

servia. Pocos dias despues los desdichados padres del jóven capitan, recibieron con la noticia de la muerte de su hijo un paquete, de que uno de sus camaradas era depositario desde el 1.° de Mayo.

"Previendo los peligros que iba á correr este noble y escelente jóven habia *encerrado* en este paquete la carta siguiente, monumento de fé, de energía y de amor filial, que nos ha parecido tan hermoso que hemos creido deber insistir con su familia en que nos autorizase para su publicacion. Le pedimos perdon por nuestras importunas instancias; pero los hombres que pelean y que mueren en esta lucha heróica, pertenecen á la Francia, que atesora con orgullo y respeto sus grandes acciones y sus últimas palabras.

"Mayo 1.° de 1855.

"Escribo, mis queridos padres, estas cuatro líneas, á fin de que se las envíen á Vds. en caso de que la guerra me arrebate de vuestro cariño. La dirijo á ambos, á V. mi pobre madre, y á V. mi amado padre. Mi corazon se estremece al pensar que un dia acaso leerán Vds. estos renglones. Todos los recuerdos de mi infancia, de mis padres, de mi pais, se agrupan á mi memoria y me hacen verter lágrimas... al imaginar vuestro dolor. ¿Pero por qué

entristecerse tanto? ¿No hay para todos los hombres un consuelo contra todos sus dolores? Este consuelo, gracias á Vds., mis buenos padres, lo poseo yo. Permítanme Vds. recordarlos: no he olvidado los preceptos divinos de la religion cristiana, y si muero, moriré dando gracias á Dios y á la Francia por haber nacido cristiano y francés.

"Tomen Vds., pues, las cosas desde un punto de vista un poco elevado. El cuerpo de su hijo, que descansará en Crimea con tantas otras víctimas de la guerra, no es mas que una parte muy pequeña de su ser, parte que estará tan bien en Crimea como en el cementerio de B.... Mi alma vivirá y un dia no muy lejano se encontrará con las vuestras en la mansion de los bienaventurados. Lo que acabo de decir es verdad, tengo de ello la conviccion mas absoluta. No nos ocupemos por tanto de este despojo mortal, que no es sino un átomo de la inmensidad, es decir, nada. No lo lloremos con demasía... pocos dias mas ó menos de vida, ¿qué son en la eternidad...? menos que una gota de agua en el Océano. De buena voluntad sacrifico yo esa vida en las aras del pais, de la humanidad y de la civilizacion. Tengo veinte y cinco años, he vivido ya mas de la mitad de lo que viven los que completan su carrera. ¿Por qué se ha de desconsolar uno de

no poder vivir otros veinticinco, en los que ciertamente tendria que esperimentar mas disgustos que placeres? ¿Es justo echar de menos veinticinco años de miserias, cuando la muerte me dá una eternidad de dichas, como me atrevo á esperarlo porque siempre he sido honrado y cristiano? ¡Ah! cuán bella es la filosofía cristiana que nos enseña máximas tan elevadas! ¡Cuán bella la religion, que nos suministra tanta fuerza para seguir la senda invariable del deber!

"Espero, pues, que Vds. encontrarán en estas líneas un poderoso medio de consuelo, y que dirán con profunda conviccion: ¡Hemos perdido nuestro hijo...! ¡cúmplase la voluntad de Dios! Pero ha muerto por su patria, ha muerto llenando su deber; ha muerto cristiano.... es decir, solo su cuerpo ha perecido, y nosotros le veremos antes de mucho tiempo en la morada de los bienaventurados. ¡La materia perece tarde ó temprano! La fortuna, las brillantes posiciones, la gloria, los triunfos, todo desaparece en muy breves dias, solo el alma y el alma del hombre de bien subsiste dichosa.

"No tienen Vds. necesidad de presentes mios, porque siempre estaré presente á vuestra memoria, por lo mismo recibirán Vds. muy pocas cosas; les enviaré mis charreteras y mis armas: lo demás se venderá, y el impor-

te se pondrá á vuestra disposicion.

"Si yo siento perder la vida es por mis queridos padres, por aquellos que me han educado y me aman, pero ellos comprenderán esta carta póstuma, y el consuelo que en ella les doy.

"Así pues, ¡hasta la vista mi venerado padre, V. que es un modelo de virtudes sociales despues de haberlo sido de las militares! ¡Hasta la vista, mi querida madre! ¡Ojalá que estas cuatro palabras logren dar algun consuelo á ese corazon de madre y de cristiana!

"*Adrian P. de la B.*

"P. S. No he querido cerrar esta carta sin volverla á leer, sus líneas no son otra cosa que la espresion de mis pensamientos. Adios, padres mios, ó mas bien hasta la vista. Adios, padre mio y madre mia y todos los que me amais. No os nombro individualmente por temor de que se me olvide alguno en este momento, dando acaso lugar á que se me crea ingrato.

"Por Vds. he sentido siempre ser hijo único."

Antes de referir otro episodio de esta gran lucha transcribiremos algunas palabras del parte del general Pélissier: "El coronel de Brancion en el centro con el 50°, y el coronel de Polhés en la derecha con el

3.° de zuavos, se acercaron resueltamente al mismo reducto, se arrojaron al foso, escalaron el parapeto, y batieron á los artilleros rusos al pie de sus cañones.

"El coronel de Brancion, el primero que tuvo el honor de plantar su aguila en el reducto, cayó en este ataque bajo la metralla del enemigo, quedando gloriosamente sepultado en su triunfo."

Reproduzcamos ahora algunas líneas publicadas en el diario de Saint-Brieuc, la *Bretagne*, par M. de la Tour, diputado Côtes-du-Nord:

"El coronel Brancion, muerto heróicamente al plantar su bandera en el Mamelon Verde, es una de las glorias de nuestro ejército. Conocerle es amarle. Hemos recibido noticias melancólicas y consoladoras sobre sus últimos dias. Brancion era, como casi todos sus nobles émulos, un hombre, un verdadero cristiano.

El capellan mayor de egército de Oriente escribia al vicario-general de Alger: "el coronel de Brancion tiene todo el honor de la jornada: ha muerto como un héroe, y nada tiene de estraño, porque era un santo. Previendo los peligros que iba á correr en el dia, se confesó la víspera. Esta alma tan hermosa estaba pues bien preparada, y Dios se la ha llevado." El capellan citaba el fin

del coronel como uno de los hechos mas consoladores para la Iglesia. Los sentimientos cristianos de Brancion eran profundos: al salir de Francia habia cumplido con sus deberes religiosos: sus cartas espresaban su fé ardiente, y su perfecta sumision á la voluntad de Dios; jamás se desmintió su resignacion á todos los padecimientos que ocasionaba un invierno tan cruel. Mucho tiempo hacia ya que su alma caminaba diariamente á purificarse. Salia de él, como de todos los cristianos que deben dejar pronto la tierra, un acento especial, una melancolía tierna y dulce..." Esto era un triste presagio para la señora condesa de Brancion, á quien le parecia que Dios estaba preparando aquel corazon para sí solo. La víspera de su muerte el coronel decia á sus amigos en presencia de sus soldados: "Sé que no hay momento en que no esté espuesto á que me maten, y me he preparado para comparecer delante de mi Criador. Estoy pronto." Una página escrita de prisa el 7 de Junio *á las ocho de la mañana*, que contiene su última voluntad, termina con estas palabras: "*Yo muero en la fé católica, apostólica y romana, satisfecho con dar mi sangre por mi patria.*"

El Mamelon Verde recibió el nombre de reducto Brancion y llegó á ser la base de ataque de nuestro ejército. El coronel Har-

dy murió tambien en esta misma accion á la cabeza de su regimiento. Uno de sus amigos ha hecho en pocas líneas su oracion fúnebre, cuyas últimas palabras son las siguientes: "nombrado teniente coronel en 1850, Hardy fué destinado al ejército de Africa habiendo tomado parte en veinte y dos combates gloriosos. Coronel en 1853, y enviado á Oriente desempeñó interinamente el cargo de general de brigada. Profundamente religioso levantaba su alma al cielo, que le inspiraba los mas bellos sentimientos. Hombre de corazon, militar valeroso, amigo de las artes, padre de familia, ha muerto generosamente en el campo del honor sin dejar á su viuda y á sus hijos otra cosa que el consuelo de una gloriosa muerte."

Entre los oficiales generales, que tomaron una parte decisiva en la accion del 7 de junio, es preciso nombrar al general Vergé, que mandaba la 2.ª brigada de la division Camou, colocada de reserva en el barranco de Karabelnaïa. Despues de haber tomado el Mamelon Verde nuestras tropas impulsadas por su ardor persiguieron á los rusos hasta el foso de la batería Malakoff á 400 metros del reducto; pero intentaron inútilmente penetrar en el recinto; viéronse entonces obligados á replegar-

se y el enemigo, tomando la ofensiva, hizo salir de la plaza una fuerte columna de tropas frescas.... aquí dejamos hablar al comandante en gefe del ejército.

"El reducto del Mamelon Verde aun no podia ofrecer abrigo alguno en este momento, porque el fuego habia hecho saltar, ya fuese un hornillo preparado por el enemigo, ya un polvorin, de lo que habian resultado heridos gravemente el comandante Tixier del 3.° de cazadores de infantería y unos cuantos soldados. Tablas, vigas y maromas encendidas hacian temer nuevas esplosiones, el interior de la obra no era sostenible: así es que en lugar de apoyarse en el reducto, nuestra línea pasó mas allá de la cumbre formando un semicírculo al rededor del Mamelon.

"No podia perderse un momento; el general Camou dió órden al general Vergé de salir de las trincheras; el general Bosquet envió á la 5.ª division la órden de marchar, y el general Brunet la cumplió inmediatamente. El movimiento de esta division se ejecutó con una simultaneidad imponente: la 1.ª brigada mandada por el coronel Duprat de la Roquette del 100.° de línea vino á ocupar las paralelas detrás del Mamelon; la 2.ª brigada á las órdenes del general Lafont de Villiers se colocó á retaguar-

dia y á la izquierda protegida por la desigualdad del terreno.

La brigada de Vergé se formaba en columna al mismo tiempo bajo el fuego enemigo, trepaba la pendiente batiendo carga, y reuniendo las tropas de la brigada Wimpffen. La posicion quedó tomada y el enemigo rechazado por segunda vez hasta la plaza; haciéndonos nosotros definitivamente dueños del Mamelon Verde, que ocuparon nuestras tropas victoriosas al grito entusiasta y mil veces repetido de ¡viva el Emperador!

Para completar esta relacion reproducimos una carta del general Vergé dirigida á Mr. Luis Veuillot, redactor principal del diario el *Univers*:

"Campo de Traktir en la Tchernaïa cerca de Sébastopol 30 de Junio de 1855.

"Mi querido Veuillot.

"Vais á sorprenderos al recibir una carta mia, y mucho mas aun cuando comprendais su contenido. No puedo entrar en muchos pormenores en lo que os voy á decir; es un voto que cumplo hoy, os dejo la tarea de adivinar lo que la falta de tiempo me obliga á omitir.

"Recibia aquí el invierno último un diario de Orleans, en el que leia con mucho interés la relacion detallada de las fiestas

de la Inmaculada Concepcion que habian tenido lugar en Roma en aquella época. He conservado los números del diario en que se encuentran las cartas del vizconde Ch. de Caqueray donde están todos los detalles de aquella solemnidad imponente, y las he leido con frecuencia sin saber por qué, os lo confieso.

"El 7 de este mes hácia las seis de la tarde, aguardaba en el barranco de Karabelnaïa la órden de asistir con mi brigada al asalto del Mamelon Verde, cuando me trageron el correo de Francia: las siguientes palabras, que encontré en una de las cartas de Mme. Vergé llamaron mi atencion muy particularmente. "Toul 23 de Mayo de 1855. ¿Quiéres prometerme hacer un voto á María Sma. para que continúe cubriéndote bajo su manto y te devuelva á nuestro cariño?" Hice inmediatamente voto de reconocer el dogma de la Inmaculada Concepcion si volvia sano y salvo de la batalla, que iba á empeñarse: al mismo tiempo oí los disparos de fusilería que se acercaban, y recibí la órden de rechazar á los rusos, que avanzaban sobre nuestras paralelas. Inmediatamente acudí á la carrera, obligué al enemigo á replegarse, y volvió á quedar en nuestro poder el Mamelon Verde juntamente con treinta y dos bocas de

fuego: y durante las treinta y seis horas que permanecí en aquel reducto enemigo bajo una lluvia de bombas, balas y metralla que han diezmado oficiales y soldados, yo no recibí la menor herida.

"Cumplo por tanto mi voto, enviándoos el soneto á la Sma. Vírgen, que incluyo.

"Vuestro antiguo y apasionado compañero. *General Ch. Vergé*, 2.ª division, 2.° cuerpo."

SONETO A LA SANTISIMA VIRGEN

con motivo de la toma del Mamelon Verde.

Delante de Sébastopol 7 de Junio de 1855.

Madre de Dios jamás inútilmente
En el peligro á mi favor llamada,
Mi confianza en tí solo igualada
Se vé en mi gratitud y amor ardiente.
Hoy cumplo el voto, que hice reverente
Al entrar en la lucha encarnizada
"De tu gran Concepcion inmaculada
Confiesa el dogma el corazon ferviente."
Si, mis pasos guiaste en la batalla;
De mi frente serena la metralla,
Fuego y plomo apartaste en la pelea:
Tambien una victoria te he debido
Cuyo honor te atribuyo. Bendecido
Madre Santa de Dios, tu nombre sea!

General Ch. Vergé.

Campamento de Traktir en la Tchernaia 21 de Junio de 1855.

Reproducimos igualmente algunas reflexiones del redactor principal del *Univers*:

"La carta del general Vergé hará una impresion profunda en los corazones católicos. A semejanza de los héroes antiguos, á semejanza de los fieles humildes de nuestros dias, que despues de encomendarse á la Vírgen Sma. en la hora del peligro, se apresuran á manifestar su reconocimiento; este valiente general cumple con un voto que hizo antes de marchar al asalto del Mamelon Verde. Publicamos este acto de esclarecida fé con un vivo sentimiento de alegría y de respeto. La fé católica es en nuestro admirable ejército heróica, como lo son su perseverancia, su humanidad y todo lo demás. Los soldados de Francia ofrecen al mundo el espectáculo mas noble que se ha visto en muchos siglos. Desafian el respeto humano como á cualquier otro enemigo, y no temen profesar en alta voz la religion de sus esposas y de sus madres, la religion de las Hermanas de la Caridad. Ahí está la mejor esperanza del porvenir. Cuando los hombres que toman los reductos hagan la señal de la cruz, la impiedad verá desaparecer su formidable crédito. Necesariamente esta insultará menos á las creencias que forman parte de la fortaleza de estos corazones grandes, orgullo eterno de la patria;

y además, un general victorioso de rodillas en el campo de batalla aparecerá siempre mas respetable, y en todos tiempos ocupará en la opinion pública un lugar infinitamente mas eminente que la estéril bandera de los razonadores incrédulos (1).

(1) *Univers* del 13 de Julio de 1855.

CAPITULO XI.

ACCION DE GRACIAS, ACTOS DE FÉ.

Despues de la toma del Mamelon Verde, se creyó que el sitio de Sébastopol tocaba á su término. El general en gefe reorganizó sin dilacion los cuadros del ejército y ya el 18 de junio dieron el primer asalto á la torre Malakoff; esta tentativa costó pérdidas de consideracion, pero no engendró dudas acerca de su resultado definitivo. Los ingleses por su parte tampoco salieron airosos de su ataque contra el gran Redan; por lo que se hizo necesario emprender de nuevo los trabajos del sitio, hacer nuevas trincheras, y establecerse en ellas. Duro sin duda era este trabajo, sobre el que oigamos de un cabo del 3.° de ingenieros, Bartolomé Audinet, algunos pormenores. Su carta dirijida á un

eclesiástico amigo suyo, ha aparecido en el *Univers*.

"Nos aprovechamos de la oscuridad de la noche para adelantar nuestros trabajos. Se salva la trinchera mas aproximada á la plaza, se anda arrastrándose por el suelo, acéchase al enemigo y reina por todas partes un silencio profundo. Despues nosotros, zapadores de ingenieros, trazamos y formamos una nueva trinchera (*ramales de comunicacion*) con gaviones, (*especie de banastas de un metro de hondo sobre* 55 *centímetros de circunferencia*,) que se llenan de tierra: tan pronto como se colocan estos gaviones, se emprende la formacion de un parapeto con toda la velocidad posible; pero siendo el terreno muy cascajoso, se necesita toda la noche para ponerse uno á cubierto de los tiros del enemigo, que cuando oye el ruido de las herramientas, dirije su fuego sobre nosotros; resultando siempre de aquí, como es fácil de comprenderse, entre tal multitud de combatientes, algunas desgracias. Una noche los rusos se nos encajaron encima repentinamente; hubo necesidad de venir á las manos, haciendo su negocio las palas y azadones. En este momento tenemos sesenta kilómetros de trincheras encurvadas, cuya mayor parte se ha formado cortando la roca. Te aseguro que es una obra muy pe-

nosa..." y concluye diciendo: "Tengo un escapulario y una medalla de la Vírgen Santísima: pide á Dios por mí y no me olvides en el Santo Sacrificio."

El pensamiento que espresa esta última línea se encuentra en innumerables cartas. Como todos los que oran sinceramente con fé y corazon, nuestros soldados han reconocido la fuerza de la oracion.

Despues del asalto del 18 de Junio, un soldado jóven escribió á su hermana, que vive en Bourg:

"El 18 atacamos la Torre Malakoff, cuya posicion nos haria dueños de la ciudad. Esta vez fué la primera en dar el asalto que fracasó, como acaso ya lo sabrás. La artillería rusa cubria el terreno con un manto de metralla, por lo cual esperimentamos pérdidas sensibles, y fué preciso tocar retirada. En medio de esta lluvia de proyectiles y durante la accion he pensado en tí mas de una vez al mirar esta medallita: ¡al menos, me decia yo, hay alguno que ruegue por mí!... He vuelto sano y salvo: una bala muerta me pegó en el pecho, pero sin mas fuerza que para romper el capote.

"Tú eres, pues, mi buen Angel de la guarda, San José oye tus oraciones.

"Tu hermano, G."

El diario de Caen, *l' Ordre et la Liberté*, ha publicado el hecho siguiente:

En el ataque de la torre de Malakoff, el 18 de Junio, el capitan B.... del 19.°, cuyo hijo empieza ahora sus estudios en el liceo de Caen, tuvo la comision, por estar herido el coronel, y muerto el teniente coronel, de conducir el regimiento; y bajo la metralla mas espantosa que jamás se ha visto, el intrépido capitan intentó el asalto por dos horas enteras, y se obstinó en los fosos de la terrible fortaleza, hasta que una órden reiterada del general en gefe le forzó á retirarse. Volvió salvo y sano habiendo dejado en el campo 24 oficiales y 500 soldados del regimiento. En seguida de esta accion tan esclarecida fué nombrado gefe de batallon. Y él, conmovido del favor tan extraordinario que le habia preservado ese dia de toda lesion, ha pedido á sus amigos y compañeros de armas en Francia, que manden en su nombre celebrar una misa en accion de gracias. Su deseo se ha cumplido fielmente, y la ceremonia ha recibido un carácter completamente religioso por el profundo recogimiento de los concurrentes.

El *Moniteur du Loiret*, diario de Orleans, va á darnos un testimonio idéntico. Lo tomamos de su número del 11 de Octubre de 1855.

«Hace dos meses que un jóven de Orleans teniente de 1.º de zuavos envió desde el campamento de Inkermann al cura de su parroquia una cancion en honor de la Sma. Virgen, y le pedia sus oraciones para obtener la proteccion de la Reina del cielo. El 8 de Setiembre este teniente fué uno de los primeros, que con el mayor denuedo dieron el asalto de Malakoff. Al tiempo de subir recibió un bayonetazo en el pecho, y una piedra arrojada de lo alto de la torre le cayó sobre la cabeza y le volcó; se le creyó muerto. El 15 de Setiembre el mariscal Pélissier aplicó á la herida que el teniente, resucitado, habia recibido en el pecho, el remedio soberano de las heridas de los militares, la cruz de honor, y le anunciaba además que se le iba á espedir su nombramiento de capitan.

«Los amigos y paisanos del capitan Blot se alegrarán de saber que acaba de escribir á su familia, tranquilizándolos acerca de la gravedad de sus heridas. En su carta ordena que se mande celebrar una misa en accion de gracias, y que se ponga en el Altar de la Santísima Vírgen un cirio en testimonio de su reconocimiento.»

Acaban de comunicarnos, decia la *Centinelle du Jura* en uno de sus números del mes de Octubre de 1855, una carta escrita por uno de nuestros compatriotas á su

hermano del Deschaux, de la cual estraemos los pasages siguientes:

«Sébastopol 19 de Setiembre de 1855.

«El 7 de este mes te escribí para despedirme de tí, pues estaba en vísperas de una lucha terrible, de la que no esperaba salir vivo. Hoy te escribo para decirte que estoy vivo y bueno, ¿y cómo ha sucedido esto? nada sé. Mandaba mi compañía de cazadores, y lanzándonos vigorosamente á la carrera pronto nos vimos en las obras rusas que escalamos entrando en ellas como un torrente que ha roto sus diques. Allí la lucha fué encarnizada, una lucha cuerpo á cuerpo, en la que el oficial se veia obligado á batirse como un simple soldado. Debo la vida al valor de dos cazadores. Acababa de derribar á un ruso que tenia de las barbas á uno de mis soldados, cuando un enemigo se precipitó sobre mí trabando una lucha brazo á brazo en un lugar en que yo no podia hacer uso de mi espada; en este momento otro ruso me tenia á la boca del cañon de su fusil, é iba á saltarme la tapa de los sesos, cuando uno de mis soldados corrió á mi socorro, mató de un bayonetazo al que me tenia por medio del cuerpo, alzó el fusil del otro y lo dejó tieso en el suelo.

«En todo esto, ya ves tú, querido her-

mano, hay algo de providencial, y el diablo, á pesar de su malignidad, no podrá hacerme creer lo contrario: así voy á hacerte saber una promesa que tengo hecha á la Vírgen. En el momento de lanzarme sobre los atrincheramientos rusos, me acordé de la Santísima Vírgen, á la que yo rezaba de pequeñito, y le prometí que si salia de esta carnicería salvo y sano, mandaria decir una misa en su Altar cada mes por todos los soldados muertos en el combate del 8; y Ntra. Señora de Setiembre, á quien celebrais en este momento, escuchó mi oracion: ahora nos pertenece á nosotros cumplir la promesa que le hice, y cuento contigo, querido hermano, para que así se haga. Esta promesa es una cosa sagrada que merece todo nuestro respeto, y yo seria un malvado si dejára de cumplirla. Sébastopol es nuestro, pero antes ha sido entregado á las llamas; los rusos lo han incendiado todo como hicieron en Moscou.

«El doctor que acaba de curarme las heridas me anuncia que estoy nombrado capitan.»

El diario de Arras, la *Societé* ha publicado la carta siguiente:

«Sébastopol 9 de Setiembre de 1855.

«Gracias á tu medalla, mi querido Adolfo, por dos veces me he librado de una

muerte cierta. En el asalto de Malakoff una bala me pegó en medio del pecho, pero dando contra esta medalla se desvió de su direccion, y en lugar de atravesarme de un lado á otro, se ha escurrido por entre las costillas sin causar lesion á ningun órgano vital. Todo está reducido á pocos dias de cama. Sufro porque la percusion ha sido fuerte, tengo la respiracion penosa, lo que se concibe, pero esto será momentáneo. La bala se ha estraido con facilidad por estar metida entre las costillas. He dado gracias á Dios y á la Vírgen Santísima por la proteccion visible que me han dispensado, sin la cual hoy estaria bajo seis pies de tierra. ¡Qué admirable jornada la del 8!—¡El arrojo de las tropas fué soberbio! Sébastopol ya no existe. Nuestras pérdidas han sido crueles.....

«Adios hasta la vista como lo espero, te abraza tu apasionado hermano.

«*P. Dumont.* Teniente de la guardia.»

Citemos algunos otros ejemplos sin buscar otro órden, que el de la unidad de ideas y de impresiones.

«En el momento de embarcarse para Oriente el coronel Dupuis envió su ofrenda á Ntra. Sra. de Boulogne su pais natal, y antes de morir, dice la *societé* de Arras, unas cuantas horas antes de subir á dar el asalto pensaba en la Patrona de Bou-

logne; y en una carta que escribia entonces á su familia, última y suprema espresion de su corazon, confiada á una mano amiga y devota, dedica las últimas palabras que trazó su pluma á sus amigos y á los pobres de Boulogne, destinando al altar de la Vírgen la última condecoracion, que habia recibido de la patria por la que se preparaba á morir.

Con religiosa fidelidad reproducimos esa carta sencilla y tierna que leerán nuestros paisanos con la emocion que sentimos nosotros.

«Inkermann 8 de setiembre de 1855; á las seis de la mañana.»

«Mi bueno y querido Francisco.

«Hoy es el dia del gran ataque: tomamos las armas á las 7, y á las 8; y á las 12 el combate estaba en toda su fuerza: ¡á las doce! tengo entera confianza en Dios, y en que volveré á verte; pero te escribo ahora para probarte que hasta mi último suspiro pensaré en tí, en tus hijos, en nuestra buena hermana Florentina, en todos nuestros buenos amigos, y en nuestra hermosa ciudad de Boulogne!... Felipe, su sobrino subteniente del 20.º de línea, acaba de verme en este instante, os dice muchas cosas amistosas. Adios, muy amado hermano, ó mas bien hasta la vista. Te

abrazo con todo mi corazon y con toda mi alma.

«Tu apasionado amigo y hermano,

«*Dupuis.*»

«P. S. Dá 20 francos para la catedral de Ntra. Señora, y otros 20 para los pobres de la ciudad.

(En el márgen de la carta). «Si muero darás al Museo de Boulogne muchas cosas, y á Ntra. Señora mi cruz de comendador, contando con el consentimiento del venerado M. Haffreingue.»

Encontramos el mismo lenguage en una carta comunicada á la *Espérance* de Nancy, escrita por el comandante Dagon de Lacontrie el 8 de Setiembre á las 8 de la mañana.

«Hoy es el gran dia, dia del asalto general de Malakoff y de todas las fortificaciones de los rusos. Al medio dia nos arrojaremos de las trincheras; ¡que Dios nos proteja, y la Vírgen Sma. nos acompañe en medio de los peligros. No tengo sino cinco minutos, te los doy, por no dejarte sin noticias de tu amigo sincero. En el caso que Dios me llame á sí, ruega por mi alma y consuela á mi pobre muger.

»La reina del cielo, Ntra. Sra. de la Guarda ha hecho ya mucho por tu amigo, y mi Sta. Patrona me ha protegido en la noche del 24 al 25 de Agosto, du-

rante la cual mi pobre cuerpo estuvo espuesto á la metralla, á las balas,á las bombas y á una descarga diabólica de fusil. Tuve 125 hombres fuera de combate, de los cuales murieron 24.»

«M. Dagon de Lacontrie, añade la *Esperance*, fué muerto algunas horas despues de haber trazado estas líneas dando á su batallon el ejemplo del valor mas impetuoso. Cristiano fervoroso, soldado valiente, gefe estimado de sus superiores, amado de sus subalternos, ha dejado en todos los que le conocian un sentimiento, que no perecerá; pero les deja al mismo tiempo esperanzas muy consoladoras. Ntra. Sra. de la Guarda, á cuyos pies habia puesto su cruz de honor en el momento de salir de Marsella, habia sido su protectora y abogada ante el tribunal de Dios.»

El R. P. de damas ha publicado el siguiente hecho:

«El teniente coronel**** estaba tendido en su lecho de dolor.... un dia sintió que se aproximaba su muerte, y volvió sus ojos hacia la religion; quiso recibir los sacramentos de la iglesia, y cuando su alma se encontró revestida de los resplandores de la inocencia, pidió que se reuniesen al rededor de su cama un cierto número de oficiales superiores amigos suyos. Entonces declaró su última voluntad

en pocas palabras respecto á su fortuna, y despues levantando un poco mas la voz dijo con una emocion llena de dignidad: «Amigos mios, muero, es decir, vuelvo al seno de Dios, que me dió la existencia. ¡No me pesa! Y despues de una corta pausa añadió: pero sí ¡tengo una pena! Direis á mi muger que me pesa poco la necesidad en que me veo de renunciar á la fortuna y á los honores que parecian sonreírseme, y que si mis ojos vierten algunas lágrimas en este momento supremo es porque no podré seguir consagrándome á su felicidad y á la de mi hijo! en cuanto á lo demás ella es cristiana y Dios le dará resignacion hasta el dia en que nos reunamos en la eternidad.» En seguida guardó silencio. Un poco despues pidió que le dejasen solo durante dos horas para pensar en Dios, y murió al espirar estas dos horas. No es necesario deciros la impresion que produjo esta muerte.

Tampoco transcribiré todo el discurso que el coronel*** pronunció sobre la entreabierta tumba de su amigo, y en presencia de una multitud de oficiales de todas graduaciones y de soldados generosos.—«Nuestro amigo está en el cielo, esclamó! ¡Imitemos su ejemplo á fin de que merezcamos reunirnos á él algun dia!» Basta con esta frase para que se com-

prendan los sentimientos de la noble asamblea. (1).

El general de Lourmel fué entre los oficiales generales una de las primeras víctimas de la guerra. El 15 de Noviembre de 1854 rechazando una salida que hicieron los rusos, avanzó hasta los baluartes de Sébastopol, que por un instante creyó poder tomar, pero una bala le atravesó el pecho. Conservó tanta presencia de ánimo que sus oficiales no conocieron que estaba herido sino por la palidez que bien pronto cubrió su rostro.

El general fué conducido á su tienda, escribia algunos dias despues el R. P. de Damas; «antes que todo, llamó á un sacerdote para prepararse á morir como cristiano, y despues se entregó á los médicos. Su criado le llevó su espada llorando. El general la puso á su lado sobre la cama, y consoló á su sirviente. La herida no es muy grave, me decia el médico; sin embargo, á todo tirar podrá no ser mortal. La parte moral tiene tanta fuerza en el general, que acaso favorecerá la cura. Así se pasaron tres dias entre el temor y la esperanza. En fin, al tercer dia el camarero del general y un brigadier de hú-

(1) *Précis historiques de Bruxelles*. Entrega de Octubre 1855.

sares vinieron corriendo á mi tienda gritando: «¡Vivo, vivo! señor capellan, que el general se muere.» Echo á correr, y llego en el momento en que el capellan de la cuarta division acababa de dar la última absolucion al alma de aquel héroe. Al dia siguiente celebramos honras por el general herido en el campo del honor, á las que asistieron los generales del ejército. Uno de ellos pronunció en pocas, pero bien sentidas palabras, el elogio fúnebre del Macabeo cristiano (1).»

Por todas partes encontraron la misma entereza, la misma fé. Algunos meses despues, el capellan que anunciaba á la familia del coronel de la Guardia, Montera, que este bravo oficial acababa de sufrir una amputacion, añadia: «La moral del coronel es hoy tan escelente como en un dia de batalla: no es solamente un héroe, sino que es un héroe cristiano. Cuando le encontré en su lecho de dolor, su primera palabra fué para hablar de Dios, y quiso confesarse resueltamente.»

No concluiremos este capítulo sin transcribir las siguientes líneas publicadas por el diario la *Haute-Loire*, y escritas por un mariscal ilustre (Pélissier) á una religiosa

(1) Carta del R. P. de Damas aux Précis historiques de Bruxelles.

del hospital de Puy, que le habia enviado una medalla de la Inmaculada Concepcion.

«Empiezo diciendoos que ratifico de muy buena gana los votos que habeis hecho por mí: debereis notar, que estos votos han sido oidos; pues al dia siguiente de la Asuncion batí á los rusos en Traktir, y en el dia de la Natividad de Ntra. Señora se tomó á Malakoff.

«Así es que las piadosas oraciones á la Vírgen y la fé que tenemos en ella ha sido para nosotros (y mas de lo que el vulgo piensa) un socorro grande en estas dos gloriosas jornadas.»

CAPITULO XII.

EN LA TRINCHERA.

El ejército de Crimea ha visto morir á muchos de sus gefes. Todos saben que sus exequias se han celebrado con la solemnidad que permitia la situacion, pero lo que es preciso atestiguar es el sentimiento profundamente religioso que presidia en funerales tan gloriosos. Sobre este punto, como sobre todos los demás, debemos escoger un ejemplo entre otros muchos porque los hechos abundan.

El 15 de Abril de 1855 el general de ingenieros Bizot recibió un balazo en la cabeza en el momento en que la asomaba por encima de las trincheras. Cuando dieron esta noticia al general Canrobert, su fisonomía se alteró súbitamente, y esclamó, como si hablas econsigo mismo: «¡pobre Bizot, gefe hábil, soldado intrépido! Dios lo habia dispuesto así.»

«Al dia siguiente se procedió á las exequias.

«Los ingenieros cercaron silenciosamente el espacio donde debia celebrarse la ceremonia fúnebre. Aquella multitud guardaba un silencio triste y grave, que causaba la impresion mas viva. A lo lejos sonaba el cañon, y los cohetes surcaban la atmósfera: amigos y enemigos saludaban de este modo con salvas de su artillería al intrépido soldado, cuya pérdida deploraba nuestro ejército.

«La ceremonia se celebró en la cabaña que servia de Capilla. Despues se sacaron de esta cabaña, adornada cuidadosamente por el capellan, dos cadáveres llevados por ingenieros: el primero era el del general Bizot con su uniforme, espada, sombrero y cruz de Comendador; el otro el del comandante Masson, tambien de ingenieros, que murió el mismo dia de una herida que como el general recibió en la trinchera.

«Triste y solemne fué este doble entierro del gefe y su segundo, ambos estimados y sentidos. ¡El drama era propio de aquel teatro! Tuvo lugar en medio de estos campamentos, de estos aprestos de guerra, de este estruendo de combate, de estos soldados reunidos, por decirlo así, por un duelo comun.

«Detrás de los dos féretros marchaban

Lord Reglan, Omer-Pachá y el general Canrobert. En la segunda fila, el general Pélissier, el general Bosquet, el general Niel, el almirante Bruat, el almirante Ottoman y en seguida los demás generales de los tres ejércitos.

«No puedo espresaros la impresion que sentí mezclado entre aquella multitud silenciosa que marchaba á paso lento: las miradas tristes, las cabezas inclinadas y melancólicos aquellos rostros enérgicos, que el cañon del enemigo y el fuego de la metralla encuentran siempre erguidos y risueños.»

Cuando el sacerdote acabó de pronunciar las últimas oraciones los concurrentes se acercaron por turno y en silencioso recogimiento, y echaron algunas gotas de agua bendita sobre el féretro, que iba á cubrir la tierra, dando en seguida su último adios á víctima tan ilustre.

El general Niel y el general Pélissier refirieron en pocas palabras los servicios militares y las virtudes privadas de su antiguo compañero de armas, «el hombre del deber y de la abnegacion personal.» Pidieron al «Dios de los ejércitos que le acogiese en su seno.» El general Canrobert habló en seguida, y entre otras cosas dijo: «que no lloraba á Bizot, que le envidiaba, y acabó su discurso de esta manera:

«Justamente porque Bizot tenia noble carácter mostrando todos los dias y á todo el mundo en su persona el modelo del valor, del deber cumplido sin descanso, de la constancia y de la abnegacion. Justamente porque Bizot tenia todas las virtudes y todas las cualidades de un varon fuerte, es por lo que Dios en su infinita justicia le ha concedido la suprema dicha de morir como soldado sobre la brecha y cara á cara del enemigo.

«Al pronunciar estas palabras con una energía que no me es posible espresaros, todos los corazones sintieron la emocion mas profunda, y soldados y gefes levantaron la cabeza asociándose así con el fervor de su alma á este pensamiento bello y enérgico.» (1)

En la noche del 22 al 23 de Mayo los rusos, queriendo impedir los trabajos que dirigiamos contra Malakoff, hicieron una salida en número de cerca de 10,000 hombres. El 2.º batallon del 3.º de zuavos tuvo que sostener el primer choque del enemigo. El capitan de Crècy despues de haber peleado con tal sangre fria y valor, que fué la admiracion de todos, recibió muchas heridas, y quedó prisionero.

---

(1) Baron de Bazancourt. *Cinq mois au camps devant Sébastopol*, p. 224—7.

Dos dias despues escribió á un amigo suyo: «Triste es la noticia que tengo que comunicarte.... He sido *probado un poco* en la refriega del 24 de Mayo, pues apenas habia recibido un balazo que me destrozó la parte superior del brazo derecho, recibí otro que me quebró el muslo derecho. Los médicos no dudan acerca de la conservacion de la pierna, pero no hay que pensar en el brazo: lo que mas me hace sufrir son algunos culatazos que recibí enmedio del pecho.

«Mi querido Ernest, cuento contigo para preparar á mi pobre muger para este acontecimiento tan grave: dile, que espero conservar la vida, y volver un dia á Francia.»

Despues de haber dictado el capitan esta carta pudo firmarla con su mano izquierda. Además de las heridas de que ya habia dado noticia para que su muger se hallase preparada á todo evento, se supo mas tarde por una hospitalera rusa, «que su cabeza estaba magullada de sablazos, y que habia recibido un bayonetazo en el pecho; y en cuanto á culatazos los habia recibido en todo el cuerpo.»

Los oficiales rusos, que habian mandado llevar al hospital al capitan de Crécy, manifestaron públicamente la admiracion que les habia causado su valor esclareci-

do. Mostró la misma fortaleza en la cama, donde murió despues de seis dias de padecimientos inauditos. Este héroe era un hombre de fé: en el momento de su partida escribia á su muger:

«Te lo repito, voy al combate con toda confianza; cumpliré con mi deber confiado en tus oraciones; si sucumbo tendré al menos la esperanza de que un dia nos volveremos á ver; pero Dios que nos ha protejido hasta la presente de un modo especial, permitirá que volvamos á vernos en este mundo. Tengo esperanza de que así sucederá, sin que por esto dejemos de decir, ¡cúmplase su voluntad, y bendito sea su nombre!»

Algunos meses antes el capitan Crécy habia tenido que anunciar la muerte del capitan de la Barre, amigo suyo. "Cuando supe esta muerte, decia en la carta, creí que iba á perder todo mi valor, y que ya no podria pelear mas.... pero bien pronto recobré mi ánimo, y no pensé en mas que en vengar á mi amigo. En efecto, llegó la órden de cargar á la bayoneta, y hundiendo las espuelas en los hijares de mi caballo, me lancé á la cabeza de los zuavos y grité: ¡á la bayoneta! Dios me ha protejido, y mi pobre camarada ha quedado bien vengado. Mandé que lo trasladaran al hospital, y recojí para su

pobre muger todos los objetos de precioso recuerdo, sus cabellos, su cruz y *la medallita que llevaba al cuello.*"

Otro capitan escribia al cura de Grimboscq (diócesis de Lisieux): «Arreglo mis negocios para que cuando Dios se digne llamarme á sí, esté pronto á responderle: ¡presente!» Murió algun tiempo despues de haber escrito esta carta.

Dos de nuestros oficiales habian desaparecido rechazando una salida del enemigo: se ignoraba su suerte. Al dia siguiente se presentó un parlamentario ruso y puso en manos del general en gefe del ejército francés una carta dictada por los dos oficiales, en la que anunciaban que se hallaban moribundos en el hospital de Sébastopol, y habian podido trazar debajo de su firma: *muero como soldado y como cristiano.* (1)

Crece el número de las páginas, y nos vemos obligados á abreviar cuando quisiéramos citar con amplitud. Nos limitaremos á recordar los términos de fé y de piedad cristiana, que se han notado en las cartas escritas por oficiales y simples soldados, para dar á la familia del amigo perdido la noticia de su muerte: «Ha muerto

(1) Baron de Bazancourt. *Cinq mois au camps devant Sébastopol*, p. 17.

como valiente y como cristiano,» decian; ¡y cuántas veces añadian, como al hablar del ayudante Prebost de Saint-Omer: he aquí sus últimas palabras: "Adios, mis buenos y queridos padres, muero pidiendo á Vds. su bendicion; me encomiendo á Dios."

Todos los nombres, todas las posiciones y todas las graduaciones nos suministran los mismos ejemplos. Recordemos algunas palabras pronunciadas sobre la tumba del marqués de Chabannes por un oficial que le habia visto en medio del fuego, y que al hablar de su amigo supo pintar su noble carácter y gran corazon:

«Descendiente de una de aquellas familias que tomaron parte en las Cruzadas, de Chabannes ha solicitado el favor de venir á participar de nuestras fatigas y peligros, ha venido á hacer frente al azote devastador que nos diezma, y ha muerto en esta tierra de Oriente con la fé de un soldado de San Luis, haciendo votos por la gloria y felicidad de la Francia.»

Edme de Chabannes se habia alistado de simple soldado. Esta fé, que el gefe de su batallon alababa en términos tan dignos, era una fé práctica. El sacerdote que le dió los últimos consuelos espirituales, el R. P. de Damas, no le ha oido pronunciar, durante los tres dias que ha pasado

á su cabecera, una sola palabra amarga, que revelase el sentimiento de dejar la vida. Tenia la serenidad del hombre que muere por su pais y en paz con su Dios.

El baron de Saint-Priest era capitan del 28 de línea, y acababa de casarse cuando su regimiento fué destinado á la Crimea. Las pruebas arduas de campaña comenzaron para él muy pronto. Primeramente estuvo de guarnicion en el Pireo, y el primer enemigo que tuvo que combatir fué el cólera. Se mostró digno de su valeroso y escelente gefe, el lamentado general Mayran, que en tan poco tiempo se ganó un lugar tan distinguido en los recuerdos del ejército: haciéndose admirar de las Hermanas de la Caridad y de los soldados. En el momento de salir de Atenas el capitan de Saint-Priest escribia á su familia lo que ella sabia muy bien, y es, que él no olvidaria ni lo que debia á su patria, ni lo que debia á su nombre; y añadia, á fin de darle seguridades sobre un punto mas importante aun: "voy á verme con el anciano sacerdote para arreglar todas mis cosas antes de mi marcha."

Su conducta en Crimea durante aquel terrible invierno, que arrebató tantas víctimas, fué de las mejores, diriamos de todo el mundo si no hubiera merecido ser colocado al frente de una de las com-

pañías de tiradores franceses, que basta con nombrarlas para dar la mas alta idea del ardor militar. En el ataque de la noche del 12 de Abril contra las emboscadas rusas se encontró por un momento con solos 30 hombres, peleando en medio de centenares de enemigos. Todo el ejército admiró su valor caballeresco. En aquel encuentro murió á su lado el teniente de su compañía, y creyendo prisionero á su subteniente, M. Morguet, se habia hecho campo dos veces con solo seis granaderos por entre la masa de los rusos para librarlo. Un mes despues recibió una herida, que en el principio se creyó de poca gravedad, pero que debia poner fin á una carrera tan bien principiada. Aun pudo escribir él mismo á su madre una relacion de esta última accion, narracion incompleta, porque en ella apenas habla de sí mismo, mientras que el parte de su gefe le designaba en primer lugar entre los que mas se habian distinguido. La cruz de oficial de la legion de honor fué el premio de tan alto comportamiento; pero tuvieron que llevársela ¡ay! á su lecho de muerte. Bravo y sereno hasta en la orilla de la tumba, empleó sus últimos dias en purificar su alma. Lleno de dulzura para con los que le habian amado y para aquellos de quienes podia quejarse, pidió los sacra-

mentos, los recibió y rindió su último suspiro en paz, sin el menor sentimiento por dejar esta vida. Tenia treinta y tres años. El último recuerdo que recibió su madre fué el escapulario que ella misma le habia dado con su bendicion antes de su partida.

De todas las cartas escritas de Crimea desde el principio de la guerra, decia el *Journal la Bretagne* en uno de sus números de Octubre de 1855, y que se han publicado, no hay ninguna acaso mas tierna por su sencillez que la que hace pocos dias ha recibido el cura de Saint-Nicolás-du-Pélem con motivo de la muerte de un jóven de su parroquia.

"Delante de Sébastopol 21 de Agosto de 1855.

"Señor cura:

"Tenia en mi compañía un gallardo y valiente soldado del distrito de que V. es digno pastor: el cabo Juan Corbic, á quien ha matado un casco de bomba en la noche del 19 al 20 de Agosto. Era un soldado animoso, su conducta durante su vida fué irreprensible, y su muerte es un ejemplo de resignacion cristiana. Si alguna cosa debe dulcificar el dolor de sus padres por la pérdida de su hijo, son sus últimos momentos.... Juan Corbic ha muerto como un noble hijo de la Francia; su último pensamiento ha sido una oracion á

Dios, y acaso tambien un recuerdo para su Madre.

"Desde que Corbic cayó herido le hice conducir al hospital para atender á su existencia y curacion, pero enmedio del camino sintió que se moria; inmediatamente hizo que los hombres que le conducian le bajaran al suelo, y luego les dijo: "ponedme de rodillas." En esta humilde posicion, que es la propia cuando se ruega á Dios, hizo una corta oracion, pidió que le volviesen á meter en la camilla, y dijo á sus compañeros: "Ya puedo morir." Al llegar al hospital Corbic habia pasado á mejor vida.

"Hubiera creido faltar á mi deber, como hombre y como oficial francés, si hubiera dejado de dar á una familia llena de luto y llanto los pormenores de la muerte enteramente cristiana de su muy amado hijo.

"Sírvase V. recibir, Sr. Cura, etc. etc.

Firmada: *El capitan de la* 2.ª *del* 2.º *batallon del* 49.º *regimiento de linea.*"

—"Hijo mio, ¿qué puedo hacer por tí? decia el R. P. de Damas á un herido tendido en el campo, cuando se dió el primer asalto á la Torre Malakoff. Padre mio, respondió este, Vd. me ha reconciliado con Dios. No pido á Vd. mas que una cosa: sirvase Vd. sacarme del bolsillo mi

porta-moneda, y en él encontrará Vd. un papel que contiene mi última voluntad." En efecto hice lo que me pidió el moribundo, y leí con emocion lo siguiente: "17 de Junio de 1855. Mañana entro en batalla: si sucumbo Dios reciba mi alma. En cuanto á mi dinero, se darán cinco francos á mi compañía, y lo restante se aplicará en misas por mi alma." Se leia en el sobre de este papel: "si eres francés, tú que te has encontrado este porta-moneda, estoy seguro de que cumplirás mis intenciones. Si no lo eres, no seas peor que una fiera, y ese dia al menos muéstrate francés llenando los deseos de un soldado que muere por su pais."

El mismo capellan cita el pasage siguiente de una carta en que una madre cristiana le anunciaba la salida de su único hijo para la Crimea.

"¡Ay! lloro, y sin embargo soy feliz: siempre he deseado, que mi hijo sea un buen servidor de su pais y de su Dios. En Francia se perdia en la ociosidad y en la disipacion. En Crimea los padecimientos y la presencia contínua de la muerte lo atraerán sin duda á mejores sentimientos, y sus fuerzas y su tiempo estarán consagrados al ejercicio de deberes nobles. ¿Qué mas puede desear una madre? tal vez sucumbirá en la lucha; pero su dicha eterna

será cierta. Entonces llorando me cubriré con mis vestidos de luto, que no dejaré jamás, y pobre viuda, privada de mi hijo, consagraré mi vida á las buenas obras para obtener de Dios que me reuna con los que amo." (1)

Fernando Lefaivre, hijo del coronel de ingenieros que defendió á Badajoz, estaba en la trinchera delante de Malakoff la noche del 27, al 28 de Julio: en donde puede decirse se encontraba por su voluntad, no habiendo obtenido, sino á fuerza de reiteradas instancias el permiso de separarse de su regimiento para entrar en campaña. Un casco de bomba le hirió en la cabeza mientras que observaba en pié el fuego del enemigo: y gritó, "¡*oh madre mia*!" cayendo bañado en sangre. Todos le querian; su capitan M. d'Arguelle y sus soldados se precipitaron hácia él; pero ya se habia puesto en pié presa de una rápida alucinacion que le hacia creer que el proyectil le habia llevado la cabeza y que veia sus miembros saltando á su rededor. Cuando reconoció á M. d'Arguelle, le dijo: "Mi capitan, tenga V. la bondad de escribir á mi padre que muero en mi puesto como soldado y como cristiano." Su pa-

(1) Précis historiques de Bruxelles-Livraison d'Octobre 1855.

dre, su madre, su deber á la patria y á Dios, tales eran los pensamientos que espresaba Lefaivre, y que encontramos en todos sus compañeros de armas. La herida del jóven teniente no parecia mortal, y en efecto no lo era; pero sobrevinieron accidentes. Un huracan inundó su tienda, y fué preciso trasladarlo al hospital á toda prisa, la calentura se declaró; sin embargo, se creia que se restableceria pronto, y escribió á su familia.

"Lo que recomiendo á Vds. es que no se atormenten: se lo repito á Vds., esto será un poco largo, pero no penoso. Esta noche tengo á mi lado á mi ordenanza, mis camaradas vienen á verme con regularidad, todos son muy amables conmigo. Frecuentemente hablo con el capellan de nuestra division, que es hermano de uno de los redactores del *Univers*. Todos los dias viene á hacernos su visita, y siempre es bien recibido. Se mueren muchos. Cuanto mas avanzamos, tanto mas nutrido es el fuego de los rusos. Voy á contar á Vds. un episodio que el otro dia tuvo lugar á cuerpos tendidos entre los rusos y algunos hombres de mi batallon. Colocados en emboscada á quince pasos los unos de los otros, por una rara incidencia, habian ambos recibido órden de no disparar. Pasado algun tiempo uno de los

nuestros fatigado de estar tendido se puso en pié, un ruso hizo otro tanto, pronto se levantó otro francés, otro ruso le imitó hasta que se encontraron las dos emboscadas mirándose frente á frente con frescura. Entre los nuestros se encontraba un cabo, que habiendo vivido mucho tiempo en San Petersburgo, sabia el ruso. Se enredaron en conversacion. ¿Cómo va? no mal, ¿y Vds.? Los nuestros preguntaron á los rusos si querian pan, respondieron que no, pero que les agradaria un poco de galleta y los nuestros les tiraron algunas. Así se divirtieron hasta que llegó una ronda rusa. Los rusos dijeron: chito! y de una y otra parte se volvieron á tender, y se concluyó la escena. Adios, queridos padres. Doy á Vds. las gracias por los pormenores del interior de la familia que me hacen me crea enmedio de ella, aunque á 800 leguas; todo eso me encanta."

El mal se agravó, y del campamento Fernando Lefaivre debió ser trasladado á Constantinopla. Se le declaró una angina, de modo que se acabaron todas las esperanzas. Un santo é ilustre sacerdote, M. Eugenio Boré, amigo de un pariente de Lefaivre, ha contado los últimos momentos de este jóven y valiente oficial.

Hé aquí esa carta, cuyo autor hace sin pensarlo una pintura exacta del celo re-

ligioso que vela á la cabecera de nuestros heridos.

"Constantinopla 16 de Agosto.

"Muy querido amigo:

"Hace cosa de un mes que soy capellan voluntario é *interino* de nuestros oficiales en el hospital de Péra. Nuestras vacaciones, que comenzaron hace quince dias, me han permitido desempeñar mejor estas funciones, y tengo todos los dias ocasiones de admirar los caminos y las miras de la Providencia. Tú vas á formar tu juicio.

"Hace seis dias que trajeron un jóven teniente herido en la cabeza estando sobre la trinchera en la noche del 28 de Julio. A resultas de esta herida se le ha declarado una violenta afeccion á la garganta, que apenas le permite tragar las pociones que se le prescriben. Noté pronto su aire marcial, y sin embargo su resignacion; y á las palabras que le dirigí me respondió con una dulzura que atestiguaba sus buenas disposiciones religiosas. Cuando en la ausencia del enfermero tenia ocasion de prestarle algun pequeño servicio, me apretaba la mano para darme á entender su reconocimiento á falta de la palabra de que ya no podia valerse.

"El 14 de Agosto habia estado ocupadísimo con las confesiones de los que se

preparaban para la hermosa funcion del dia siguiente. Una de las *Hermanas* me dijo, que el jóven teniente del 85.º iba peor, y que temia por su vida. Inmediatamente me fuí á su lado, y en efecto, la fiebre y el dolor se aumentaban; pero viendo que ya era tarde y que no habia peligro inmediato, le anuncié entre frases de animacion, que iria al dia siguiente á hablarle de la vírgen, á lo cual me respondió por señas, que le seria agradable. A la mañana volví, y viendo que empeoraba, pensé en confesarle; deber con el que cumplió en su pleno conocimiento respondiendo á cuanto le preguntaba, y entrando en ciertas esplicaciones. Cuando concluimos me manifestó su júbilo y me dijo: Sr. cura, tengo que pedir á V. un favor, y es, que avise V. al P. Eugenio Boré, que estoy aquí. Pues, amigo mio, con ese está V. hablando, le contesté. Entonces me echó una mirada, que me atravesó el corazon, porque manifestaba tanta pena, como gozo y sorpresa. Yo soy, me dijo, el hermano del capitan Lefaivre, que visitó á V. en Varna. Mi nombre está equivocado en el boletin de entrada. En efecto allí se leia *Faivre*. Estas palabras fueron para mí una puñalada, y con trabajo pude ocultar mis lágrimas. Le dije que iba á celebrar el santo sacrificio de la

misa por él en aquel hermoso dia de María; el se sonrió dulcemente. Si V. pudiese tragar le daria la sagrada comunion, añadí; pero despues de la misa vendré á administrarle otro sacramento, que suplirá, y le fortificará. Bajé, en efecto, y le administré la estrema-uncion que recibió con fé y piedad. Me apretó la mano como para decirme, que no se hacia ilusiones acerca de su estado. Habiéndoseme llamado para otra parte salí, y otro teniente herido que le cuidaba como si fuera un hermano recogió sus últimas palabras. "*No me pesa perder la vida, mi deseo hubiera sido morir en mi puesto en Crimea.*" Este era el sentimiento de aquel militar. Como católico no queria sino que se cumpliese la voluntad de Dios, y su fin es muy consolador.

"De este modo, querido amigo, nuestra fiesta de 15 de Agosto ha sido señalada para mí y para tí. Debemos dar gracias á la vírgen santísima, que ha querido llevarse á tu cuñado Fernando en el dia de su triunfo. Esta mañana he celebrado el sacrificio de la misa, dedicándola al descanso de su alma. Prepara á tu amada muger, y á los demás parientes. Saluda á tu familia, quedando yo en el amor de Jesus y de Maria tu apasionado.

«*E. Boré, sacerdote de la mision.*»

CAPITULO XIII.

DIVERSOS EPISODIOS.

Se necesitaria un grueso y muy voluminoso tomo para referir todos los rasgos de valor que han distinguido el sitio de Sébastopol. Nosotros no imaginamos poner en práctica empresa semejante; pero queremos á lo menos citar algunos hechos, principalmente por la sencillez con que los cuentan aquellos valientes, que aun despues de haberlos ejecutado no piensan de modo alguno en tenerse por héroes.

El *Journal de Beaugé*, Maine-et-Loire, ha publicado la carta siguiente, escrita por un simple soldado á su madre:

"Diré á Vd. que habia á unos 100 ó 120 metros de nuestra trinchera un *panion-jalon*, que los rusos habian colocado allí para tirar á rebote sobre una de nuestras baterías, y que ya habia costado la vida á diez

ó doce de nuestros artilleros, y dejado inutilizadas dos de nuestras piezas; era pues necesario quitar á toda fuerza este apoyo de puntería, pero para intentar el golpe era preciso buscar un hombre que quisiera sacrificarse resolviéndose casi á perder la vida, teniendo que penetrar por entre un nutrido fuego de treinta y dos bocas de cañones.

"Sin embargo, podia uno tener la suerte de ponerse á cubierto del fuego de la artillería guareciéndose detrás de unos peñascos enormes que habia por allí, si bien podia caer en una emboscada rusa, y quedar prisionero ó muerto de un tiro disparado por algun centinela avanzado.

"Haria unos veinte minutos que mi teniente estaba hablando con un gefe de escuadron de artillería, quien le preguntaba si entre sus tiradores no conócia un hombre capaz de desempeñar esta mision: él le respondió que se encargaba de encontrar el hombre que se necesitaba; aquí debo decir á Vd. que hace cuatro meses que soy uno de los tiradores francos, de quienes tanto se habla en Francia. En fin, el gefe de escuadron se dirigió á mí, y me contó el negocio. No pude menos de pensar en Vd., mi excelente madre, y en mi hermanita Manette, pues no tenia seguridad de volverlas

á ver... Y luego salté por encima de la trinchera, y me dirigí hácia el objeto designado... el corazon me latía con fuerza... tomo el piquete (jalon) en mis brazos, lo muevo con mucho trabajo y consigo arrancarlo de la tierra... pero en el momento en que aquel punto desaparecia del horizonte, se oyó una detonacion espantosa, y una lluvia de balas y de metralla vino sobre mi cabeza: pude al fin salvarme con la rapidez de la liebre llevando mi trofeo sobre los hombros, y caí en brazos de mi teniente, que me recibió con el mayor afecto.

"En seguida se dió parte al general en gefe, fuí citado en la órden del dia de mi batallon y de todo el ejército por mi sangre fria y mi valor. No diré á Vd. lo que sentí al oirme llamar para la condecoracion; estaba loco de contento; y si Dios tiene la bondad de preservarme de una desgracia el dia del terrible asalto, espero ir á descansar al hogar materno.

"Enteramente y por siempre vuestro hijo:

"Victor Picault."

Este valiente soldado recibió la medalla militar. Ahí teneis como se ganan las condecoraciones en Crimea.

I.

M. Daram, capitan de los volantes de la guardia imperial, en una carta dirigida á uno de sus parientes y que se ha publicado en el *Journal de Tolouse*, ha dado los pormenores siguientes de un episodio de la jornada del 18 de Julio, (el primer ataque contra Malakoff).

"El dia del combate fuí destacado con dos compañías al otro lado del Mamelon Verde delante de Malakoff en una trinchera rusa que se acababa de tomar. Algunos metros mas adelante mi subteniente y cuarenta hombres hacian frente á las emboscadas rusas. Uno de sus volantes (voltigeurs) se puso en el suelo á cuatro pies, y á gatas fué á llevar agua á algunos heridos que oiamos quejarse. Llegado al sitio en medio de yerbas altas despreciando las balas de las emboscadas rusas, tuvo la idea de coger un herido á cuestas, y volvió muy felizmente con su carga.

"Mi subteniente me envió noticia de tan feliz viage, y me preguntó si podian continuarlo. Llegué yo á su lado, casi arrastrándome, porque el paso estaba al descubierto, y los rusos tiraban al que veian pasar: en fin, el servicio se organizó y cada vo-

lante queria traer su herido. Entre otros hubo dos que me trageron cinco cada uno: en una palabra; esta faena continuada durante todo el dia ha dado por resultado la salvacion de 38 heridos.

"¡Imagínate la alegria de estos desgraciados, que de prisioneros de los rusos han pasado á encontrarse entre franceses! Ha habido algunos que han sido buscados á mas de cuatrocientos pasos mas allá de mis líneas. Era feliz y no hubiera trocado mi jornada por nada en el mundo, porque al fin ¿esto á quién podia causar rabia? Solamente á los rusos.

Habiamos escogido en la compañía diez ó doce de los mejores tiradores, los cuales, tan pronto como asomaba las narices algun ruso para tirar sobre los que traian á nuestros heridos, le disparaban con tal acierto, que al punto silbaban á sus oidos tres ó cuatro balas, y con frecuencia le tocaban ó á él, ó algun otro de la emboscada: estábamos en un terreno mas alto del que ellos ocupaban, y no podian pagarnos fácilmente en la misma moneda: lo propio les sucedia cuando querian salir á despojar á los muertos ó á los heridos."

En la noche del 2 de Mayo de 1855, un teniente de ingenieros. M. Lullé-Dujardin, ve titubear sus trabajadores abrumados por

una nube de balas y bombas que trastornaron los gaviones hiriendo y matando á muchos.

—"Vamos adelante, muchachos, gritó el teniente, eso no vale nada, no hay peligro, y sinó, mirad! y saltando del otro lado de los gaviones se quedó allí enteramente espuesto á los tiros del enemigo, habiendo tenido la suerte de salir ileso. Estimulados con este ejemplo los soldados volviéron al trabajo, y se hizo la muralla. M. Lullé-Dujardin fué muerto algunos dias despues."

Un jóven teniente de la guardia imperial ha escrito á su familia la carta siguiente que ha publicado la *Gazette-de-Lyon*:

"En la noche del 4 al 5 de Mayo de 1855, escapé de una muerte segura de un modo verdaderamente milagroso. He aquí el hecho: en las trincheras caen los proyectiles como granizos; pero lo que es mas terrible son las bombas, y unos llamados *obuses*, que se lanzan como las bombas. En este caso importa señalar la caida del proyectil, y al efecto hay hombres designados para vigilar y advertir con este aviso: ¡*cuidado con la bomba*!

"Entonces todos levantan la cabeza y se preservan bien, sorteándola, retirándose hácia la derecha ó hácia la izquierda, ó bien tendiéndose en el suelo. Al oir uno de es-

tos gritos, dado desgraciadamente demasiado tarde, levanté yo la cabeza... La bomba, ó mas bien un *obús* arrojado como bomba, venia casi sobre nuestro parapeto y encima de mí. El peligro era inminente.... Sin discurrir mucho me precipité con dos de nuestros volantes á un agujero que estaba al otro lado de la trinchera: apenas llegamos allí, cuando resonó este grito: ¡cuidado con el teniente! La bomba habia rodado á nuestro agujero.... en aquel momento uno de mis pobres soldados que estaba *sobre mí* me apretó la mano, diciéndome: *mi teniente, morimos achicharrados.* Esta fué su última palabra; ya se habia consumido toda la espoleta de la bomba. Hubo un momento supremo y terribilísimo; momento en que pensé en todos vosotros y *en Dios*... y rezé la oracion que mi madre me recomienda en su última carta. La bomba estalla, y al mismo tiempo se oye el profundo gemido del otro, á quien una piedra acababa de partir una pierna... En cuanto al pobre que casi me tenia en sus brazos, ya yo habia sentido su último apreton; un enorme casco de bomba habia caido entre sus hombros despedazándole el espinazo y las espaldas: murió sin sufrir. Respecto á mí, gracias á un milagro y á mis enormes botas de Constantinopla, estoy *salvo y sano.*

II.

Nadie ignora el cariño que el soldado tiene á su bandera. El oficial á quien se confia el cuidado de llevar tan precioso emblema, que lleva consigo el honor del regimiento, tiene en cierto modo una mision religiosa. Este sentimiento honroso por todo estremo ha sido siempre fecundo en grandes ejemplos. Por plantar su bandera sobre los atrincheramientos del campamento ruso, Poidevin se dejó matar en la batalla de Alma: él sucumbió, pero otras manos empuñaron el glorioso depósito, que se le escapaba de las garras: el regimiento entero se precipitó para rodearla, y se quedó en donde Poidevin la habia enarbolado.

El oficial que llevaba la bandera del 6.° de línea en Inkermann se habia adelantado para que sus compañeros imitasen su ejemplo; pero una bala le dejó en el sitio. Los rusos se precipitaron en peloton, y consiguieron apoderarse de la bandera que la pasaron de mano en mano hasta sus últimas filas. Fácil es imaginar el efecto que esto produjo en los soldados del 6.° regimiento. El coronel M. de Camas, se lanzó en medio de los rusos, y murió á bayonetazos; pero le siguieron los soldados y se tra-

vó á su derredor una lucha espantosa. "A la bandera, hijos mios; habia gritado el bravo coronel antes de morir; á la bandera repitieron oficiales y soldados, y los rusos se vieron arrollados. Dos oficiales, el teniente coronel y un gefe de batallon rescataron la bandera al grito de *¡viva el Emperador!* Ellos cayeron, pero los rusos fueron repelidos, y la bandera quedó en nuestro poder."

"El 18 de Junio en el ataque de Malakoff, el coronel Picard del 91.° de línea, ve caer su bandera bajo una descarga de metralla. La levanta, el asta del glorioso trofeo estaba hecha astillas, y otra vez en manos del abanderado donde la metralla la rasgó; se tocó retirada. El coronel Picard habia recibido tres heridas, una de bayoneta en la cadera derecha, otra en el vientre de un casco de bomba, y otra en el pecho de una pedrada. Debilitado por el derrame de sangre dificilmente se arrastra apoyado sobre un zapador: aun en este estado el coronel no quiere dejar su puesto antes de haber visto su bandera; se la traen, la toca con sus manos, y hace que se la lleven por delante!"

El teniente Poussin habia reemplazado á Poidevin en el 39.° de línea como abanderado, y era digno de esta herencia.

Despues del infructuoso ataque contra el bastion central, un capitan del regimiento

se encontraba entre los heridos que habian quedado mas allá de las trincheras y casi al pié del bastion. Poussin pidió soldados decididos para rescatar á este oficial: cuatro respondieron inmediatamente á su invitacion. Muchos amigos de Poussin le suplicaban que lo retardase una ó dos horas, pero toda dilacion aumentaba el peligro de aquel á quien queria salvar. Salió del parapeto, llegó al herido é hizo que le condujesen; pero apenas habia dado algunos pasos para volver, cuando cayó muerto: los soldados y el capitan herido llegaron á la trinchera sin novedad.

Este jóven oficial, natural de Blaury (Ardennes), escribia á un eclesiástico hermano suyo, algunos dias antes de su muerte, llorando á otro hermano muerto el 29 de Agosto á la edad de 18 años: "Yo tambien ofrezco gustoso el sacrificio de mi vida. No espero verte mas á no ser que una bomba me lleve una pierna ó un brazo, que es casi lo único que puedo esperar. Sea lo que fuere, cumpliré con mi deber hasta el fin, lleno siempre de confianza en Dios y en el filo de mi espada.

"En el cuartel olvidamos á veces nuestros deberes: aquí volvemos á ser verdaderos cristianos. Te envio la cruz rusa que llevé á Malakoff, pero con la condicion de que

tú me envies otra. He recibido tus medallas, dos tengo pendientes al cuello, y las otras dos acompañaron á mi pobre hermano á la sepultura. Ruega á Dios por el descanso de su alma."

III.

Un hijo de Saint-Brieuc, Tardivel, gravemente herido al pié de las murallas de Sébastopol, escribia á su padre despues de haber sufrido la amputacion de un brazo.

"Mi querido padre:

"Cuando escribí mi última carta me encontraba bien sin haber tenido aun ningun accidente; pero Dios no ha querido que siga siendo lo mismo, hágase su voluntad. El viernes á las ocho y media de la mañana llegó desgraciadamente una bala de á diez y ocho, que me dió de rebote, y me llevó el brazo izquierdo, mató á un sargento que estaba á mi lado, y fué á herir en la cabeza á un valiente soldado que se hallaba á alguna distancia. En seguida me llevaron al hospital de la trinchera y me amputaron el brazo. Los cirujanos de guardia me habian preguntado si queria que me operaran dormido, y yo les habia contestado: "quiero ver si aun tengo valor para sufrir la amputacion." En efecto la he sufrido como un hom-

bre, pero no sin padecer mucho, ruego á V. lo crea. En mi desgracia he tenido una fortuna, porque no he esperimentado un instante de fiebre, y desde entonces mi curacion va cada dia mejor, de modo que ya me puedo creer en salvo. Si he aguardado hasta hoy para escribir á V. ha sido para poder decirle que voy muy bien. El doctor está sorprendido de ver la prontitud con que se me ha curado el brazo, y me asegura que no hay cuidado alguno. Tengo buen ánimo, buen corazon y buen apetito, como y bebo como si estuviera en plena salud, es muy poco lo que sufro, y por tanto espero que me enviarán á Francia dentro de quince ó veinte dias.

"Mis buenos padres, tomen Vds. este mal como un bien, no se apesadumbren Vds. porque yo no lo estoy: este accidente servirá para que vean Vds. pronto á su hijo, y yo, á decir verdad, no lo siento mucho. Con mi pension y destinillo cualquiera seré feliz, y aun me queda mi brazo derecho, que está bueno y robusto. Mi amado padre, pienso que le pasará á V. lo que á mí, que no se entristecerá por este revés; y pues que Dios lo ha querido cúmplase su voluntad!"

IV.

M. de Villeneuve, jóven teniente, á quien la posesion de una gran fortuna no habia podido impedir que anduviese tras las fatigas y peligros de una campaña lejana, fué herido de un tiro, que le destrozó la parte inferior de la cara, al avanzar contra Malakoff. Sin embargo se presentó al asalto, y quiso subir á la cabeza de sus soldados con la barba sostenida por un vendaje. Otra bala le atravesó la carne de un brazo, y aun se negó á retirarse. En seguida recibió un bayonetazo en el vientre, y continuó obstinado en no dejar el campo de batalla, en el que cayó al fin muerto de un balazo que le atravesó el pecho.

V.

Al número de muertes heróicas que los diarios han dejado consignadas es preciso añadir la de otro Villeneuve, el marqués de Villeneuve Trans. Este jóven se alistó voluntariamente, y era sargento de zuavos. El *Moniteur* al anunciar que M. de Villeneuve habia sucumbido, le hizo un justo homenage, y probó, que su primer cuidado

habia sido decir: "Escribid á mi madre, que estoy en estado de gracia."

M. Gstalter, canónigo de Argel, capellan mayor del 3.er cuerpo del ejército de Oriente dirigió despues á la Sra. de Villeneuve, que le habia preguntado como habia muerto su hijo, una carta de la que á continuacion insertamos algunos pasages.

"Una mañana el jóven marqués de Villeneuve Trans despues de una noche de mucha mortandad en la trinchera fué llevado como herido al hospital de la 2.ª division del 2.° cuerpo, á cuyo servicio me hallaba yo entonces. Acababa de recibir un golpe de un casco de metralla, y un fusilazo fuerte en la cara. Llegué al pie de la cama en el momento en que rodeado de cirujanos estaba chorreando sangre, pero firme y sosegado, sin dar señales con el menor quejido de los padecimientos atroces que sufria bajo el cuchillo y la aguja de los profesores; al ver que me acercaba me tendió la mano con muestras amistosas, y esforzándose para pronunciar algunas palabras, que no pudo articular distintamente. Todo el frente de la boca y la quijada derecha estaban horriblemente destrozadas. Así que le dejaron solo me acerqué á él para ofrecerle los socorros de toda especie que su situacion podia exijir. Muy fácil me fué el desempeño

de mi ministerio. Aquel jóven religioso se habia confesado el dia anterior, y su conciencia estaba tan pura como su hermosa alma. No viendo los facultativos en su estado peligro ni próximo ni remoto, y siendo las heridas de la cara las que mas fácilmente se curan en la edad que tenia el enfermo, le procuré avios para escribir. Viendo el ardor con que estendia su correspondencia creí de mi deber el recordarle que se hallaba muy débil, y aconsejarle un rato de reposo despues del rudo ataque y la copiosa pérdida de sangre que habia esperimentado. Me respondió con melancólica ternura; "P. cura, nadie se cansa jamás de escribir á su madre." Eran entonces las cinco de la tarde. Le trajeron una taza de caldo, que tomó no sin esfuerzo, y un poco de vino. Le dejé al anochecer feliz y contento, casi alegre, deseándole una buena noche. ¡Ay! que ya no debia volver á verle vivo. Hácia la media noche al volverse en la cama de un lado á otro, espiró dulcemente sin imaginarlo siquiera y sin esfuerzos ni agonía á la vista de un buen enfermero que tenia órden de velarlo constantemente. La ocurrencia habia sido bastante extraordinaria para no llamar la atencion de los profesores del arte. M. Felix, Médico en gefe, que habia querido asistir él mismo al pobre paciente hizo la autopsia de

su cuerpo, y ¡cosa increible! se encontró descansando sobre el diafragma–(perdonad, señora, los nombres bárbaros de que tengo que valerme para darme á entender)–se encontró un pedazo de hierro, que sin que nadie lo sospechara habia pasado la laringe, atravesado los conductos del pulmon, y causado entre otros trastornos un derrame interior muy considerable. Este proyectil enorme, que con harto sentimiento he tenido en la mano un largo rato, fué recogido por no sé quien, por M. de Dampierre segun creo para enviarlo á Francia.

"Al dia siguiente presidí al modesto funeral del difunto, quien gracias á sus buenos amigos, tuvo el privilegio de ir en un ataud, construido de cajas de galleta. Aquella misma mañana debajo de la tienda en frente de la colina verde, en donde duerme al lado de otros muchos compañeros de gloria, ofrecí, no sin emocion, el Santo Sacrificio de la Misa por el alma de este jóven, á quien no habia conocido mas que un solo dia, pero que me habia inspirado desde el primer momento grande aprecio y estimacion. Reposa en tierra lejana, pero consagrada, y hoy francesa y conquistada con su sangre; reposa en una tumba separada que os lo devolveré, señora, cuando llegue el momento oportuno, á fin de que sus hue-

sos triunfantes puedan reunirse en la bóveda de la familia con las cenizas de tantos valientes caballeros y de tantas nobles señoras, que han ilustrado su raza, y cuyo honor antiguo se estremecerá al contacto de tan nueva gloria.

"Para concluir, señora marquesa, me preguntais como muger fuerte y madre cristiana, *si confio en que el alma de vuestro hija está en el cielo*. El dudarlo solo por un instante seria, señora, un pensamiento impío, porque seria dudar de la justicia de Dios en la retribucion futura.

"¡Ni para quién estaria entonces destinada la mansion de los bienaventurados, si no lo estuviera para estas almas amables, excelentes, llenas de todas las cualidades que requiere el Evangelio, almas que llevan el vigor de la virtud, y la sed de la abnegacion hasta el olvido, hasta el sacrificio de sí mismas!"

VI.

He aquí un ejemplo tierno de resignacion: lo encontramos en una carta escrita al Excmo. Sr. cardenal arzobispo de Burdeos publicada por el *Guienne:*

"Monseñor:

"Un humilde y oscuro soldado se atreve

á dar gracias á V. E. por la buena acogida con que se dignó honrarle en otra ocasion.

"El 20 de Octubre último delante de Sébastopol una bomba enemiga vino repentinamente á quitarme la facultad de *oir* y de *hablar!*... Los tímpanos del oido fueron destrozados. Ved aquí, Monseñor, en qué circunstancias: el batallon vigilaba á retaguardia de la gran batería para defenderla en caso de ataque. Estábamos colocados de dos en dos y de tres en tres en agujeros de emboscada abiertos al efecto. Hácia las nueve de la mañana uno de esos enormes proyectiles llegó hasta el agujero en que me guarecia, y siendo el terreno un poco pendiente rodó á dentro: la mecha aun ardia, me acerqué para arrancarla ó apagarla, pero todo fué en vano; entonces me tendí apoyando la cabeza en la tierra á tres ó cuatro pulgadas de la bomba que inmediatamente reventó siendo terrible la esplosion. Debí quedar muerto; el granadero que estaba á mi lado murió quemado, achicharrado y hecho pedazos sin conservar ninguna forma humana. Cuando recobré el conocimiento busqué con las manos mi cabeza, creyendo por bastante tiempo que estaba sin ella; de las orejas me salia la sangre en abundancia, me veia todo ensangrentado.

"No me quejo. ¿Qué soy yo en compara-

cion de tantas nobles víctimas que se han sacrificado ya en honor de la Francia antes de la hora del triunfo definitivo, que Dios mediante, no está lejos?

"Mi amargo pesar es, Monseñor, no poder unirme á mi bandera y verme ya separado para siempre de mis intrépidos compañeros. "*V. Tourveille*,

sargento del 39 de línea."

"¡Qué sentimientos tan nobles, decia al publicar esta carta el redactor principal de la *Gaienne* M. Justin Dupuy, son los de este soldado que deplora sus enfermedades, no por lo que le tocan, sino porque le privan de batirse al lado de sus hermanos de armas, y de participar de sus peligros y sus glorias!"

VII.

Al comenzar este capítulo me propuse darle un carácter menos grave que á la mayor parte de los que le preceden. Falto á mi propósito. Es que la guerra dispone poco los ánimos á reirse. Sin embargo, como ya he observado en uno de los primeros capítulos de este libro, algunos han hallado medios de presentar la campaña de Crimea como cosa divertida, y para comprobar este descubrimiento han producido anécdotas

agradables y frases muy felices. Aquí tenemos ya con que hacer divertida nuestra relacion.

Desgraciadamente cuando se examinan las cosas de cerca, se conoce que la imaginacion ha presentado gran papel en estas agradables diversiones: tal palabra chocarrera y heróica al mismo tiempo, tal pulla mas ó menos feliz, que nos dan á título de *hechos*, son algunas veces recuerdos, sin duda involuntarios, de publicaciones ligeras, y aun de almanaques añejos. ¿Cuántos diarios de caricatura no han emprendido la tarea de atribuir á nuestros soldados un juego de palabras equívocas, dichos picantes y ademanes de pantomima? Y sin embargo, lejos de ver un perjuicio en ello, conocemos que esto forma parte de su profesion, que se les puede escusar recordando el proverbio: "No se presta sino á los ricos." Pero cuando se reunen, como lo hacemos nosotros, documentos que la historia deberá consultar, es preciso proceder con reserva. Decimos esto á fin de que no se nos tache de haber dejado incompleta nuestra relacion, cuando solamente usamos una reserva legítima. Lejos está de nuestra intencion en negar que en las trincheras hubiera risas y juegos, lo que decimos es que se han inventado cuentos ridículos sobre este particular. La ver-

dad es que se hallaban allí para batirse y para morir, posicion que deja poca holganza, y no se presta á diversiones. Se muestra mas valor pensando en la muerte, y mirándola con reflexion, que esforzándose á no olvidarla. No obstante, y para probar que no somos esclusivos, reproducimos algunos pormenores del género alegre que dá un escritor que se ha dedicado especialmente durante su permanencia en el campamento á ver y á pintar el lado pintoresco de las cosas; pero que habiendo hecho sus estudios en el sitio mismo, ha sabido evitar el esceso que hemos notado. Entremos pues en las trincheras. "Los recien llegados examinan, preguntan, aventuran con rapidez una mírada, no están acostumbrados á este perpétuo ruido del cañon que ruge, ni á la bomba que pasa como un torbellino. Cuando una bala que viene de las emboscadas enemigas roza con los parapetos, el recluta *saluda* involuntariamente, es decir, inclina la cabeza al silbido del proyectil.

"...Hola! corderos mios, dijo un antiguo sargento tocando las espaldas de un recien llegado, aun os permito hoy *saludar* por todo el dia, teneis ese derecho: pero despues abandonemos estas señales de respeto, que no son propias de un francés."

"El recluta no dijo nada, no estaba con

humor de chancearse; á la tercera guardia ya serán todos soldados viejos, que embromarán á los nuevos.—A cada cual le llega su vez."

"¡A cuántos sin pelo de barba he visto rompiendo el cartucho como veteranos!

"El otro dia mientras los tiradores disparaban sus fusiles en las troneras, los soldados jugaban al tapon en la trinchera. El general de servicio pasó, y todos corrieron á sus puestos.—"No os incomodeis, dijo el general, continuad, hijos mios, es preciso distraerse un poco. Vamos á ver quién gana; y bajándose puso sobre el tapon una moneda de oro. Juzgad si la partida tomaria interés (1)."

Un soldado habia sido reprendido severamente por su comandante. Una salida de los rusos tuvo lugar la noche siguiente. Despues del combate se acercó el soldado á su gefe y le dijo: "Mi comandante, espero que me perdonareis, tengo dos balas en el cuerpo." Esta anécdota se aleja un poco del estilo bromista, y la que sigue no nos conducirá á él: sin embargo, creemos que se nos agradecerá el que la dejemos consignada.

"El coronel de servicio en una trinchera,

(1) Baron de Bezancourt. Cinq mois au camp devant Sébastopol.

ante la cual se habia batido la víspera, accedió por equivocacion á una suspension de hostilidades á fin de recoger y enterrar á los muertos. Grande fué la ira del general en gefe, grande fué la irritacion del general Pélissier, que mandaba entonces el primer cuerpo del Ejército. El coronel debia ser castigado severamente; pero entre los muertos recogieron á un herido. Toda la cólera del general Pélissier desapareció al saber esta noticia, y escribió al general en gefe: "No tengo valor para castigar una falta, que ha salvado á un hombre." (1)

No, no se debe buscar el carácter particular de nuestro ejército de oriente en las relaciones, que parece salen del viejo molde en que por tanto tiempo se ha vaciado el busto del veterano. Nuestro ejército se muestra digno de sus antepasados por su valor, su impetuosidad, su entusiasmo; pero ha seguido la verdadera ley del progreso: el conjunto de sus actos, y, si es lícito esplicarse así, su vida privada, revelan en él tendencias elevadas, sentimientos cristianos, que le aseguran en nuestra historia un lugar particular y privilegiado.

Concluyamos esta materia insertando

(1) Baron de Bezancourt. Cinq mois au camp devant Sébastopol.

una carta escrita por el general Bosquet á un amigo suyo criollo de la Isla Mauricio, carta que apareció por primera vez en el *Journal-de-la-réunion*, y que el *Univers* ha reproducido.

"Mi querido....

"Vengo á apretaros la mano sin apearme porque mi suerte es la de los condenados, que marchan siempre sin descansar jamás en las buenas paradas de la vida, llevando conmigo buenos recuerdos y sentimientos, el de vuestro corazon de oro, constante amigo mio; y vuestro piadoso pensamiento de asociar mi nombre al vuestro en las oraciones de vuestra santa madre se me vino á la memoria con frecuencia para reconciliarme con los engaños de esta vida; y en pensamiento os la he escrito bastantes veces dandoos las gracias por haber hecho aceptar á vuestra señora madre los sentimientos de un soldado muy respetuoso, lleno de agradecimiento y confianza en sus oraciones.

"Ya se me iba olvidando vuestro regalito, que ha sido bien recibido, y muy bien apreciado.

"Acércase la hora en que ha de decidirse si se acaba la guerra, ó si se estiende por toda la Europa. Aquí en este pequeño rincon de la tierra la hora suprema está tambien muy próxima.—Cúmplase la voluntad

de Dios.—En cuanto á mí, despues de haber besado la cruz de mi esqada, aguardo con confianza, y estoy pronto.

"Os abrazo, mi querido..., desde lejos, pero de buen corazon.

"*General Bosquet.*

"17 de Abril desde Crimea."

CAPITULO XIV.

EN EL HOSPITAL.

Las Hermanas de la Caridad habian dejado sus escuelas en Levante para ir al socorro de nuestros soldados. Se las veia por todas partes, siempre dispuestas, activas, tranquilas y alegres. Sin embargo su número no era suficiente para el cargo que tenian que desempeñar, y que es muy importante Era necesario reclutar tambien este ejército de la caridad. El gobierno, enterado de la necesidad y de la urgencia por los gefes del ejército de Orienta, pedia refuerzos al superior de la congregacion, y el *Moniteur* publicó la nota siguiente el 23 de Agosto de 1854.

«El mariscal ministro de la guerra ha apelado al celo de las Hermanas de San Vicente de Paul para ir á cuidar á nuestros soldados en los hospitales del ejército

de Oriente. Esta invitacion ha sido aceptada y 25 mugeres santificadas van en el correo próximo á Marsella para embarcarse: otras 25 seguirán despues, y la digna superiora ha dado esperanzas de poder enviar hasta 100.»

Esta promesa se cumplió y aun mas; pues á medida que crecian las necesidades, las hermanas encontraban en su celo nuevos recursos. Sin duda han sido sensibles á la expresion del reconocimiento del gobierno, expresion renovada varias veces; pero es en la conducta de nuestros soldados, donde las hermanas han encontrado la única recompensa que desean en la tierra: el fin á que se dirije su trabajo es la gloria de Dios y de su Iglesia. Este valor, que admira á todo el mundo tiene su apoyo en su fé, en el ardiente deseo de atraer al respeto y á la práctica de la Religion á los heridos y enfermos confiados á su cuidado.

Esta mision espiritual se ha visto y continúa viéndose coronada todos los dias por los mas felices resultados. Ya hemos dado de ello algunas pruebas: ahora vamos á dar otras.

Una de las hermanas de la caridad dirijió la carta siguiente á un tio suyo, cura de G. en el distrito de *Maine-et-Loire*, que la ha hecho publicar en la *Union de l'Ouest*.

«Constantinopla 4 de Octubre de 1855.

«Mi muy respetable tio.

«Aunque habia prometido á Vd. escribirle pronto, hasta hoy no me ha sido posible dar noticias de mi persona: mis ocupaciones van haciéndose mayores cada dia, sobre todo hoy, que me hallo, no en el hospital militar sino en el *campamento de las maniobras*, donde tenemos 14 barracas de 80 camas cada una sin contar las tiendas y pabellones.

«Aquí, querido tio, sobre todo del lado del Mar Negro las lluvias y los vientos no tienen nada de calientes. A pesar de lo bien provista de mi ropa de invierno, me resfrio muy fácilmente. Tenemos gran número de heridos que asistir. Todos están alegres con la toma de Sébastopol; ¡y su gozo por su victoria es tal, que nada les importan sus heridas! Tambien tenemos un buen número de rusos. Oh! aseguro á V. que se encuentran aquí muy contentos con las hermanas polacas, que entienden algo su idioma: cuando oyen que se les acercan no saben qué hacer para mostrar su agradecimiento; les besan las manos, los hábitos, y ensayan todos los medios de manifestar su júbilo... ¡Ah! Si tendrán nuestros pobres prisioneros un consuelo semejante! De los que han estado allí solamente unos pocos han dicho, que lo han pasado bas-

tante bien, la mayor parte dicen lo contrario. Un oficial que estuvo allá cinco ó seis dias me ha asegurado que habia estado muy mal, pues se veia obligado á ir él mismo por las calles buscando aquí y allá hilas para sus heridas y pagándolas muy caras.

«Tambien es preciso que cuente á Vd. mi querido tio, algunos rasgos de nuestros buenos soldados que llegan de Crimea. No citaré sino alguno que otro, y crea V. que semejantes sentimientos de fé están aquí á la *órden del dia.*

«Todos los militares aman á la *Sma. Virgen.* Simples soldados y oficiales, todos, dicen, que es preciso atribuir á María una victoria tan magnífica. Tienen en su *medalla* una confianza sin límites, y he aquí lo que siempre nos piden:«*¡hermana, hermana, me decia uno de ellos, he perdido mi querida medalla!! ¡oh! dadme una.—Dádmela á mi, os suplico,* me decia otro, *dadme una medalla para ponerla en la cadena de mi reloj, ella me traerá dicha.*»

«Hace algunos dias pregunté á un herido como habia podido evitar todos los peligros por los cuales nos constaba habia pasado: ¡oh! hermana mia, me respondió con alegria y reconocimiento, *es que tengo la medalla de la buena Virgen, que mi pobre madre me hizo tomar con una carta. Me enco-*

miendo diariamente á ella, y siempre al dormirme me figuro ver una gran señora, que aparta de mi todos los proyectiles que tiran los rusos.

«Hay en el hospital un oficial superior y un capitan de cazadores, que tenian cierta conversacion que nosotras entendíamos fácilmente. «¡Sabeis, decia el primero, que podia muy bien haberme quedado en el sitio! mi herida es grave! Pero lo mismo da! creo que debo la vida á *mi medalla*; ella me ha salvado. Así es, que cuando me mudo la ropa interior, si se me olvida tiemblo, y tengo miedo mientras no la recojo; sin ella no soy nada!» Y el otro oficial le aplaudia francamente.

«¡Oh mi querido tio, ¡qué fé se encuentra en nuestros bravos! Mire Vd., asistia yo á un desgraciado que tenia la espalda atravesada de un balazo; su herida era muy grave, y sufria horriblemente; yo procuraba consolarle. «¡*Oh! hermana mia*, me dijo cojiendo la cruz de mi rosario, *Aquel que en otro tiempo estuvo clavado á una cruz sufrió mas y era inocente*!»

«Un oficial cubierto del sudor de la muerte se reconvenia á sí mismo delante de mí por haberse quejado de *frio*, y pedia á Dios que lo perdonase.

«Concluyo: mucho mas pudiera decir de estas ocurrencias, que escitan el alma á ser-

vir bien á Dios. Dígnese Vd. mandarme en cambio de esta carta un buen acopio de medallas. Ya no tengo mas que dar, y ayer y anteayer las prometí, esperando que pronto nos dará Vd. á conocer su generosidad. Adios, mi buen tio, ruegue Vd. por su sobrina que quiere de veras hacer todo género de sacrificios para poder estar un dia á su lado en el cielo.»

Refiramos algunos otros casos.

En el hospital de Gul-Hané, ó del Serrallo, habiendo observado una hermana las lágrimas y los suspiros que se escapaban á uno de sus enfermos, se aproximó á él para consolarle. Tenia en la mano un libro de meditaciones sobre la pasion de N.S. Jesucristo. Acaso la gracia no le habia encontrado jamás mejor preparado, ó jamás habia reflexionado seriamente hasta entonces en la intensidad de los dolores que sufrió el hombre Dios, de modo que estaba enteramente preocupado y enagenado por esta idea determinada.—¡Y bien! ¿por qué llorais, amigo mio? ¡*Ah! los malvados le cubrieron de bofetadas, eso es demasiado, hermana mia!* Nuestro bravo soldado reproducia sin saberlo el acto lleno de fé del valiente Crillon, y de los franceses compañeros de armas de Clodoveo.

* * *

Un jóven soldado de la Alsacia, no pu-

diendo esplicarse en francés, queria confesarse por intérprete, y cuando acudió al capellan ya se habia entendido para ello con un camarada suyo. Semejante ejemplo se ha repetido muchas veces en los diferentes hospitales, escribia el santo sacerdote de quien tomamos este caso.

* * *

Un zuavo á quien quedaban pocos dias de vida recibió exhortaciones de una religiosa, encaminadas á que arreglase su conciencia; pero, como otros muchos, queria dejarlo para mas adelante añadiendo: ¿y qué dirian mis compañeros si vieran que yo me confesaba? ¡Cómo! le dijo la hermana, ¿los zuavos que son tan valientes, que esponen su vida sin miedo, no se atreverian á servir á Dios? Teneis razon, Hermana mia, le respondió, es necesario ser cristiano para todo lo bueno. Desde este momento se preparó á cumplir con sus deberes, y no pensó mas que en la vida eterna.

* * *

El viernes santo se habia dado una racion de carne á cada uno de los enfermos del hospital de S. José. Ninguno de ellos la tocó.

Los convalecientes no quisieron comer en todo el dia sino pan, los otros se proveyeron á sus espensas de frutas secas.

Semejantes ejemplos de respeto y mortificacion se vieron generalizados en los hospitales y en el campamento.

* * *

Llegan ocho moribundos al hospital; uno de ellos se niega á confesarse: la hermana coloca una medalla de la Vírgen debajo de la almohada del pobre enfermo. Algunas horas despues llama el soldado á la hermana, y le dice ¿se muere uno aquí como los perros? soy cristiano y quiero confesarme. Ayer os lo propuse y me digísteis que no, respondió la hermana, y aun mas, despedísteis al sacerdote. Es verdad y me pesa, que venga ahora.... Se confesó y miró á la muerte sin espanto: no siento la vida, decia, porque espero otra mejor. Poco despues dejó de existir.

* * *

Socorriendo á un pobre colérico que siempre tiraba la ropa que le cubria, una hermana le amenazó muy dulcemente con enojarse si no se portaba mejor.—¿Por qué enojarse? respondió el paciente con voz tranquila y penetrante, yo no me incomodo nunca, y todo marcha lo mismo que si me enojara. Cuando el servicio es penoso en lugar de jurar ruego á Dios. ¿No vale mas esto? En los seis meses que llevo de servicio no he faltado nunca á mis oraciones, y durante el dia rezo con frecuen-

cia y estoy contento. Así cuando vino el señor cura á confesarme le dije: quiero hacerlo, pero escasamente encuentro de qué... ¡Pronto sucumbió muy contento de ir á ver al buen Dios!

* * *

Se le pidió á un soldado que fuese por la mañana á la capilla para ayudar á misa. Era un convaleciente; pero su celo le hizo levantarse demasiado temprano, cogió frio, y recayó con gravedad. Los médicos le desahuciaron, y la Hermana estaba desconsolada.—No os atormenteis, hermana mia, le dijo el soldado, no vos, soy yo quien tiene la culpa de haber salido antes de la hora. Si es preciso morir cúmplase la voluntad de Dios; pero tranquilizaos, que de esta no muero. Dadme un escapulario porque he perdido el mio. Durante tres dias fué agravándose sucesivamente, pero al fin el peligro desapareció, y pronto pudo volverse á Francia.

* * *

Un sargento mayor, que por su instruccion y su ánimo ejercia cierto ascendiente sobre sus camaradas, entró en la sala del hospital á las once de la noche. Dos de sus compañeros le preguntaron de dónde venia tan tarde. Vengo de confesarme, les dijo; y os aconsejo que hagais vosotros lo mismo. Algunas palabras medio burlescas

se dejaron oir.—Lo que acabo de hacer debí haberlo hecho mucho antes, advirtió el convertido, nunca me he sentido tan feliz; mañana comulgaré.—Todos se callaron, pero en el fondo de los corazones tenia lugar una lucha fecunda en frutos de salvacion.

* * *

Es necesario saberse limitar aun en los puntos en que todo el mundo desearia que se estendiese la narracion. Mas aunque no queremos dejar en olvido esta regla, se nos permitirá sin embargo recordar algunos hechos mas.

El comandante Coné, uno de los héroes de la batalla de el Alma, en la que perdió el brazo derecho, ha muerto en Constantinopla despues de un padecimiento muy largo, y cuando acababa de comunicársele su nombramiento de teniente coronel. El R. P. Gloriot nos va á contar sus últimos instantes. La carta que citamos está escrita en Constantinopla el 27 de Enero de 1855, y va dirigida á uno de los parientes de M. Coné.

«El miércoles último 27 del corriente á las nueve de la noche, el criado del comandante llegó muy apresurado á mi cuarto, y me dijo con voz conmovida.—«Señor capellan vaya V. á ver al comandante que está muy malo y desea verle.» Era tarde,

el tiempo espantoso y la distancia considerable. El comandante Coné en su lecho de dolor calculaba todas estas dificultades y decia á la hermana que le cuidaba: «Mucho siento incomodar al Sr. capellan á esta hora, pero temo no llegar al dia y no quisiera morir sin reconciliarme con Dios.»

«Cuando entré en el cuarto del enfermo me chocó la alteracion de sus facciones, y acabé por creer que no habia esperanzas de salvarle la vida.-Tenia en su mano izquierda, la única que le quedaba despues de la amputacion, que habia sufrido, un crucifijo, que la hermana de la caridad le habia dado. De aquí tomé ocasion para exhortarle á llevar las penas con paciencia á ejemplo de Jesucristo crucificado. «¡Oh! Sr. capellan, me dijo, este crucifijo es mi único consuelo...!» Durante los dias que sobrevivió tuvo constantemente aquel crucifijo en la mano y sobre el pecho.

«El general Larchey, el intendente general, M. Benedetti encargado de negocios de Francia y M. Lévi médico en gefe del ejército, vinieron á visitarle sucesivamente todos vieron aquel crucifijo, en que el comandante parecia confiar mucho, y quedaron singularmente edificados. No me costó trabajo el persuadir á nuestro querido enfermo á que se confesara.-Esta confesion fué larga, aunque yo puse de mi

parte todo lo posible para abreviarla á causa del estado de debilidad en que el enfermo se encontraba; pero decia, que deseaba no quedar con remordimientos de un acto tan importante.

"Cuando entré en su cuarto para administrarle el Santo Viático se descubrió la cabeza, y comenzó á rezar en voz baja algunas oraciones.... Recibió el Santo de los Santos y la extremauncion con sentimientos de fé y de piedad, que edificaron notablemente á todas las personas que asistieron á aquella ceremonia. En el momento de separarme de él para volverme al hospital, le dije. "Os veo muy contento, mi comandante.— ¡Ah! padre, me respondió con voz enternecida: sí, estoy contento, nunca en mi vida me he sentido mas feliz.... Moriria sin sentimiento alguno si no tuviera una muger y dos hijos de tierna edad...." Despues apretándome fuertemente la mano añadió: "Os doy gracias por haber venido, si no os hubiera visto esta noche, creo que antes de amanecer me hubiera muerto de miedo de morir sin Sacramentos." Durante el resto de la noche espresó los mismos cristianos sentimientos á la hermana que le asistia, y estuvo constantemente rezando.

"La víspera de su muerte le dijo una hermana despues de haber rezado algunos

instantes al lado de su cama: "Rezad mucho á la Vírgen Santísima, y á Sta. Ana, Patrona de los Bretones, á fin de que os obtengan la gracia de que os pongais bueno.—Sí, respondió, Santa Ana es la Madre de la Madre de los pobres afligidos.... Le ruego que interceda por mí para que regrese al lado de mi muger y de mis queridos hijos."

"Un jóven gefe de batallon, M. de Cormelier de Nantes, que se encontraba en el mismo hospital, le habia enviado agua de la Salette, y bebió de ella con confianza resignándose á la voluntad de Dios.

"El sábado á eso de las tres de la tarde el general Larchey entró en su cuarto á anunciarle que acababa de ser nombrado teniente coronel. Este nombramiento, que habia aguardado con impaciencia, pareció haberle causado una gran satisfaccion. "Es muy tarde para mí, respondió, pero se lo agradezco mucho al gobierno por haber pensado en mí, y sobre todo en mi viuda y en mis hijos." En fin, el domingo al medio dia fuí á verle otra vez, me conoció perfectamente: le dí la enhorabuena por su ascenso, le dirigí algunas palabras animándole, y me retiré. No hacia cinco minutos que habia salido, cuando llegó su criado corriendo á anunciarme que se moria.... Aun tuve tiempo para echarle la última absolucion, y

mientras leia yo la recomendacion del alma exhaló su último suspiro....

Hoy se han celebrado sus honras: el general Larchey ha pronunciado sobre su tumba el elogio de sus virtudes militares. Ayer en una asamblea numerosa compuesta de soldados y oficiales de todas graduaciones, hablé de los sentimientos religiosos que habia manifestado en su última enfermedad: mis palabras fueron acogidas con la emocion mas viva, y vi correr muchas lágrimas á mi alrededor.

"El comandante Coné era universalmente estimado, todo el mundo elogiaba su admirable energía de carácter y sus virtudes guerreras. Sus últimos momentos han sido señalados por gracias tan estraordinarias, que no puedo dudar un instante de su salvacion.

¡Ah! qué dulce y hermosa es la mision de que estamos revestidos en nuestro admirable ejército de Oriente! Si algunas veces las fatigas son escesivas, ¿no quedan muy bien compensadas con los consuelos que esperimentamos al lado de estos valientes moribundos?"

El lector ha visto ya en la carta del R. P. Gloriot el nombre de Cornulier. Este oficial que enviaba agua de la Salette á su compañero de armas, proclamando de este modo su profunda devocion á la Vír-

gen Santísima, estaba destinado á morir pocos meses despues. Cedamos la palabra á uno de sus amigos, M. Humbert de Lambilly, y nos dirá como se baten los soldados que se confiesan.

"M. Alfredo de Cornulier-Lucinière cayó muerto de las 12 y 30 á la una de la tarde. El asalto dado contra Malakoff á las 12 en punto, habia tenido buen éxito, pero en este asalto no habia entrado su batallon: hacia las 12 y 30 la division Dulac, que habia asaltado el pequeño Redan á la derecha de Malakoff y lo habia tomado, se vió rechazada de repente por fuerzas considerables, y tuvo que abandonar el puesto. En este momento crítico fué cuando se dió la órden al batallon de cazadores de á pie de la guardia, colocado en *reserva*, de restablecer el aspecto de las cosas, tenia que atravesar cinco y aun seis paralelas; ó mas bien líneas de trincheras francesas, antes de llegar á la batería rusa, llamada *Bateria Negra*, situada entre Malakoff y el pequeño Redan. Atravesó inmediatamente á la carrera y bajo el fuego mas vivo de metralla y de balas todas estas trincheras llenas de soldados muertos, dejando en el tránsito algunos suyos. Una bala quebró el brazo á Mr. Gaullier de la Grandière, de las cercanías de Nantes, ayudante mayor del batallon, quien siguió mar-

chando con las tropas hasta que le mataron un poco mas allá dos ó tres segundos antes que á Mr. de Cornulier.

"En cuanto al comandante á la cabeza siempre y sin consentir que nadie se le adelantase. Llegó por fin al parapeto Ruso y al sitio llamado *Bateria Negra*, seguíanle sus zapadores, y oficiales de su estado mayor, pero fué el primero que subió al parapeto, y apenas llegado allí se volvió á sus cazadores blandiendo la espada y gritándoles; ¡*adelante*! no tuvo tiempo para pronunciar mas que la primera sílaba; las demás espiraron en sus labios: acababa de recibir un balazo en el costado izquierdo, en la cintura, como unas dos pulgadas mas arriba y delante de la cadera izquierda. Cayó inmediatamente del parapeto por el lado de nuestras líneas en el foso: la muerte segun el dictámen del médico, fué instantánea y sin padecimiento alguno. El batallon de cazadores de la guardia, que se componia de unos mil combatientes, tuvo 450 hombres fuera de combate. Yo ví enterrar cuatro oficiales, otros están casi espirando en el hospital.

"El pobre Mr. de Cornulier tenia en su rostro despues de su muerte una espresion de serenidad inefable, una tranquilidad semejante á la del que duerme reposadamen-

te tenia su brazo derecho estendido aun como cuando blandia su espada, y el izquierdo medio doblado conservaba la posicion que tenia cuando con la mano izquierda señalaba á sus soldados el sitio en que estaban los rusos.

"Ha muerto en el instante de gozar de su triunfo: su batallon se ha conducido admirablemente, y sus oficiales, que heridos cayeron á su lado, nos decian: *En esta jornada ha sido un gigante.* Por lo demás desde que se puso en marcha y durante toda la accion tenia una calma y una sangre fria tremendas. Los oficiales y los soldados se lo mostraban unos á otros en la trinchera algunos minutos antes de su muerte, viendo reventar á su rededor las bombas y los obuses sin siquiera volver la cabeza. Era uno de esos hombres raros, cuya sangre fria y energía toman mayores proporciones en medio del peligro. No hacia sino diez y siete dias que estaba en su batallon de la guardia, y ya se habia captado el cariño de todos. He oido decir á un soldado hablando con otro acerca de él: Era un hombre muy valiente, era el padre de sus soldados, como el mariscal Bugeaud. Un coronel habia dicho á Thorton hacia algunos meses: Cornulier es un hombre escepcional; acordaos de lo que os diga: si no muere aquí meterá

ruido en Francia." Yo por mi parte no puedo avenirme con la idea de que no existe."

Tomemos algunos trozos de la carta, que el R. P. Gloriot escribió algunos dias antes de su muerte (Marzo 1855).

"No hace mas que unos dias que un capitan de ingenieros murió en mis brazos. Cuando le hablé la primera vez no se encontraba dispuesto á confesarse: continué visitándole y conservando con él las mejores relaciones. En tal estado nos hallábamos cuando un domingo, el 20 de Marzo, dos amigos suyos, oficiales del mismo cuerpo, llegaron á visitarlo. Durante la conversacion observaron que el enfermo se debilitaba gradualmente: al momento vinieron á buscarme, y me comunicaron sus temores. Me presenté al enfermo, que por fin se decidió á confesarse. Acababa de dejarle para acudir á otros enfermos, cuando me mandó á llamar por medio de un enfermero, y desde entonces no consintió que le dejase un instante, sino cuando comprendia la necesidad de descansar un poco. Al oscurecer envió por mí la última vez, quiso volver á confesarse, y pronunció en voz alta el acto de contriccion, y como yo le aconsejara que bajase la voz: Dejadme, me respondió, mis escándalos han sido públicos, y mi reparacion debe tambien ser pública. Continuó

espresando los sentimientos mas hermosos y haciendo así derramar lágrimas á quince á veinte oficiales, que se encontraban en la misma sala hasta el momento en que espiró dulcemente con los labios pegados al crucifijo.

"Un oficial jóven del 3.° de zuavos habia recibido en el muslo un casco de bomba, que no tardó á poner en peligro su vida: veia aproximarse la muerte sin mas espanto que el que habia esperimentado en el campo de batalla. "A mí me toca ahora, me dijo, es necesario que me confiese, Sr. capellan, pero si Vd. no me ayuda jamás podré hacerlo." En el momento que le daba la estremauncion todos los oficiales de la sala se descubrieron; y cuando exhaló el último suspiro uno que estaba cerca de él me llamó y me dijo: "¡Qué cosa tan bella es la religion...! ¿A qué hora podré encontrar á Vd. en su cuarto? desearia confesarme...."

"Un sargento mayor voluntario, que pertenecia á una escelente familia, tuvo una recaida el mismo dia en que debia embarcarse para Francia y comprendió que no habia esperanza para él.

"Noche y dia se ocupaba en rezar. Él mismo pidió los sacramentos y durante la ceremonia respondia á todas las preces con un acento que enternecia á todos los solda-

dos que lo presenciaron. Quiso recibir el escapulario antes de morir. Yo iba á verlo de vez en cuando, y siempre me manifestaba el placer que le causaban mis visitas. «Si no pensara mas que en mí mismo, decia, quisiera enviar á llamar á Vd. á todas las horas del dia y de la noche; pero está Vd. fatigado, y además veo que debe Vd. sus instantes á los numerosos enfermos que hay en el hospital... Suplico á Vd. sin embargo, que cuando venga me enseñe alguna oracion jaculatoria á fin de tener algun pensamiento bueno de que ocuparme, por que ya no puedo leer mi libro de oraciones.» Un dia decia á la hermana de la caridad: «Hay un acto que no he celebrado, y que seria para mí de gran consuelo. Decidme os suplico, una fórmula de consagracion á la Vírgen Sma. que yo repetiré todas las palabras en el fondo de mi corazon.» Temia mucho las noches que le parecian demasiado largas y le aumentaban el dolor. La víspera de su muerte exhortándole yo á que tuviese paciencia y diciéndole que tal vez aquella noche seria para él menos penosa de lo que pensaba: «Dios la abreviará», me respondió con voz apagada: despues me dijo por señas, que sin duda moriria aquella noche, lo que en efecto aconteció. Antes de morir me habia recomendado eficazmente, que es-

cribiese á su pobre madre diciéndole, que habia muerto con los sentimientos que siempre habia tratado de inculcarle...!»

Estraemos los pasages siguientes de un artículo necrológico publicado en la *Union de l'Ouest*, sobre M. Elie de Jourdan, coronel del 2.° de cazadores de Africa, que murió de disentería en el hospital de Constantinopla.

«Educado por unos padres verdaderamente cristianos, á su enseñanza y á su ejemplo habia debido los principios sólidos de religion que jamás perdió durante su carrera militar, y que fueron su guía mientras existió, y su esperanza y consuelo en el dia de la desgracia. Su fé y su confianza en el poder y bondad de Dios nunca le abandonaban, y sobre todo se manifestaron del modo mas patente y palpable en su hora suprema.

«Despues de la desdicha que acababa de herir tan cruelmente su corazon, (la pérdida de su esposa) Elie de Jourdan se apresuró á reunirse con su regimiento para ahuyentar por medio de ocupaciones multiplicadas y diarias la dolorosa memoria que absorbia su pensamiento. Salió para Oran con sus dos hijos mayores, y confió al cuido mas que maternal de su madre política los otros seis niños, que ella misma habia criado. Algunos meses des-

pues le envió sus dos hijos, porque se le llamaba al teatro de la guerra de Oriente. Al frente de uno de los mejores regimientos de Francia, que habia sido mandado anteriormente por el general Pélissier, el coronel de Jourdan con su mérito distinguido, su energía y su ardiente deseo de probar su valor estaba destinado á prestar servicios grandes á su patria, y á ganar sin duda los entorchados de general en el campo de batalla.

«Desgraciadamente para los huérfanos que dejaba en el mundo y para su desconsolada familia la Providencia tenia decretada otra cosa. Pero ¿por qué quejarnos cuando él no se ha quejado lo mas mínimo de los decretos de Dios, que le llamaba á su lado? Apenas habia puesto el pie en la península de Crimea, cuando le atacó nuevamente la disentería que ya habia padecido en Africa. Su estado empeoraba de dia en dia, y á pesar de su constancia en no dejar su regimiento, le fué forzoso dejarse arrancar y conducir á Constantinopla. En el hospital de esta ciudad fué donde desde el lecho del dolor, el coronel de Jourdan desarrolló á los ojos de los que le rodeaban toda la hermosura de su alma. Esta última página de su historia es la mas brillante de toda su vida. Si nos fuese posible reproducir aquí todas las

cartas que la superiora de las Hermanas de San Vicente de Paul, encargada del cuidado de los enfermos en el hospital de Constantinopla, escribió á Mme. de la Potherie y á M. Amédée de Jourdan, ¡con qué espresiones tan tiernas y recomendables la veriamos describir la nobleza de los sentimientos del alma de su buen coronel, como ella se complacia en llamarle! pero en la imposibilidad de imitar la sencillez y belleza de su lenguage le cederemos por un instante la palabra para que cuente los últimos momentos del que nosotros lamentamos.

«Sí, escribia en último lugar á Mme. de la Potherie hablándole de su yerno, sí, tenia un alma hermosa, un corazon noble, era un hijo entregado todo al afecto que os tenia. La hermosura de su alma se descubria en su lenguage sencillo y modesto, y se dejaba ver con facilidad que la voluntad de Dios le comunicaba toda su fuerza. Con frecuencia repetia: ¡Oh Dios mio! Cúmplase tu divina voluntad! y esta calma perfecta reinó en él hasta su último suspiro. Su muerte fué el sueño del justo dormido en los brazos del Señor. El 2 de Octubre al medio dia fué cuando el buen coronel entregó á Dios su alma generosa como un verdadero santo, y en este concepto ¡qué bien tan grande no ha-

rá á su numerosa familia!»

La carta siguiente escrita en Traktir á 18 de Noviembre nos ha sido comunicada, decia el *Univers* en su número del 3 de Diciembre de 1855, por un amigo nuestro que se halla en Constantinopla. La publicamos tal cual se encuentra en el espresado periódico;

«Querida hermana:

«Voy á ofreceros mis gracias mas espresivas por el esmerado anhelo con que habeis cuidado durante su enfermedad á nuestro digno gefe el coronel de.... Es un consuelo para nosotros oficiales y soldados del 2.° de Cazadores de Africa el pensar que nuestro digno y muy lamentado gefe (hoy difunto) ha podido valerse de vuestras oraciones para pasar mas tranquilamente de la vida á la muerte. Verdad es que la muerte no podia sorprenderle. El fervoroso católico sabia mejor que nadie que no vivimos en la tierra sino para aprender á morir.

«Envidio, querida hermana, á los que mueren bajo vuestro cuidado. Porque Dios privilegia á las almas que le enviais. Sin duda que el alma de nuestro coronel, tan noble y tan pura se ha desprendido de la tierra para ir directamente al cielo.

«Desde la muerte de su mujer el coronel sufria mucho; su corazon vertia san-

gre, y su alma respiraba por su herida dolorosa.

«Rogad á Dios, querida hermana, por el alma de nuestro difunto.

«Dignaos recibir y ofrecer á vuestras queridas hermanas de comunidad, el homenage de mi profundo respeto.»

«¿Y qué os diré de nuestros simples soldados? escribia el P. Gloriot. Para ellos recibir los últimos Sacramentos y morir es la cosa mas sencilla del mundo: no tenemos necesidad de precauciones; mis dias se me pasan corriendo de un hospital á otro. Recibo de la hermana la lista de los enfermos, voy á verlos, los confieso y les doy la extremauncion; desgraciadamente el tiempo no nos permite darles el Santo Viático, siendo esta privacion muy penosa tanto para ellos como para nosotros: muchos nos espresan amargamente su sentimiento."

El R. P. Gloriot hacia constar en seguida, pero sin quejarse, que le era sumamente difícil atender á tantos cuidados. «Hace quince dias, decia, que enterramos de ocho á diez enfermos por semana. Siete ú ocho hermanas se han visto obligadas á mudar de aire: los médicos solicitan su retiro declarando que la constitucion mas robusta no puede resistir al trabajo de los hospitales. En medio de esta atmósfera de en-

fermos y de muertos se sostienen mis fuerzas, nunca he estado mejor que hoy.»

Las fuerzas del santo religioso debian abandonarle muy pronto; porque habia desempeñado ya su tarea en la tierra, y Dios queria darle su recompensa.

Reproduzcamos ahora una carta escrita en Constantinopla por un hombre consagrado á la Iglesia.

«Los capellanes están siempre entusiasmados de ver á nuestras tropas animadas de los sentimientos mas bellos en las enfermedades graves y al acercarse á la muerte. Hasta ahora ningun soldado se ha resistido á recibir los Sacramentos. Todos llevan la medalla de la Sma. Vírgen, y la conservan cuidadosamente como el dulce remedio de una madre, de una hermana ó de una hija piadosa, y como un paladin en medio de las contingencias de la guerra. Una de las Hermanas del hospital de Varna declaraba que jamás hubiera creido que un ejército francés estuviese tan moralizado y tan contenido. «Ni una sola vez, decia, he visto á militar alguno decir ó hacer la menor cosa que nos causara pena, ni aun mirarnos de un modo que nos ofendiese. En nuestra presencia se abstenian de aquellas palábras groseras tan familiares á los soldados, y si por descuido se les escapaba alguna, al momento

pedian perdon. Nos prodigaban no solo atenciones, cuidados y benevolencia, sino tambien respeto y veneracion. Los oficiales jóvenes de las familias mas distinguidas de Francia se complacian en servirnos en las mil pequeñeces que se ocurrian rogándonos, que los empleásemos en cualquier cosa útil á los numerosos moribundos, que se amontonaban en nuestros hospitales.» Maravilloso era ver tantos nombres con que la Francia se honra humillarse de esta manera, ó mejor dicho ensalzarse bajándose á ser enfermeros y criados de los enfermos.

«Nunca las Hermanas de la caridad han visto soldado alguno que se resista por mucho tiempo á las instancias que les hacian para atraerlos á que se confesaran. Desaparecia toda objecion tan pronto como decian á estos hijos esforzados, que su madre se habia de sentir dichosa al saber esta noticia. A esta palabra mágica de madre el corazon del soldado se conmovia infaliblemente: con frecuencia, muy amenudo corrian las lágrimas y simultáneamente cedia toda resistencia.

«Cuando el cólera hacia mas víctimas en Varna, se veia constantemente á los oficiales abrazando al P. Ferrary, y dándole gracias por su inalterable celo en favor de los enfermos, y rogándole que

corriese á su socorro, si el azote llegaba á alcanzarles. Su respeto y su amor á este apóstol de los coléricos no tenia límites; y si ya encontraban tanto que admirar en el sacerdote en el campo de batalla, ¿qué no debieron decir y hacer cuando le vieron morir víctima de la epidemia, ó mas bien de su celo, que le suministraba ánimo y fuerzas para atravesar incesantemente el Mar Negro por medio de los moribundos?

"Lo que el P. Ferrary hacia en Varna y en los buques cargados de enfermos, lo habia hecho en Gallípoli el P. Gloriot, quien tambien habia visto los mismos sentimientos religiosos en las filas de nuestro ejército. Este sacerdote, consagrado al servicio de Dios, continúa su obra de caridad. (1) Constantemente á la cabecera de nuestros soldados enfermos en el gran hospital de Pera, los consuela y recibe su último suspiro, que exhalan invocando al Dios de los ejércitos y pronunciando el nombre de su Madre. ¡Cosa digna de notarse! Ni un soldado muere sin pensar en su madre, sin decir: «¡Oh mi pobre madre!... ¡cómo llorará al saber mi muerte! ¡cómo llorará!...»

(1) Esta carta que reproducimos tal cual ha aparecido en *L'Eglise, la France et le schisme en l'Orient*, cap. 20 fué escrita cosa de dos meses antes de la muerte del P. Gloriot.

El P. Gloriot predica dos veces cada semana á los militares convalecientes, quienes acuden en masas á estas predicaciones que producen mucho bien. Predicador elocuente tanto como celoso misionero, su palabra ha iluminado y tocado á muchos corazones. ¡Con qué ternura veia yo á los oficiales y soldados franceses venir á oir la palabra de Dios en esta tierra de Turquía siempre bárbara!

Una multitud de hechos atestiguan los nobles sentimientos de nuestro ejército. Los prisioneros rusos han sido tratados constantemente con el mayor miramiento. Ellos admiran esta generosidad.

«¿Es verdad, preguntaba uno á un capellan polaco, que estamos en un hospital francés? ¡Nunca nos hemos visto tan bien cuidados! Pero es necesario hacerlo constar en alabanza suya! nada los hace mas dichosos que los cordiales apretones de mano de nuestros soldados.

"Por este forzoso contacto con nosotros conciben una alta idea de la Francia. En fin la vista diaria del sarcerdote, que visita las salas hablando á los enfermos, consolándolos y dándoles los auxilios de la Religion, enseña á esta buena gente que sus papas (1) calumniaban á los franceses repre-

(1) Ministros del Rito Griego Cismático. Trad.

presentándoselos como impíos.»

El P. Ferrary, cuya anterior carta habla en tan buenos términos, escribia desde Varna el 21 de Julio de 1854.»

«La epidemia azota con una accion terrible. Me veo obligado á confesar y á administrar todos los dias á mas de cuarenta soldados; todos mueren como santos.»

Otro testigo de tan grandes y dolorosas escenas espresaba su admiracion en estos términos.

«Creo que la Providencia está preparando para la cruz de Jesucristo, y para nuestra bandera un esclarecido triunfo, y que otra vez mas se verá en la historia la gloria de la Francia servir á la gloria de Dios. Nuestros soldados han llevado la cruz á Oriente; allí se quedará despues de su retirada, y sin duda será uno de los dias mas brillantes de la vida de esta nacion poderosa aquel en que el mundo vea sus estandartes vencedores sobre los muros y baluartes de Sébastopol, y la cruz libre y respetada en las riberas del Bósforo.

«Nuestro ejército tiene el sentimiento de esta mision. Nunca la significacion de la palabra Católico, que constituye la fuerza, la grandeza y la influencia de la Francia, se ha puesto en relieve con manifestaciones mas esplícitas en reunion alguna de hombres. Los capellanes se ven allí ro-

deados de simpatías, de respeto y de afectos vivos y francos como el carácter del soldado francés. Uno de ellos me decia, que ni un minuto de las horas destinadas á oir confesiones estuvo jamas desocupado.

«No hay un enfermo, no hay un herido que no acoja y pida los consuelos del sacerdote, y los supremos y balsámicos auxilios de la religion. Ni uno siquiera lo ha dejado para el dia siguiente. No ha habido mas que una desgraciada cantinera, arrebatada por el cólera, que se haya resistido á confesarse.

«Los intrépidos combatientes de el Alma llevan la medalla milagrosa; y un gran número de corazones tan heróicos palpitan bajo del escapulario.»

Ya lo hemos dicho y lo repetimos, no ha de creerse que la conversion del ejército es completa y definitiva; pues hay aun en él muchas almas accesibles á las sugestiones del mal: sin embargo, el bien domina y se estiende. Como el R. P. de Damas lo ha hecho notar, nuestros soldados tienen todos, ó casi todos, un sentimiento de fé, respetan á Dios y á la religion, en una palabra, «el conjunto del ejército es notablemente cristiano.»

Además el uniforme tiene tambien en Francia el privilegio de elevar los caractéres. No es solo valor lo que tienen nues-

tros soldados, es tambien corazon. Ven trabajar á los capellanes, sacerdotes seculares, jesuitas, lazaristas, etc.: reciben los cuidados de las hermanas de la Caridad, y saben y sienten en el fondo del alma que el espíritu religioso, el amor de Dios y de su Iglesia inspiran y sostienen este celo sin límites, que con frecuencia es coronado por la muerte. Sacrificios tan grandes, y ejemplos tan nobles no pueden dejarlos indiferentes, ni encontrarlos ingratos. Ellos se dicen que serian cobardes si continuaran dando oidos á las blasfemias necias, á las chanzonetas estúpidas y odiosas de los majaderos que ostentan su impiedad como si fuera su profesion. Asimismo un número considerable de ellos reconoce y reconocerá cada dia mejor que no puede tener sentido comun eso de que la religion es solamente buena para los sacerdotes y religiosas que se dedican á asistirlos.

Los hechos que hemos citado prueban además que nuestros soldados comprenden quienes son sus verdaderos amigos, y saben entrar en la senda del deber. Creemos que no haya uno de cuantos han pasado por los hospitales del ejército de Oriente, que jamás permita á los libres racionalistas insultar en su presencia á un sacerdote ó á una religiosa.

Un coronel de dragones, que al mismo tiempo es un escritor elocuente, M. Ambert, ha espresado noblemente los sentimientos que la presencia de las Hermanas á la cabecera de los soldados enfermos hace nacer en todo corazon bien puesto.

«El soldado y la Hermana de la caridad ambos sirven; esta á Dios y aquel á la patria....

«Nosotros no somos orgullosos, Hermanas hospitalarias y granaderos, pero somos nobles. Cuando atravesamos la ciudad y el comercio opulento, ó el vano lujo nos dá codazos porque vestimos ellas el sayal y nosotros el pantalon de cáñamo, los perdonamos con magnanimidad; pues lo que se llama en el mundo ignorancia y pobreza, en nosotros significa *servicio* y *abnegacion*.

«Fuera del monasterio y del cuartel en vano buscareis la igualdad tan celebrada. En una visita que hice algunos años ha al convento de las Hermanas de la caridad encontré en la botica á una muger que estaba cociendo malvas para los pobres. Esta muger, aun jóven, pertenecia á una familia casi regia: habia dejado á sus hermanos un caudal prodijioso, habia renunciado el mundo y con él las ventajas de posicion y la felicidad que le prometian. Su compañera en este traba-

jo era una humilde, sencilla é ignorante campesina.

«Algunos dias despues en el cuartel encontré en la cocina del escuadron un jóven bachiller en literatura, hijo de un teniente general, Par de Francia y gran dignatario de la legion de honor. Este jóven estaba entonces de cocina. Alistado voluntario se hallaba en compañia de un Auverniano, poco gracioso, mondando patatas para el rancho.

«El sargento de planton, que antes habia sido carpintero, estaba en pie con el sable al lado rizándose el bigote y vigilando al futuro Par de Francia...

«¡Oh! filósofo, sepúltate en los blandos cogines de tu gran butaca, aviva el fuego que cruge chispeando en la chimenea, cruza sobre tu pecho las vueltas de la suave bata de seda, proporciónate por medio de las cortinas dobles de las ventanas aquella luz dudosa tan favorable á la meditacion, y despues escribe algun proyecto de reforma sobre los soldados y las hermanas de la caridad!

«¡Dí, calculador, dí, que somos improductivos! ¡Pesa la parte que tomamos del presupuesto, y pide, que los conventos y los cuarteles se conviertan en fábricas!

«Pero, cándido filántropo, cuando el

motin brame en las esquinas de las calles, no acudas mas temblando de miedo y con las manos cruzadas á implorar el socorro y la compasion del soldado.

«Y si estás enfermo, cándido economista, ¡no llames ya cuando aparezca la muerte, no llames con las lágrimas en los ojos á las Hermanas de la caridad para que vele á la cabecera de tu cama abandonada por el egoismo!

«Consuélate, buen hombre, que la Hermana hospitalaria y el soldado son mas asequibles. La una y el otro estarán siempre á tu servicio, y en la hora del temor tendrá este contigo la caridad de su valor, y aquella la caridad de sus vigilancias.» (1)

Citemos en seguida de esta bella página algunos versos en que se encuentran los mismos sentimientos. La *Gacette de Lyon* al publicar la composicion, cuyo fragmento se va á leer, añadió la nota siguiente:

«Se nos ha pedido que reproduzcamos, y nos apresuramos á hacerlo, la composicion dirigida por un coronel á Mr. Seve capellan del hospital militar de Lyon. Este oficial superior habia sufrido una ope-

(1) Coronel Ambert del 2.° de dragones. Le soldat.

racion peligrosa á consecuencia de una grave afeccion contraida en Crimea.

.....

De espíritus inciertos que la duda ha turbado
siente, siente la tímida y vacilante fé;
mientras el alma tranquila y grata del soldado,
volando á Dios, te ame y bendicion te dé.
Al cielo mira siempre indiferente y frio
quien conocer no logra su clara potestad:
tan bárbara ignorancia iluminad, Dios mio!
y brille ante sus ojos la luz de la verdad.
Así tu brazo fuerte, hermano, jamás cesa,
siendo, hasta que los salva, de débiles sosten:
honor á tí! el objeto que solo te interesa
es el hacer sin tregua y hasta la muerte el bien.
Siempre juntos ir deben el preste y el soldado
para la dicha humana unidos con amor:
así Dios nos lo manda: su voz nos ha enlazado:
sus órdenes supremas cumplamos sin temor.

Aunque este capítulo es ya muy largo, queremos sin embargo referir en él algunos hechos mas.

Muchas hermanas de la Caridad han sucumbido á las enfermedades que adquirieron en el cumplimiento de su deber, y oficiales y soldados queriendo dar una prueba del sentimiento y gratitud del ejército, se han apresurado á hacer á tan santas mugeres los honores militares. Los griegos, los turcos y aun los ingleses, que no conocen á las hermanas de la Caridad, se sorprendian mucho al ver á nuestros

granaderos y cazadores escoltando y llevando al hombro por turno el ataud de una religiosa. Una hermana murió en el hospital de Chalkis cuidando á nuestros marinos atacados del tifus. A peticion de los oficiales y de los marineros las superioras de la comunidad se vieron precisadas á consentir en que se enterrase su compañera en el cementerio de los marinos. El comandante, acompañado de su estado mayor, presidió el duelo, siendo el ceremonial del funeral el mismo que se usa para los oficiales.

El protestantismo ha hecho el ensayo de crear hermanas hospitalarias en oposicion á nuestras religiosas, y para no aparecer tan inferior al catolicismo. Algunas señoras, las unas piadosas, las otras entusiastas, todas celosas, se han presentado en Crimea con un trage y aparato mas ó menos religioso: trajeron consigo criadas, y como estas no tenian el apoyo ni de la abnegacion, ni del amor propio, ni aun del capricho, no correspondieron de modo ninguno á las esperanzas de sus señoras. Un diario protestante, *la Tribuna de Nueva-York*, decia sobre este particular, que las enfermeras «pagadas para tener cuidado de los heridos ingleses eran muy celosas al principio, y estaban muy satisfechas con su honroso cometido;» pero que muy

pronto siguieron otra conducta, de tal modo que la mayor parte de las señoras que estaban al frente de la empresa, tuvieron que abandonarla despues de haber resultado inútiles todos sus esfuerzos para impedir el mal. Una de ellas, Miss Lawfield, comprendió todo el alcance de este esperimento, y se hizo católica.

Desde el principio apenas hubo persona en el ejército inglés que quisiese creer en el buen éxito de esta falsificacion de las hermanas de la Caridad. Los oficiales recibieron con frialdad á las nuevas enfermeras, y los soldados les mostraron poco respeto. Todos tenian un presentimiento natural de que el protestantismo no podia dar semejantes frutos. Entre nosotros sucede lo contrario, lo pasado responde del presente. Espresaba el pensamiento de todos el soldado que decia á una religiosa: venid frecuentemente; al veros entrar en la sala, me parece que veo entrar á la Francia y á mi madre.

CAPITULO XV.

TOMA DE SÉBASTOPOL.

Los duros trabajos de nuestro ejército tenian un objeto muy determinado: tomar á Sébastopol. Mientras que cierta parte muy tranquila en Francia aseguraba, que las cosas no marchaban con la rapidez necesaria, generales y soldados preparaban el triunfo con esfuerzos constantes y heróicos. Hé aquí como se encontraban las cosas cuando se juzgó llegado el momento de dar el asalto.

"A la izquierda los trabajos de los ingenieros habian llegado, hacia ya algun tiempo, á 30 y 40 metros del bastion del Mât y del bastion del centro: á la derecha nuestras vias, impulsadas muy activamente bajo la proteccion del fuego de la artillería contri-

nuado desde el dia 17, no estaban mas que á 25, metros del saliente de Malakoff y del pequeño Redan del Carenage. La artillería habia concluido cerca de 100 baterías en un estado perfecto, muy bien provistas, presentando un conjunto de 350 bocas de fuego á los ataques de la izquierda, y 250 á los de la derecha.

Por su parte los ingleses, aun cuando embarazados por las dificultades del terreno, habian llegado á unos 200 metros del gran Redan (bastion núm. 3 de los rusos), contra el cual se dirigian y tenian unas 200 bocas de fuego en batería. Los rusos aprovechando el tiempo construian por el lado de Malakoff un segundo recinto, cuya conclusion nos importaba impedir. En fin, el ejército auxiliar habia sido batido completamente el 16 en la Tchernaïa, en donde sufrió pérdidas considerables, y no era probable que, para desalojarnos de aquel punto, viniese de nuevo á arrojarse sobre las posiciones que nosotros habiamos fortificado mucho mas, y donde nos hallábamos en estado y con medios de inutilizar todos los esfuerzos del enemigo.

"Por tanto el general Simpson y yo convenimos en dar un ataque decisivo. Los generales que mandaban á los artilleros é ingenieros de ambos ejércitos, fueron de la

misma opinion y se fijó para el ataque el dia 8 de Setiembre." (1)

Ya hemos dicho en el Cap. I como fué tomado Malakoff, no reproduciremos detalles tan gloriosos: solamente con el objeto de recordar las obras del sitio y el carácter de esta última batalla copiaremos otra vez algo del parte del general Pélissier.

El enemigo, perdida las esperanzas de recobrar á Malakoff, evacuó la ciudad.

"A la caida de la tarde, como ya me lo habia sospechado, ví largas líneas de tropas y de bagages desfilar por el puente yéndose á la rivera del Norte: pronto nos sacaron de todas dudas los incendios que aparecieron por todas partes. Hubiera querido avanzar, ganar el puente y cerrar la retirada al enemigo; pero todos los baluartes del sitiado, minados de antemano, estallaban sin cesar, reventaban sus almacenes de pólvora, sus edificios, y sus establecimientos: aquellas esplosiones nos hubieran destruido en detalle haciendo impracticable nuestro pensamiento; y por consiguiente tuvimos que permanecer en nuestra posicion esperando á que el dia arrojase luz sobre aquellas devastaciones.

---

(1) Parte del mariscal Pélissier al ministro de la guerra.

"El sol al salir iluminó aquellas ruinas, mucho mayor es que cuanto podiamos imaginar: los últimos buques, fondeados la víspera en la rada, habian ido á pique; el puente estaba recogido; el enemigo no habia conservado mas que sus vapores en los que iban sus últimos fugitivos y algunos rusos fanáticos, que todavía trataban de aumentar el incendio en la infortunada ciudad. Pero bien pronto estos pocos hombres y los vapores se vieron obligados á alejarse y á buscar refugio en las ensenadas de la orilla que está al Norte de la rada. Sébastopol era nuestro.

"Así ha terminado sitio tan memorable; durante el cual el ejército auxiliar ha sido batido dos veces en batalla formal, y cuyos medios de defensa y de ataque tomaron proporciones colosales. El ejército sitiador tenia en batería en los diferentes puntos de ataque unas 800 bocas de fuego, que dispararon al pié de 1.600,000 tiros, y nuestras vias de trinchera cubierta, escavadas en terreno pedregoso durante 336 dias, y que presentan una estension de mas de 80 kilómetros (20 leguas), se habian ejecutado bajo el fuego constante de la plaza y combatiendo sin cesar dia y noche.

"La jornada del 8 de Setiembre en que los ejércitos aliados han dado cuenta de un

ejército casi igual en número, que no estaba cercado, sino atrincherado y cubierto por defensas formidables provistas con mas de 1,000 bocas de fuego, protegido por los cañones de sus escuadras y las baterías del Norte de la rada, y disponiendo además de inmensos recursos, será siempre un vivo ejemplo de lo que se puede esperar de un ejército valiente, disciplinado y aguerrido.

"Nuestras pérdidas en esta jornada son 5 generales muertos, 4 heridos y 6 contusos; 24 oficiales superiores muertos, 20 heridos y dos que han desaparecido; 116 oficiales subalternos muertos, 224 heridos y 8 que no parecen; 1,489 sargentos y soldados muertos, 4,259, heridos y 1,400 que no parecen. Total 7,551.

"Como veis, señor mariscal, estas pérdidas son numerosas, entre ellas hay muchas muy sensibles; pero son menores aun que las que yo temia esperimentar.

"Todos, señor mariscal, desde el general hasta el soldado, todos han cumplido gloriosamente con su deber, y el ejército, con que el emperador puede ufanarse, ha merecido bien de la patria. Tendré que pedir muchas recompensas, y poner en conocimiento de V. E. muchos nombres; pero esto será objeto de un trabajo, que no puede tener lugar aquí.

"Las escuadras de los almirantes Lyons y Bruot debian venir á anclar á la entrada de la bahía de Sébastopol, y operar una diversion poderosa; pero soplaba un viento fuertisimo del nordeste, el cual, ya muy embarazoso para nosotros en tierra, ponia el mar furioso, impidiendo que los buques saliesen del fondeadero. Las bombardas inglesas y francesas podian no obstante estar activas, y dispararon con muy buen éxito sobre la rada, la ciudad y los diferentes fuertes marítimos. Como siempre, los marinos desembarcaron y los artilleros de marina fueron dignos émulos de los del ejército de tierra, haciéndose notables por el vigor y precision de sus disparos."

Acabamos de oir al comandante en gefe. Escuchemos ahora á los oficiales y á los soldados. Damos estos testimonios sin guardar un órden riguroso de fechas. Todos hablan de los mismos hechos y revelan los mismos pensamientos, lo que ofrece el suficiente arreglo.

* * *

La carta siguiente vino dirigida á una religiosa de París, y es de un hermano suyo alistado voluntariamente, y que ha pasado por el cólera en Varna y por las acciones mas calorosas de la Crimea, donde ha ganado la charretera de subteniente.

"Sébastopol 14 de Setiembre de 1855.

"Mi querida hermana:

"Tomo la pluma tan solo para darte las gracias; sí, para darte las gracias por las buenas oraciones que no has cesado de dirigir á Dios por mi salud y mi conservacion. Tus oraciones han sido agradables á Dios; han sido oidas. Cumpliré la palabra que he dado, no seré jamás ingrato á Aquel que me ha sacado á salvo, mientras ha perdido tantos escelentes compañeros.

"Asímismo doy las gracias á la Sra. superiora, que con todas esas hermanas han tenido la bondad de interceder por mí cerca de la Vírgen Santísima.

"Antes de ir al combate tenia en mi bolsillo mi escapulario, mis dos medallas y la imágen de Ntra. Sra. de Laus. Así fuí al asalto lleno de valor, pareciéndome que, aun cuando enmedio de todos los proyectiles, me hallaba al abrigo de todo peligro.

"Enmedio del combate me he valido de un momento de descanso para pensar en Dios, cuyo dedo me ha guiado; pues me he visto entre minas, metralla, balas y bayonetas y nada me ha tocado ni aun el mas lijero arañazo.

"Solo en oficiales ha tenido mi regimiento nueve muertos, dos prisioneros y unos veinte heridos.

"Mi bravo coronel, el valiente de los valientes, ha muerto de un metrallazo en un momento sublime. La metralla se ha llevado tambien un brazo de mi capitan, que estaba á mi lado.

"Mi regimiento que al entrar en batalla tenia 1,500 plazas ha sufrido además de los oficiales una baja de 600 hombres.

"Bendigamos á Dios, mi querida hermana, démosle gracias á la vez sobre todo por nuestro buen padre, que hubiera sido muy desdichado, si yo hubiera sucumbido en el combate.

"Pero en todo caso, si es la voluntad de Dios, que muera por mi Patria, tendreis el consuelo de decir, que la muerte me ha arrebatado en mi puesto.

"A Dios, mi querida hermana, pronto podremos dar gracias á Dios todos juntos.

"Tu apasionado hermano te ama y abraza tiernamente.

"R...."

* * *

El Lorientais decia en uno de sus números de Octubre de 1855:

"Aunque en uno de nuestros precedentes números háyamos pagado ya nuestro tributo de dolor á la memoria del jóven y lamentable Mr. Lévier, una de las víctimas de la gloriosa jornada del 8 de Setiembre, cree-

mos dar gusto á nuestros lectores ofreciéndoles las dos cartas siguientes que, accediendo á nuestras instancias, ha tenido á bien comunicarnos su familia."

"Inkermann 7 de Setiembre de 1855.

"Mi muy amado padre:

"Ya estamos en víspera de un gran dia. Mañana daremos el ataque á toda la línea. La principal accion será en el punto que nosotros atacamos. Si place á Dios mañana seremos dueños de la parte sur de Sébastopol. Por necesidad tendremos muchas pérdidas, y cada cual, si es prudente, debe pensar, que mañana será acaso su último dia. En cuanto á mí, espero en la bondad divina, en la proteccion de la Vírgen Sma. nuestra comun patrona, y tambien en la de nuestra buena Sta. Ana. Pero si es la voluntad de Dios, que mañana termine mi carrera, que os asegure esta pequeña esquela, mis queridos padres, que participais con Dios de los últimos pensamientos de vuestro piadoso hijo.

"Si sucumbo mañana, tendreis al menos el consuelo de pensar que ha sido cumpliendo con su deber y con su patria.

"Decid á todos nuestros amigos que he pensado en ellos, dadles las gracias en mi nombre por las pruebas de amistad que siempre me han prodigado.

"Espero que pronto nos veremos: ahora voy á acostarme y á dormir pensando en vosotros.

"Recibid los apretados abrazos de vuestro afectuoso hijo.

"*Armando.*

"P. S. Esta carta no saldrá sino despues de la accion, y espero volverla á abrir yo mismo."

"Campamento de Inkermann 9 de Setiembre de 1855.

"Sr. cura:

"Con mucho dolor os envio los últimos pensamientos de mi subteniente, Mr. Lévier. Este digno y escelente jóven, á quien todos amaban, y yo especialmente, cayó muerto de un balazo ruso en la cabeza el dia 7 á cosa de las ocho de la noche. Lévier ha muerto como cristiano y valiente. A vos toca, Sr. cura, el consolar á su pobre madre, y el comprender la tristeza de su pobre capitan, que no se atreve á escribir á una madre desecha en lágrimas.

"Herido en el momento en que moria mi valeroso subteniente, no he tenido tiempo para hacer que lo recogiesen inmediatamente, y hasta ayer no pudimos enterrarlo, lo que se efectuó con asistencia de nuestro capellan. Teneis pues, Sr. cura, una doble mision que cumplir: sustituir á la familia con-

solando á una madre, y llorar sobre una tumba que está á mil leguas de vuestros ojos.

"He recogido una Virgencita, varias medallas y una cruz pequeña que tenia consigo el cadáver; todo lo enviaré al mismo tiempo.

"Tened la bondad, Sr. cura, de ofrecer mis respetuosos cumplimientos á la desgraciada familia de mi arrojado subteniente.

"Recibid, Sr. cura, mis cordiales saludos.=*F. Chable*, capitan del 10.° de línea, ejército de Oriente, 1.ª division, 2.° cuerpo."

Hé aquí una carta escrita á sus padres por dos soldados jóvenes, hijos de militares, y publicada por el *Univers*:

"El asalto se dió á las ocho, el regimiento ha sufrido enormemente. Lorenzo quedó herido en la rambla que conduce á las trincheras; pero dentro de ocho dias estará bueno. Yo me siento como un roble: he hecho de ayudante en el asalto al lado del coronel. He recorrido siete veces el terreno de nuestra primera trinchera en Malakoff completamente al descubierto, y bajo una lluvia de balas y metralla. La Vírgen me ha protegido, pues no tengo ni el menor rasguño: la empuñadura de mi sable es la que tiene una abolladura causada por un balazo: por consiguiente, queridos padres mios, regoci-

jaos, pues vuestros hijos han salido sanos y salvos del asalto.

"Cuidado que vaya nuestra buena madre á dar gracias á Ntro. Sr. Jesucristo y á la Vírgen María por nuestra buena suerte, y que en nombre nuestro dé las gracias mas sinceras á las buenas hermanas Carmelitas por las oraciones que han rezado por nosotros, instándolas á que continúen haciendo todavía lo mismo; porque su proteccion vale mas que la de un mariscal de Francia.

"Tan pronto como se concluyó la accion me nombraron ayudante efectivo, y estoy seguro que para fines del mes ya seré subteniente. El coronel me lo ha prometido, y me ha hablado de mamá diciéndome:—"Teneis una buena madre, seguid amándola y sereis dichoso." Ya veis, mis buenos padres, que somos demasiado felices, y para serlo completamente es preciso que no os movais de L...., porque nosotros seguiremos adelante, y os quedareis tristes; os ruego que no vengais.

"Los rusos están enteramente fuera de la ciudad, á la que han prendido fuego, y sin embargo nuestros soldados encuentran y traen de allá gran cantidad de cosas.

"Hemos tenido 23 oficiales heridos y 9 muertos de los 46 que teniamos al salir pa-

ra el asalto: mi pobre capitan es uno de los muertos.

"Vuestros hijos os aman mas que la vida, y os abrazan un millon de veces, así como á nuestro hermanito Francisco.

"Por los dos: *Víctor*.

"He dejado á Víctor el placer de escribir la carta. Gracias á Dios hemos salido salvos de una accion dura. Víctor se ha distinguido muy bien: muchos se han apresurado á decírmelo.... Nos habiamos propuesto ir siempre por delante; pero Dios lo ha dispuesto de otro modo, pues ha permitido que yo fuese herido en la paralela. Como quiera que sea somos muy felices.

"Os abrazo de todo corazon, abrazad á Francisco por nosotros.

Lorenzo."

***

El *Droit Commun* de Bourges es el primero que ha publicado la carta siguiente, recibida de la misma persona á quien habia sido dirijida.

"Delante de Sébastopol:

"Mi querido padre.

"Mi batallon quedó diezmado; es verdad, y si es preciso que se lo diga, fuí herido; pero la herida que me habia hecho una bala, al rozarme el brazo izquierdo, ya está curada. No he querido escribiros hasta su

completa curacion; porque temia, que si hablaba de herida, aun cuando fuese ligera, creeriais que era grave. ¡El amor paternal se inclina á aumentar el mal, y ver la muerte en donde no hay mas que el derrame de unas gotas de sangre!

"El capellan de mi division, á quien habia ido á buscar, (y bien sabeis para qué, pues no he olvidado bajo el uniforme sus consejos) me habia inspirado el valor mas decidido. Le he enseñado la medalla de la Sma. Virgen, que mi difunta y buena madre me habia puesto al cuello, y me ha respondido: "Andad, mi buen amigo, que jamás perece quien se pone bajo la proteccion de María, y si el cielo requiere para vuestro pais la sangre que corre en vuestras venas, la Reina del Cielo os abrirá las puertas de mas venturosa patria.

"Os aseguro, mi virtuoso padre, que estas santas y patrióticas palabras del animoso capellan, como el recuerdo de mi dulce madre arrebatada á mi afecto hace pocos meses, me han sostenido antes de entrar en combate y en el combate mismo, dándome una esperanza que solamente la Religion es capaz de infundir en el alma.

"Si hubiese visto acercarse la muerte hubiese permanecido tranquilo, porque ya te-

nia arreglados los intereses de mi alma. Todos los sargentos de mi batallon (menos dos) habian hecho lo mismo. Tambien conté aquel dia hasta veinte y siete oficiales, y entre ellos mi comandante, que fueron á visitar la tienda de nuestro digno capellan. Ya veis que el diablo aun no posee las almas de todos los militares.

"Os ruego que leais esta carta á mi pobre hermano, que no practica la religion, aunque tiene fé segun me dijo un dia. Si conociera la paz de que difruta el alma dedicada á Dios y á su pais, no titubearia un instante en procurársela.

"Ahora estoy muy bueno, y si el cielo, sacándonos victoriosos, me concede volver á ver á mi viejo Berri, y sobre todo á vos, mi buen padre, os contaré muchos pormenores, que no caben en una carta.

"Adios, querido padre, creed que vuestro hijo no frustrará vuestras esperanzas, y que se conducirá siempre como cristiano y como francés.

"Luis D...."

***

Nos escriben de Valenciennes el 1.° de Octubre, decia el *Univers*, en su número del 4 del mismo mes:

"Señor Redactor:

"Muchas veces he leido en vuestro apre-

ciable periódico cartas de Crimea llenas de los mas bellos sentimientos cristianos: mucho me alegro poder comunicaros dos, escritas con el mismo espíritu de fé, para que les deis publicidad, si lo juzgais oportuno.

El autor de estas cartas es un jóven sargento de un regimiento de línea de la 1.ª division. Su valor fué recompensado con la medalla militar en la batalla del puente de Traktir. En una carta que escribia á su hermana en 22 de Agosto se leen estas hermosas palabras. "Llevo con devocion la medalla de la vírgen Sma. y el escapulario que me ha dado la querida *Hermana*; te suplico le des las gracias. Su confianza en María no ha sido frustrada como se verá en las dos cartas siguientes:

Aceptad etc., etc.»

«Campamento de Inkermann 8 de Setiembre de 1855.

«Mis queridos padres:

«En el momento que os escribo estas líneas tocan llamada. Ha llegado el gran dia: dentro de dos horas daremos el asalte. Ojalá me conserve Dios en buena salud: pido á la vírgen María, que me saque en bien. Yo digo como el buen San Druot: «Aquel á quien Dios guarda está bien guardado.»

«Adios, adios, mis queridos, acordaos de mí. Vuestro del todo. *Vuestro hijo C...*»

«Sébastopol 9 de Setiembre de 1855.

"Mis queridos padres:

"¡Victoria! Sébastopol está en nuestro poder. Ahora vuelvo de pelear después de veinte y cuatro horas de un combate mortífero. Los rusos han sido batidos: hemos obtenido la victoria; ellos han evacuado la ciudad incendiándola; segun su costumbre han hecho estallar los polvorines, los arsenales, y todos los monumentos principales; han quemado sus naviós, en una palabra, somos dueños de las ruinas de Sébastopol.

"Mucho nos ha costado apoderarnos de las baterías negras.

«Querido padre, no me atrevo á pintaros el estado en que he vuelto á nuestro campamento cubierto de sangre y de polvo. Mas de 250 nobles soldados han sucumbido á mi alrededor. Los rusos nos tiraban á boca de jarro. Lo que batiéndome me ha causado mas dolor ha sido el ver á todos mis amigos sucumbir pidiéndome socorro. Mas de 20 oficiales han muerto cerca de mí: hemos tenido 35 oficiales fuera de combate: el número de soldados no puedo decirlo. Yo he salido salvo y bueno. Os ruego, que creais, que no he olvidado á la Sma. vírgen mientras combatia. He recibido en el pecho dos balas, que no me han hecho daño alguno:

las conservo con cuidado: dentro de pocos dias las vereis en mis manos. Espero que ahora licenciarán á los quintos de 1847.

"No parece sino que estamos en otro mundo; ya no se oyen tronar los cañones. En este momento la ciudad está ardiendo, lo que forma un cuadro tristísimo: es peculiar de los rusos obrar así. En fin, queridos padres, espero veros dentro de poco, y enseñaros la noble insignia que llevo en el ojal de la casaca.

Adios, adios, vuestro siempre.

"Vuestro hijo C...."

He aquí otras cartas no menos dignas de interés. Las escribió en la víspera, en el dia mismo, y el dia siguiente de la toma de Sébastopol el capitan de una de las compañias que dieron el asalto.

"Mi querido hermano:

"Mi hermana recibirá una carta al mismo tiempo que tú; esta carta cerrada ayer la he abierto hoy por la mañana para informarle que dentro de algunas horas daremos el asalto á Malakoff y acaso á la ciudad tambien.

"No desconozco los peligros á que todos vamos á esponernos, pero tengo confianza en Dios, y le pido que me conserve para todos los mios, si así le place. El correo saldrá hoy á las doce, y poco mas ó menos á esta hora daremos el asalto. No puedo

pues aguardar el resultado para decirte, que os abrazo á todos de corazon, y que espero que nos veremos pronto. Cumpliendo lo que digo a mi hermana os escribiré por el próximo correo, el del martes 11 del corriente.

«Abraza á tu muger y á tus queridos por mí.

"*Tu hermano y siempre tu amigo P....*"

"8 de Setiembre á las 8 de la mañana.

«El cañon ruge como nunca, dentro de dos horas estaré en la trinchera con sable en mano. Tengo una tranquilidad y una confianza, que me sorprenden á mí mismo, mi querido hermano, y en presencia de un peligro semejante, solo á tí, amigo mio, me atrevo á contarlo porque revelárselo á cualquiera otra persona pareceria orgullo. Acabo de almorzar y casi no he bebido mas que agua, no me gustan las escitaciones alcohólicas, que no dejan hacer nada bien. Ahora te aprieto la mano diciéndote: ten siquiera tanta confianza como yo. No te hubiera escrito en estos momentos, si no supiera que eres hombre capaz de comprenderme. Mi próxima te anunciará el resultado.

«Ahora, Dios mio, tened misericordia de mí... A vos me encomiendo sínceramente... Hágase vuestra voluntad.

»Viva la Francia y viva el emperador.

Es preciso que nuestra águila repose hoy sobre Sébastopol.

«*P.*»

La carta siguiente escrita con mano trémula es bastante difícil de descifrar.

«Queridos hermano y hermana:

«Y vosotros todos amigos mios, sabed que no he tenido mas que tres heridas y todas felices: una de ellas en la mano derecha que me impide un poco escribir; pero estoy en pié y sigo bien, mando el batallon provisionalmente, mañana acaso lo mandaré de veras.

«A Dios, no ha sido poca felicidad la de quedarme en este mundo: de 960 hombres que tenia ayer al tomar el mando, me quedan 420. Mi comandante, 4 capitanes, 2 tenientes y un subteniente han muerto. Dios me ha protegido: solo he recibido tres heridas y todas fáciles de curar, ninguna grave.

»Los rusos se han marchado: ni la ciudad ni la escuadra existen ya.

«*Vuestro hermano P.*»

«Querida hermana:

«Aunque es mucha mi voluntad, no puedo estenderme mucho: voy bien de mis heridas, y lo mismo de mis contusiones, solamente me molesta demasiado la mano derecha. A las buenas oraciones de todos vosotros es á quien debo el sobre-

vivir á tantos como han muerto valerosamente bajo mi mando. Demos por tanto juntos gracias al cielo.

»No puedo continuar: ¡sufro y lloro por tantos amigos y compañeros!

»Te ama con todo su corazon,

«*Tu hermano P.*»

«25 de setiembre.

»Dí á la familia D... que su hijo está herido, pero felizmente como yo: le he propuesto para la medalla militar.»

* * *

Un eclesiástico de la diócesis de Valence tenia cuatro hermanos en el ejército de Crimea. Tres se encontraron en el asalto de Sébastopol, el cuarto subteniente del 98.º de línea, habia vuelto á Francia ya hacia algun tiempo con la cruz de honor herido gravemente, y despues de seis meses de sufrimientos aun no está curado.

"... La víspera de la batalla, dice el eclesiástico R., el general Trochu, que mandaba la brigada, habia pedido 150 hombres, que voluntariamente quisieran ir á poner las escalas, ser los primeros en el asalto y abrir el camino del bastion central al resto del cuerpo de ejército. Mi jóven hermano Gustavo, sargento 1.º fué uno de los primeros del 12.º en presentarse; pedia con instancia á mi hermano mayor, su capitan, el favor de hacer que le admitiesen: á

las observaciones de este respondia: «Mira, quiero buscar hoy mi charretera en los muros de Sébastopol.» Mi hermano mayor viéndole tan valeroso y tan confiado no insistió mas: le pareció que Dios le conservaria aun. Se junta con él, lo lleva al general, y presentándolo como voluntario, pide que no se le separe de él ofreciéndose á ir tambien voluntariamente. El general conmovido dijo: "Amigo mio, dos hermanos es demasiado para empresa tan peligrosa: acepto y os doy el mando de una compañía, pero en cuanto á vuestro hermano lo considero como parte de los voluntarios, mas sin que vaya con ellos.

"Mi hermano mayor quedó satisfecho con esta resolucion. Se alegraba de evitar el riesgo á su jóven hermano, mas sin embargo le alarmaba el verse obligado á separarse de él. Le recomendó mucho á su teniente y subteniente, y despues cuando llegó la hora cada uno marchó resueltamente á donde el deber le llamaba...

"El destacamento en que formaba el sargento Gustavo fué enviado al ataque del bastion central. El jóven se batió como un héroe, y cayó muerto de un balazo en la frente.

"Apenas acabó la batalla, el primer cuidado de mis hermanos fué buscarse recíprocamente. Dos tuvieron el júbilo de en-

contrarse salvos y sanos, pero júbilo mezclado con una horrible ansiedad, porque ¡ay! el tercero no se encontraba entre los vivos, y muy pronto sabedores de su suerte deplorable, no les quedó mas consuelo que el tristísimo de llorarlo juntos.

"Ellos tambien habian corrido los mayores riesgos, y habian visto caer á su alrededor muchos soldados: mi hermano mayor sobre todo, que de los 75 voluntarios, que habia conducido al asalto, no pudo reunir luego mas que quince; recibió una condecoracion, y mi hermano Aristides pasó con el grado de teniente á una compañía distinguida.

«Espero que mi hermano Gustavo habrá tenido tambien su recompensa mas positiva que la de los otros; pues no era solo un militar valiente, sino un hermano sin igual, un buen hijo y un verdadero cristiano. Aun en el regimiento cumplia con todos sus deberes religiosos. Gran consuelo para mi familia y para mí es que haya pasado los últimos meses de su vida en calidad de sargento primero, y bajo la inmediata direccion y tutela de su hermano mayor, el soldado mas piadoso..."

* * *

"El *Memorial de l'Allier* ha publicado en uno de sus números del mes de Noviembre una carta escrita por un oficial

á su hermana: "Jóven piadosa y Santa, decia, que se dedica á la oracion y al alivio de los enfermos, mientras que su hermano combate por la Francia." He aquí algunos estractos de esta carta:

«....Principiaré diciéndote: ¡Oh mi querida hermana! ruega, ruega para que María, ruega para que Dios aleje de nuestros campamentos el azote de las fiebres. Las fiebres que en todas partes no causan sino un lijero temblor, aquí traen consigo la locura. Todos los accesos de calentura que he tenido han venido acompañados de enagenacion mental con sudores cadavéricos y alucinaciones espantosas. ¡Dios mio! qué tormento tan horroroso!... "He conservado como un tesoro una medallita de cobre, que el capellan de mi division me dió durante una de estas crisis; y si alguna vez, ¡oh alma mia! si alguna vez quisieras empeñarte en esas ardientes discusiones, en que Dios y la Vírgen quedan destronados por la razon, una sola mirada á esta medallita te volverá, recordándote que no eres nada, á la dulce paz de la fé.

"Desde la toma de la ciudad nuestra vida está tan regularizada que apenas se diferencia de la que hacen las guarniciones en Francia. Tenemos, sí, alguna que otra alerta, pero despues de estar sobre las armas algunas horas, todo vuelve á su

calma habitual: la monotonía se apodera de nuestros ocios. ¡Dichoso el que tiene bastante filosofía ó fé para amenizar con un trabajo descansado é instructivo estos instantes, que de otro modo se perderian para la tierra y para el cielo. Si me fuera fácil enviártelo, te regalaria un Cristo y una Vírgen milagrosa, frutos de mi cortaplumas; el primero de madera de sauce esculpido en el campamento de Alson en los bosques, la otra de piedra blanca de Crimea. Esperamos, sin pensar en averías, que algun dia, volviendo yo á Francia, podré presentártelos. La escultura, el dibujo y la correspondencia son los tres paliativos de que hasta hoy me he valido para evitar la ociosidad y el esplin.

"....Creo, que los peligros porque he atravesado y los sufrimientos que he padecido, han madurado mi razon de muy diferente modo, que como lo hubiera hecho la edad. Así me encuentro á los treinta años con la esperiencia y el corazon de un hombre de cuarenta. ¡Qué acciones de gracias no debo á Dios por haber puesto en el borde de mi cáliz el amargor que todos tienen en el fondo! ¡Sean los que fueren los dias que el cielo me reserva, bendito sea!

"Me preguntas el nombre de nuestro capellan; es casualmente una pregunta que

nunca se me ha ocurrido hacerla. Sé muy bien que su antecesor se llamaba G. Stalter (un venerable alsaciano), pero ignoro el nombre del actual: ¿ni qué importa su nombre? Es un hermano, es un amigo, es un *consolator afflictorum*, y es aun mas que un hermano y un amigo, es un padre. ¿Su nombre? Llámale Angel, Providencia; ¿qué importa el nombre? Llámale si padeces... él vendrá. ¿Su nombre? Dios lo sabe, y los santos deben pronunciarlo con orgullo. Yo no te lo diré, su nombre debe ser el de un hombre; no quiero preguntárselo... ¿Por qué? Porque el capellan no es un hombre para mí, es un génio bienhechor, que no debe tener nada de humano, ni aun en el nombre. Yo no lo considero sino hablando de Dios, y aquí tienes por qué no le hablaré de otra cosa.

"En vano he puesto á prueba mi musa para componer algunos cánticos: la inspiracion no ha respondido á la llamada. Pégaso ha estado mas que terco, nada he podido estraer de mi cerebro, que sin duda han dejado vacio las calenturas.

"Esperémos que á la vuelta de los soles de la primavera ensanchándose la vida, y disipándose las sombras, podré componer algunos himnos en honor de nuestra madre celestial.»

"....Estoy en Crimea desde el 2 de este mes, escribia el capitan d'Anouilt, á fines de setiembre. Al dia siguiente de la toma de Sébastopol en un entierro de ocho oficiales, de los que seis eran de un mismo regimiento incluso su coronel y un gefe de batallon, encontré al P. Auvert encargado en Lyon como 2.° gefe de la obra de los militares, y que vino de allá menos de un mes antes que yo; estrechamos nuestras manos muy afectuosamente, pero no he podido verle despues mas que una vez. Tambien he visitado al P. Paravière, capellan superior, que me ha recibido muy amistosamente arrancándome la promesa, no solo de ir á verle con frecuencia, sino de ir algunas veces á participar de su modesto desayuno, ó de su comida. Mis numerosas ocupaciones y la distancia á que estoy de él, mas de cinco kilómetros, no me han dado ocasion de cumplírsela todavía. Desde que llegué á Crimea no se me ha permitido asistir á la misa mas que una vez, el último domingo en la capilla, hecha de ramage, de la capellanía de la 3.ª division del 2.° cuerpo. Los generales Mac Mahon y Espinasse y unos 30 oficiales mas asistieron á ella: habia una compañía de servicio pero habia pocos soldados de los que no estaban de servi-

cio á causa de la limpieza, que los ocupa durante la misa, y de los trabajos para prepararse á la revista de la tarde.

"Durante el siempre memorable dia 8 de Setiembre el 30.º de línea ocupaba las trincheras de la primera línea, situadas adelante de la cortina que liga el bastion de la cuarentena con el central. Estaba con mi compañía en estas trincheras que son las mas peligrosas, y justamente en el sitio, en que el año anterior cayó mortalmente herido el general Lourmel, víctima, si mal no recuerdo, de su intrépido valor. Por una de las almenas de la trinchera ví la columna de asalto portarse valerosamente contra el bastion central, despues de detenerse un instante sobre el borde del foso de esta fortificacion, en seguida retirarse hasta el estremo de la esplanada, quedarse allí tendidos boca abajo mas de un cuarto de hora, y en fin volverse á la trinchera de que habian salido, siempre perseguidos por la metralla mas horrorosa, que jamás ha vomitado artillería. ¡Qué espectáculo tan compasivo, mi querido German, que espectáculo tan lastimoso ofrecian aquellos hombres, campesinos honrados en su mayor parte, cayendo unos tras otros por cumplir con su deber! Durante esta tentativa de asalto nuestros hermanos de armas de Malakoff, mas felices

que nosotros, tomaron esta fortificacion formidable, decidiendo así la caida de Sèbastopol. El 30.° de línea tuvo en ese dia un oficial, y dos soldados muertos á la vez, y dos oficiales y diez y siete soldados heridos. Uno de estos últimos oficiales, un tierno jóven, que aun no habia cumplido 21 años, acaba de morir despues de haber sufrido dos veces la amputacion del brazo izquierdo. Lo habian herido en la trinchera hallándose á mi lado.

«Yo he estado á punto de ser víctima, no de un acto de valor, sino de una imprudencia: el 8 de Setiembre á las 5 de la tarde no oia tiro ninguno, era la hora de comer, y creí, que sitiadores y sitiados habian suspendido el fuego por un instante. Sentí deseos de examinar los monumentos del cementerio, situado á 150 metros detrás de la trinchera, que ocupaba mi compañía. Muy pronto sentí en la mejilla el viento (felizmente no fué mas que el viento) de una bala de fusil: esto me advirtió que debia irme á ocupar mi puesto en la trinchera, lo que me apresuré á hacer dando gracias á María, bajo cuya proteccion me habia colocado.

"Tengo mucho mas que deciros, pero el correo va á marchar: concluyo pues diciéndoos, que mi salud no se ha alterado en nada, y suplicándoos me encomen-

deis á las oraciones de la conferencia, de que formais parte."

* * *

Un amigo nuestro nos comunica la carta siguiente, decia el *Univers* del 5 de Noviembre, está fechada en el campamento delante de Sébastopol á 4 de Setiembre. El capitan que la ha escrito estuvo el 8 en el asalto de Sébastopol. El amigo á quien se la escribia salia en aquel momento de Constantinopla, no para volver á Francia para lo que estaba autorizado, sino para encontrarse en la lucha decisiva que todos aguardaban; habia perdido ya un miembro.

«Delante de Sébastopol 4 de Setiembre.

«Mi querido amigo:

«El capitan F.... vino á veros al dia siguiente de vuestra salida, os traia un ejemplar de la *Imitacion de N. S. Jesucristo* en prueba de su amistad. Os lo envio. Mucho sintió no haber venido un dia antes; hubiera tenido mucho gusto en abrazaros. Conoce vuestras buenas cualidades, vuestro excelente corazon, y vuestro admirable valor. Le hablé de vuestra herida, le conté dónde y cómo la habiais recibido, vuestra edificante resignacion y vuestra curacion maravillosa. Mucho se ha conmovido, especialmente cuando le dije que no se habian acordado de vos en las

primeras condecoraciones, que se repartieron. Ha comprendido el alcance y hermosura de vuestro sacrificio, de que podeis gloriaros en justicia, si hay cristiano que pueda gloriarse de algo. Pero ya sabeis, mi buen F..., que un cristiano nada debe atribuirse, porque toda buena accion viene de Dios, y cuando Dios se sirve de vosotros para hacer el bien, debemos darle gracias inclinándonos profundamente porque somos *nada*, y sin Él no podemos hacer cosa que valga algo. Él quiso que fuérais un bello y edificante ejemplo, y lo sois. ¡Oh amigo mio! ¡Cuán francamente habeis entrado en la vida del cristiano, y cómo os lo ha recompensado el Señor! ¡qué hermosa corona parece que os promete! ¡Continuad, continuad! Envidio vuestra suerte, porque tengo la dicha de comprenderla y esta es una gracia especial, que recibo; pero amigo mio, no tengo vuestra virtud: veo el bien sin poder alcanzarlo, y lamento mi flaqueza. Sin embargo tengo confianza en la misericordia divina, á la que me entrego contando con las oraciones de los que me aman. Cuento con las vuestras, mi querido amigo; no las pido largas; pido una sola palabra de vuestro buen corazon lleno del amor de Dios....

"Vuestra marcha ha lastimado mi cora-

zon, sentia que me quitaban á mi mejor amigo. ¡Volaron con vos aquellas dulces confianzas sobre la divinidad y la religion!... Pero nos escribiremos ¿no es verdad, amigo mio? y vuestras cartas vendrán de cuando en cuando á sacarme de mi ociosidad, y á inflamar mi corazon siempre que esté frio.

"Cuando entreis en Francia, al atravesar ese hermoso pais, tan amado de Dios, procurareis ¿no es así? deteneros en la ciudad, en que sabeis se hallan mi madre, mi padre y mi familia; los vereis, los hablareis de nosotros, y si nombraren á mi hermano, les direis que murió valientemente en el campo de batalla.

«Verás á A... y si podeis le seguireis al curato, de que tantas veces os he hablado y en dónde se alegrarán de veros. Si subís hasta N. Sra. de Fourvières, orareis por mí. Allí fué dónde vertí mis primeras lágrimas de arrepentimiento, que se hicieron dulcísimas, cuando sentí penetrar en mi corazon el perdon de Dios.

«Mi querido F., atravesareis la Francia estrechareis en vuestros brazos á vuestra madre adorada, á vuestro escelente padre, á vuestro hermano y sobrinos. Todos serán felices á vuestro lado.

«A Dios ó mas bien hasta la vista.»

El capitan, de quien se habla en esta

carta, y que envió á su hermano de armas una *Imitacion*, le escribió algunos dias despues á Constantinopla.

«Campamento de Traktir, 22 de Octubre de 1855.

«Mi querido N...

«Fuí á veros, y no os encontré, habiais marchado ya aquella misma mañana; gran placer hubiera tenido en despedirme de vos: inútil es deciros la parte que tomé en vuestra espantosa desgracia. Lo que me hace menos amargo este golpe es saber la energía con que lo habeis sufrido, y la resignacion admirable, que habeis mostrado en circunstancias tan dolorosas. Dios es quien hiere, y quien cura. Él es quien os ha inspirado sentimientos tan nobles y quien os ha concedido el glorificarle en vuestra afliccion. Ha hecho por vos lo que hace por un hijo querido, os ha dispensado la honra de que os mostreis fuerte en su amor, y digno de sufrir por Jesucristo. ¡Ah! sino considerase lo que os pasa, sino bajo el punto de vista á que se miran las cosas del mundo, no podria dejar de deplorarlo; pero vuestro ejemplo mismo me eleva á mas altos pensamientos, y al veros tan sumiso á la voluntad divina, no pienso mas que en la divina palabra: *Bienaventurados los que padecen, porque ellos serán consolados.* No dudo que el señor de

las bondades, que os ha dado tanta fuerza para sufrir el dolor, habrá infundido en vuestro corazon mil consuelos inefables y esta indefinible esperanza de una inmortalidad bienaventurada.

«Todo en la religion nos presenta los padecimientos como necesarios al cristiano, y como el manantial mas abundante de gracias. El dolor es lo que nos prueba y nos purifica, y es al mismo tiempo lo que forma el carácter del alma fiel, y quien la convierte en imágen viva de Cristo, ¡el hombre de dolor!

«Dios en su misericordia, considerando vuestro amor á Él y vuestro ardiente deseo de agradarle, deseo que, por decirlo así, resplandece sin cesar en vos, ha querido marcaros con el sello divino del dolor en una ocasion memorable, en la que evidentemente estaba empeñada su gloria.

«Si recordais vuestras faltas, le dareis gracias por haberos dado ocasion de espiarlas desde ahora. Si recordais los malos deseos, que germinan en todo corazon humano, tambien le dareis gracias, por haber querido probaros en el fuego de la tribulacion; y sobre todo le dareis gracias por haber escogido á su servidor para hacer de él una víctima agradable á sus ojos. No puede dudarse, que vuestro sacrificio le ha sido agradable, y ha de ser

para vos manantial de gracias superabundantes y de gloria eterna.

«Habeis perdido un brillante porvenir en la tierra; pero Dios ha querido que olvideis este género de intereses, y que despegandoos de las cosas pasageras, os acerqueis á Él, y os aficioneis mas á lo que es imperecedero. Por eso vuestros ojos y vuestro corazon se elevarán hácia Él, que es hoy vuestra única esperanza, esperanza de la que vuestra herida es una prenda que no fallará.

«Desvanecidos vuestros sueños sobre lo futuro, solo os quedan las realidades del cielo. ¡Qué cambio, mi querido N...! ¿Y no hay en la profunda desdicha, que os aqueja, un perenne manantial de alegría?

«Hé ahí lo que me digo á mí mismo cuando se aviva el pesar que me causa vuestra separacion del ejército. Me consuelo de la falta de un amigo en nuestras filas, al pensar que ese amigo se encuentra mas cerca de Dios. Esa buena posicion, no la dejeis. Unios mas y mas á la verdad eterna. Aprovechaos de la misericordia de Dios, que no os arranca violentamente de nuestro lado, sino para uniros mas fuerte, mas irrevocablemente á Él.

"Érais un cristiano sincero, y acabais de probarlo en un trance tan cruel, lo que os resta es solo perseverar en tan noble sen-

da. Dios lo ha dispuesso así. Él tiene sus miras, comprendedlas y seguidlas; para que vierta sobre vos su gracia y todo el lleno de sus misericordias. Que N. Señor Jesucristo os consuele, que internándose mas y mas en vuestra alma os empape en su espíritu, fecundice vuestro sacrificio y os haga cada dia mas digno de Él.

"¡Ojalá que os retribuya centuplicadas en goces divinos todas las privaciones, que os impone ahora! ¡Ojalá que os llene de los mas tiernos sentimientos de caridad! Sobre vos venga su paz, hácia vos tenga su buena madre el mas tierno cariño y aquellas mil atenciones, que regocijan el corazon de un hijo devoto.

"Querido amigo mio, os he dicho, cuanto me digo á mí mismo para alijerar la pena que me causa vuestra desgracia. Esto es lo que fortalece mi espíritu, y no puedo menos de desearos cuanto me parece mejor, y cuanto deseo para mí mismo. ¡Ojalá qué os consuelen mi buena voluntad y mi afecto! Bien sabeis, que este afecto es grande y sincero. No podeis dudar, que me alegraria mucho de hallar una ocasion en que probarlo, y cuento bastante en el vuestro para esperar, que me proporcionareis este placer.

"Os he recomendado á las oraciones del cura de San Nicolás (que antes lo fué de

San Pedro en Lyon), y á los cofrades de la adoracion nocturna... M... espera veros á vuestro paso para...

«A Dios, mi querido N..., no me olvideis en vuestras oraciones, y creed que soy muy vuestro en Nuestro Señor.»

«Nos ha remitido esta carta, decia el *Univers* en su número del 22 de Noviembre, uno de los celosos misioneros que se hallan al servicio de nuestro ejército. La esquela que la acompañaba dice; que el oficial, á quien iba dirigida, se encontraba en buena via de curacion.»

* * *

Ya se sabe la parte tan distinguida que ha tenido el Almirante Bruat en la campaña de 1855. Su actividad, su decision y su energía le han conquistado la admiracion universal. Se sabe asimismo que ha muerto casi repentinamente de un ataque de gota al entrar en Francia. Sin embargo, la muerte no ha podido sorprenderle, porque este ilustre marino era un cristiano fervoroso. Damos sobre este objeto algunos, aunque muy cortos pormenores, remitidos al *Journal de Saint-Quintin*.

«La crisis á la que ha sucumbido el Almirante Bruat, ha sido repentina, pero ya hacia mucho tiempo que el estado de su salud era vacilante. Sin embargo, su energía, sorprendente actividad, é infatigable

ánimo, que revelaban al hombre escepcional, tenian engañados á cuantos le rodeaban, y sus amigos los oficiales, así como los marineros, para quienes era lo mismo que un padre, estaban muy lejos de esperar la desgracia que les amenazaba.

«Durante su permanencia en Constantinopla, y especialmente cuando fué recibido por el Sultan, sorprendió á todo el mundo con su verbosidad y su atractivo, nunca habia estado mas alegre, y ni al parecer, disfrutando de mejor salud. Así cuando el mal, que insensiblemente se iba agravando, llegó á conmover en alta mar aquella existencia tan noble y apreciada, el estado mayor y la tripulacion se quedaron como heridos de un rayo.

«Fiel á los principios religiosos que habian sido la guia de toda su vida, el almirante murió como cristiano. Antes del ataque de Kinburn, ya se habia preparado para morir, porque ufano con el pensamiento de que podia morir sirviendo á su pais, y defendiendo su glorioso pabellon, queria que la muerte no le sorprendiera. Desde que se sintió amenazado acudió al capellan del *Montebello*, recibió de su mano los últimos sacramentos en pleno conocimiento, y entregó á Dios su hermosa alma pensando en su muger, en sus hijos y en su familia, cuyo dolor pre-

veia, y para la que pedia las bendiciones del cielo.

«Su muerte cristiana ha correspondido á su vida, habiendo sido hasta su último suspiro el modelo del hombre de corazon y del buen ciudadano.»

Grandes y legítimas alabanzas se han tributado al almirante Bruat, pero nadie le ha elogiado en términos mas dignos y mas sencillos, que uno de sus compañeros de armas, el vice-almirante Dubourdieu, que recibió el cadáver en Tolon. Escuchemos estas nobles palabras:

«Señores, si un antiguo hermano de armas y un antiguo amigo de Bruat pudiera en este momento solemne hablar en nombre de la marina, en la que deja un vacío tan grande, yo diria: ¡Que nuestra marina le llora!...

«La marina inglesa, con cuyas simpatías y respeto contaba, se asocia á nuestros sentimientos.

«¡Esta muerte es un luto general! ¡Bruat lleva tras sí los llantos del Emperador y de la Francia!

«La religion le ha tributado sus sublimes socorros, y un alma grande tan sincera y tan elevada está en la paz de Dios. Ha muerto como un cristiano.

«A los honores que nosotros le tributamos van á unirse los honores y las ora-

ciones de la Iglesia. Acompañemos respetuosamente los restos de tan gran marino. ¡Sean su vida y su muerte una leccion y un ejemplo, como son una gloria nacional!»

CAPITULO XVI.

EL MES DE MARÍA EN LOS HOSPITALES DE CONSTANTINOPLA.... EL CORPUS CHRISTI.

"Tenemos cartas de Constantinopla de fecha del 28 de Mayo, decia el *Univers* en su número del 7 de Junio de 1855:

"El mes de María se ha celebrado en algunos de los hospitales militares de Constantinopla con una solemnidad tan piadosa y bien arreglada, que honra al ejército de Oriente. Sin duda que tambien en las gracias y bendiciones, dispensadas á muchas almas sensibles y dóciles, se estenderán al ejército entero, y brillarán en algun acontecimiento definitivo.

"En las salas ó capillas de estos edificios, que hasta que vinimos á ellos no habian tenido sino el oratorio de la mezquita, se ha erijido un altar á María, probando por el buen gusto de su forma, que cada regimien-

to tiene sus artistas. En unas se han esculpido columnas como por encanto; en otras se han imitado los mármoles mas preciosos con todos sus matices. Estas creaciones en papel ó en colores son obra maestra de algun herido ó convaleciente, que de ese modo consagra á la Vírgen Sma. sus ratos desocupados. Aquel otro se acuerda de que en otro tiempo fué alumno de la academia de bellas artes, pide lápices y dibuja la imágen de un santo, de un confesor pontífice, cuya fiesta se acerca, y que, siendo patrono del señor capellan, será la ofrenda de su agradecimiento. La cabeza, no hay duda, tiene la mitra y la aureola de la santidad; pero el autor es un zuavo, y el tipo guerrero sobresale de tal modo en sus concepciones, que el bienaventurado obispo parece estar en el momento de subir al asalto de Sébastopol.

"Cada casa ha organizado tambien su coro de cánticos: todos los músicos *y talentos de sociedad*, se apresuran á tomar parte en él. Entre ellos se encuentran compositores, y sus canciones á María se repiten por conjunto armonioso de todos los camaradas que se ensayan con cuidado para la tarde. Cuando las letanías de la Vírgen Sma. se han cantado con las hermanas, cuyas voces hacen una mezcla armoniosa y admirable con las de los militares, el capellan ó el cofrade in-

vitado por él lee la instruccion del dia, que el auditorio apiñado y devoto escucha con avidez. Algunas veces la sala no puede contener la muchedumbre de oyentes: los pobres heridos se hacen llevar una media hora antes para asegurar sus sitios.

"Este es el momento mejor del dia para ellos, y en realidad la distraccion mas dulce en un pais en donde todo les es estraño y desconocido empezando por el idioma, y en donde no encuentran ninguna de las diversiones de su pais natal. Recomendamos este hecho á la reflexion de los que piensan libremente, que parece como que critican todavía la medida saludable, que ha restablecido los capellanes de ejército. ¡Ah! Ninguna duda debe quedar de que el número de víctimas, demasiado grande ya, hubiera sido considerablemente mayor, si el sacerdote y la hermana de caridad no hubieran estado allí para asistir, consolar y fortalecer. Todo el cuerpo de médicos, escepto algunos pocos estraviados aun por los falsos principios del materialismo, está de acuerdo en reconocer la gran utilidad de estos nuevos auxiliares. Ni ¿cómo habian de negar su aprobacion al purísimo zelo, que en el inagotable pormenor de los cuidados espirituales, consume con tanta rapidez las mas robustas y preciosas vidas? Tales son la del jóven

M. de Geslin admirado por su celo infatigable durante los pocos meses de su nuevo ministerio, y arrebatado últimamente por el tifus al pie de las murallas de Sébastopol; ó la del R. P. Gloriot modelo perfecto del apostolado militar, y que en la fuerza de su edad desapareció de entre nosotros á los pocos dias de una enfermedad adquirida á la cabecera de los enfermos."

El mismo periódico referia los detalles siguientes en su número del 26 de Junio de 1855.

"El gobierno turco ha permitido y protegido este año, como en los últimos anteriores, las procesiones públicas de Corpus Christi. Ha hecho mas aun; ha querido asociarse en algun tanto oficialmente á este acto de nuestra religion.

"El hecho ha tenido lugar en Bebek, pueblo del Bósforo, donde se halla el colegio de los misioneros. Todos los años se ha llevado en triunfo el Smo. Sacramento enmedio de un concurso de fieles, á los cuales se juntaban siempre muchos musulmanes, griegos y armenios, atraidos por la novedad del espectáculo. Los griegos tienen, en verdad, sus procesiones, pero solamente de noche, y todas, como las del Santo Sepulcro en Jerusalen el sábado Santo, ofrecen el escándalo de una espantosa barahúnda, que no sin

gran trabajo dirige y contiene el látigo de los gendarmes turcos. Fuera del catolicismo seria dificil encontrar en Oriente una sola ceremonia de este género convenientemente ordenada. Los musulmanes por la impresion que les causa la vista, y perfume de las flores que adornan los altares, ó alfombran el suelo en este dia, la llaman la *fiesta de las Rosas*.

"El progreso, ó la transformacion social, que la alianza política del Occidente produce en la Turquía, y sobre todo en su capital, ha animado á los católicos á estender este año mas allá de lo de costumbre la carrera de su procesion. Se decidió que en la plaza de la Villa se erigiese una estacion militar, que representase á la vez el ejército francés de la Crimea y el campamento vecino de Maslak. Algunos soldados de ingenieros echaron mano á la obra con buen ánimo, y levantaron el altar enmedio de dos hermosos trofeos de armas, cuya composicion y forma, desconocidas en el pais, escitaron vivamente la curiosidad. Sobre un fondo de azul celeste, en que brillaban los fusiles, sables y bayonetas, se leia en grandes caractéres de colores nacionales con los de las colgaduras que cubrian y rodeaban el altar, por un lado estas palabras: *Dios protege á la Francia*; y por el otro: *Al Dios de los*

Ejércitos. El coro de esta Capilla improvisada bajo la sombra de dos plátanos gigantescos estaba formado por haces de fusiles interpolados de naranjos.

"La salida de nuestras tropas para Crimea privó á la procesion de la música militar que la hubiera acompañado. Pero, añade nuestro corresponsal, los católicos resolvieron entonces pedir una al gobierno local, para lo que se dirigieron al gefe de la artillería S. A. Fethi-Amed, director del importante arsenal de Constantinopla, quien, dotado de capacidad y actividad, no ha dejado desde el principio de la guerra de proveer tanto á las necesidades del ejército otomano, como á las de los aliados. El bajá concedió generosamente su música, y con estraordinaria sorpresa de todos tocó el dia siguiente á la cabeza de la procesion. ¡Homenage esclarecido de los musulmanes, que ha conmovido á todos los corazones cristianos, y que es un feliz presagio para el porvenir. Pero no es esto todo: el oficial otomano de la guardia inmediata se presentó al frente de su compañía con armas y de gala para servir de escolta. Un piquete de nuestros artilleros precedia á esta tropa, y todos admiraron el órden y respeto con que formaban unos y otros sus filas paralelas al lado del clero, que alternaba su canto con la música. No se dis-

tinguieron los musulmanes sino al tiempo de la bendicion, cuando los nuestros se arrodillaron y presentaron las armas. Todo el gentío manifestaba recogimiento al par que satisfaccion: y cuando por la primera vez, desde la toma de Constantinopla, el Dios de amor, oculto bajo las formas eucarísticas, apareció en la gran plaza, la apiñada multitud de turcos y de cismáticos se desviaba con respeto cediéndole el paso, como arrastrada por su fuerza misteriosa. Se ha visto á algunos turcos y griegos doblar la rodilla para recibir la bendicion como los católicos. Una vieja nonagenaria armenia bendecia á Dios por haber dispuesto para sus últimos dias un espectáculo tan inesperado."

CAPITULO XVII.

EL EJERCITO DE ORIENTE EN FRANCIA Y EN ROMA.

Mientras que nuestros soldados se mostraban tan buenos cristianos como esforzados guerreros al frente del enemigo, las oraciones de la Francia se alzaban continuamente hácia el Dios de los ejércitos implorando la victoria. Esta práctica no ha cesado: por todas partes los católicos, dignos de este nombre, los que cumplen con sus deberes religiosos, ruegan por el triunfo de nuestras armas, y por una muerte cristiana para los soldados que hayan de sucumbir. Nuestros obispos ordenan en sus diócesis rogativas públicas, y los fieles, no satisfechos con seguir de corazon á las recomendaciones de sus prelados, se ingenian de cualquier modo y de todas maneras para atraernos el favor del Cielo. Así es como en el mediodía,

donde la devocion á la bienaventurada Germana es tan viva, una asociacion de señoras piadosas distribuye medallas, que dan á los niños pobres para que las lleven á fin de que las familias reunidas recen una oracion por las necesidades del ejército. En un lado de la medalla se representa á la Vírgen inmaculada con esta inscripcion: *Socorro de los cristianos, obtened la victoria para nuestro ejército:* en el otro tiene la efigie de la bienaventurada Germana con esta divisa: *Bienaventurada Germana, orad por nuestros soldados.* Estas señoras han hecho acuñar la medalla en lengua inglesa con las mismas invocaciones. Mas de cien mil se han distribuido ya en Francia, ó se han enviado al ejército. El Sr. obispo de Carcassonne ha concedido cuarenta dias de indulgencia en su diócesis á los que digan esas dos oraciones. Las han impreso aparte y las han pegado á las puertas de muchas casas, como lo hacian en tiempo del cólera con la invocacion á María concebida sin pecado. Es sabido que la bienaventurada Germana es la última de las nacidas en Francia que han recibido en la tierra el honor de ser beatificadas.—El venerable cura de Ntra. Sra. de las Victorias de París, que ha hecho ya tanto para que se rece por aquellos de nuestros hermanos que se hallan en

el teatro de la guerra, y que con este objeto ha sido el primero en establecer una novena, ha querido que esta piadosa medalla se distribuya tambien en nuestras Iglesias, habiéndola recomendado al auditorio que se agrupa todos los domingos en la tarde á la hora de los ejercicios al rededor del púlpito y del altar de María. — El cielo no ha permanecido sordo á estas súplicas, y de ello son pruebas evidentes las victorias que consigue nuestro ejército y el espíritu que penetra por todas sus filas.

En vista de todas esas muertes tan cristianas, preciso es reconocer el poder de la oracion. Hace dos años ¿quién hubiera esperado ejemplos tan grandes y tan numerosos? ¡Ahí está el dedo de Dios!

Esta ardiente simpatía de los corazones cristianos por nuestros soldados se ha mostrado bajo todas formas. Al propio tiempo que los católicos oraban, eran los primeros á suscribirse para enviar socorros á nuestro ejército. ¡Y qué de veras no han manifestado su cordial admiracion á los héroes que han vuelto á Francia! Estos por su parte han conservado por lo general el espíritu del ejército de Oriente. Que lo conserven todos y siempre, tal será su salvacion y la de la patria.

* * *

"....Se ve aquí, escribian de Marsella á los *Annales du Bien*, muchos amputados que esperan su admision en los inválidos, ó el reglamento de su pension. Estos valientes son el objeto de la simpatía universal: ayer tarde cuatro soldados jóvenes del 82, se paseaban juntos, el mayor apenas contaba veinte y tres años; dos de ellos tenian un brazo amputado, el tercero una pierna y el cuarto las dos. Los tres primeros estaban condecorados con la medalla, y el último con la cruz de honor: las piernas de palo se apoyaban gallardamente en los brazos de los dos mancos. Todos se paraban al pasar ellos, y los miraban por largo rato. Yo los seguí; entraron en una iglesia, donde entré tambien y conmovido los ví sacar de los bolsillos libritos pequeños, y orar con devocion. No me habia conmovido menos algunos dias antes al ver dos zuavos en su trage arrodillados en la iglesia de San Martin dando gracias á Dios por haber recobrado el uso de sus piernas heladas en Crimea.

"Continué mi paseo, y llegué á la colina Bonaparte, que toca á la montaña de Nuestra Señora de la Guarda, lugar de célebres peregrinaciones, en donde me aguardaba otra sorpresa patética: observé que una señora jóven, elegante y bella subia descalza

y con una vela en la mano. Iba á dar gracias á la Vírgen Santísima por la salud de su marido, capitan del antiguo 7.° de ligeros, que habia quedado por muerto ante la torre de Malakoff, donde habia recibido diez heridas. Los rusos viendo que respiraba aun, lo recogieron y llevaron á la ciudad, y gracias á los cuidados que se le prodigaron está hoy enteramente sano. Habla con efusion y agradecimiento de todas las atenciones que los rusos tuvieron con él. Dice entre otras cosas, que durante su convalecencia el general en gefe Osten-Saken mandó que le sirviesen de su propia cocina."

* * *

Un amigo nuestro de Lyon nos ha contado un hermoso rasgo que conmoverá á nuestros lectores, como nos ha conmovido á nosotros. Habia ido al campo á ver á una parienta suya que le traia de vuelta á Lyon en su carruage; cuando á distancia de algunas leguas de la ciudad pasaron por delante de un soldado que andaba con mucho trabajo, y que parecia estenuado de fatiga. La señora N. mandó parar los caballos, y dirigiendo la palabra al militar le preguntó á dónde iba, de dónde venia y si estaba malo. "Vuelvo de Crimea, le respondió el soldado, y voy á Lyon, pero la calentura me consume, y no sé si podré concluir mi jornada."

La señora N. inmediatamente hizo que el pobre caminante subiese á su carruage, lo cuidó mucho, y habiendo entrado en Lyon llegaron á la puerta del hospital en que el soldado habia de quedarse: este entonces, penetrado de gratitud, dijo á su bienhechora: "Señora, me habeis hecho un gran servicio, y no sé como espresaros mi agradecimiento. A no ser por vos acaso hubiera muerto en el camino. Tomad, no tengo mas que una cosa, cosa que aprecio mucho y que me ha protegido en la guerra; el Papa fué quien me la dió en Roma; pero habeis sido tan buena para mí, que os suplico que la acepteis." El buen soldado abriendo su capote se desprendió del cuello una medalla de la Vírgen Santísima pendiente de un cordon, y se la presentó á su bienhechora.

La espedicion á Roma ha sido para nuestro ejército un manantial de bendiciones. Miles de soldados como este de que hablamos, han recibido de manos del Pontífice una medalla, que conservan como una preciosidad, y que sostiene y protege su fé. La renovacion religiosa, que con tan noble carácter ha distinguido al ejército de Crimea, se preparó con las buenas hermandades establecidas en Francia, pero sin duda alguna data desde la ocupacion de Roma.

* * *

Lorenzo, sargento del 2.° regimiento de Volantes de la guardia, es uno de los afortunados de la jornada del 8 de Setiembre: no ha perdido mas que una parte de la cara. Demos una corta biografía de este soldado cristiano.

"Despues de haber servido durante siete años en el regimiento de zuavos de Africa, se alistó para eximir del servicio á su hermano, y entró en un regimiento destinado á Roma. Apenas llegó á la ciudad eterna se convirtió constituyéndose en verdadero Apóstol de los soldados. La institucion de las reuniones y de las escuelas nocturnas no tienen miembro mas asiduo: él recluta gran número de compañeros, y los conduce á estas escuelas, donde practica ostensiblemente sus deberes de cristiano. Le hemos visto en Versailles distribuyendo medallas de la Vírgen Sma. secundando con su celo algunas personas piadosas en todas aquellas instituciones, en que tenian á bien valerse de él, y llevando á sus amigos al confesonario. Tiene una devocion particular á la Vírgen Sma. y destina al adorno de sus altares el haber de sus galones de sargento.

"En el mes de Enero de 1855 Lorenzo fué destinado á Oriente; salió muy resuelto á ser de los primeros en el asalto, si le toca-

ba á su regimiento. Se han recibido cartas suyas de Crimea muy edificantes, y dirigidas á personas piadiosas de Versailles, á quienes mira como á otros tantos padres espirituales. No ha dejado de enviar su cuota para el adorno del altar de Nra. Sra. (Su piececita de oro viene oculta bajo el sello de sus cartas).

"Se halló en el asalto de la torre de Malacoff, en donde recibió una herida grave: una bala le ha destrozado la quijada saltándole muchos dientes, y ha habido precision de operarle.

"La carta en que anuncia su herida comienza con estas palabras: "¡Aleluya! Estoy herido!..."

Refiramos otro hecho:

"Un soldado, que se convirtió en Roma, cuando ya estaba para cumplir el tiempo de su servicio, siguió los ejercicios de la obra piadosa de los militares. Habiendo sabido, que á uno de los jóvenes, que se dedicaban al servicio de esta buena obra, le habia tocado la suerte de soldado, se reenganchó en sustitucion suya diciéndole:

"No te pido sino una cosa, y es que continúes ocupándote de las almas de los soldados." Ahora se halla en Oriente.

I.

El *Univers* ha publicado la nota siguiente en su número 15 de Octubre de 1855.

"Una ceremonia muy patética reunia hoy en la capilla de la escuela militar una numerosa concurrencia. Los oficiales del batallon de cazadores de á pie de la guardia imperial celebraban honras fúnebres por el descanso de las almas de Mr. de Cornulier-Lucinière, Gefe de batallon; de los señores capitanes y tenientes, de Gaullier de la Grandière, Boisiè, Pelletier, Paquin, y de los sargentos y soldados muertos gloriosamente el 8 de Setiembre en la brecha de Malakoff. Todos los cuerpos de la guardia y del ejército, así como los parientes y amigos de estas víctimas generosas, estaban representadas en esta ceremonia. El general conde de Montebello con su estado mayor; el general Ulrich, que mandaba hace poco una brigada de la guardia en Crimea; el marqués de Cramayel, senador; el coronel de estado mayor, comandante militar de las Tullerías, y la mayor parte de los oficiales superiores de infantería, de caballería y de la artillería de la guardia imperial, asistieron á las honras. Cerca del catafalco se notaba un cierto número de cazadores heridos,

que acababan de volver de Sébastopol, y en cuyas fisonomías se percibia, á pesar de la tristeza de pérdidas tan crueles, el orgullo legítimo del deber, cumplido con una abnegacion, una perseverancia y un heroismo, que jamás se verán sobrepujados. Todos se decian al salir de la capilla, que ni la religion ni la Francia habian podido jactarse nunca de tener un ejército semejante, un ejército, que ha sabido mostrarse tan cristiano como nacional, y tan valiente como disciplinado."

"Iguales ceremonias han tenido lugar en un gran número de ciudades á peticion de los oficiales, que han quedado en Francia con el depósito del regimiento. Todos han suplicado á la iglesia, que ruegue, y han rogado con ella por sus hermanos muertos en Crimea. Los periódicos han publicado estas patéticas y nobles manifestaciones, dictadas por el afecto, la admiracion y la fé. En todas partes el público en cantidad numerosa se ha unido á los oficiales y soldados para honrar con ellos á estas víctimas del deber.

"Nuestros Sres. obispos no aguardaron estas manifestaciones de los cuerpos de oficiales, y desde luego hicieron celebrar honras fúnebres, en las que se rogase al Dios de toda justicia y de toda misericordia, que

recibiese en su gracia las almas de nuestros heróicos soldados. La iglesia no olvida jamás á los que combaten y mueren por la patria. Desde el principio del año de 1855 el presbítero Desgenettes, cura de Ntra. Sra. de las Victorias en Paris, estableció una novena de misas y una asociacion de oraciones por nuestros soldados. Un capellan del ejército de Crimea escribia sobre este particular á un amigo nuestro.

"Si teneis ocasion de ver al Sr. cura de Ntra. Sra. de las Victorias, ó de escribirle, decidle de mi parte, y tambien de la de otros muchos, qué consuelo tan grande nos proporciona esa asociacion de oraciones (en que yo pensaba hace tanto tiempo) por el ejército de Oriente. Era muy necesaria y no dudo ni un instante de los buenos resultados que habrá de producir."

Esta piadosa asociacion existe ya en todas partes.

* * *

No podemos hacer la mas ligera mencion de las exequias fúnebres que se han celebrado por nuestros militares muertos en la guerra de Oriente: hemos hecho ya sin embargo una escepcion describiendo la ceremonia de la escuela militar, y ahora vamos hacer otra refiriendo un oficio fúnebre celebrado en una iglesia de monjas. El *Jour-*

nal de Maint-et-Loire, que se publica en Angers, nos suministra los pormenores.

"Todo el mundo ha leido con enternecimiento las palabras que el mariscal Pélissier pronunció sobre el sepulcro de su edecan el coronel Cassaigne del cuerpo de estado mayor, á quien *amaba como si fuera su hijo*. El elogio que hacia de la alta capacidad militar y eminentes cualidades, que le adornaban, y por las que era uno de los ornamentos del ejército, ha tenido eco en mas de un corazon, y ha hecho vibrar con dolorosa energía el sentimiento de una antigua amistad. Uno de los amigos antiguos de Cassaigne, hoy sacerdote, que ha tenido ocasiones de apreciar su bondad y amenidad, la esquisita delicadeza de su corazon y la sinceridad de su fé, ha querido pagar á su memoria el tributo de su sentimiento y de sus oraciones, celebrando por sí mismo el mártes último en la capilla de las Agustinas de Angers una misa de requiem, que fué cantada por el clero parroquial de San José y por muchos eclesiásticos, que se apresuraron á realizar el pensamiento del que los habia convocado. Al entonarse el *Dies iræ* las voces de las religiosas alternaban con las del coro, y mientras las santas hijas de la soledad y de la abnegacion alzaban hasta las bóvedas en su preciosa ca-

pilla los acentos de terror y de esperanza contenidos en la secuencia de difuntos, se sentia uno conmovido con un piadoso y grato recuerdo. "Allí hay, reflexionaba uno, hermanas de caridad, que prodigan toda clase de cuidados á nuestros soldados heridos, y aquí otras hermanas, animadas del mismo espíritu de fé y de sacrificio, continúan, acaban la obra comenzada en los campamentos y en los hospitales, ofreciendo al pie del altar votos y oraciones por los valientes que ya no existen. ¡Mision tan tierna como sublime!"

II.

El *Univers* decia en su número del 25 de Setiembre de 1855.

"Tenemos carta de Roma del 20 de Setiembre. La toma de Sébastopol se ha celebrado el 18 con un *Te Deum* solemne en San Luis de los franceses. La ceremonia ha sido brillante y verdaderamente nacional. La iglesia estaba adornada rica y elegantemente. El embajador de Francia con el numeroso personal de la embajada, al cual se habian unido el personal de la legacion Sarda; el general comandante de la division, el general de brigada, comandante de la plaza, todos los oficiales superiores é inferiores

del ejército, varias compañías de preferencia y diputaciones de todos los cuerpos, el director y alumnos de la academia imperial, y casi todos los franceses domiciliados ó transeuntes en Roma, formaban el acompañamiento militar y civil.

"El clero no se habia demostrado menos diligente en asociarse á esta manifestacion. En la ausencia de Monseñor Level superior de San Luis, que salió últimamente para una peregrinacion á Jerusalen, su substituto, el señor Figarella, se hallaba á la cabeza del cuerpo de capellanes, al cual se habian unido todos los rectores de las iglesias francesas de Roma y muchos otros eclesiásticos, todos en hábito coral. En la nave mayor, y mezclados con la concurrencia, se notaban gran número de individuos de nuestro clero; muchas órdenes religiosas de Roma habian enviado tambien los frailes ó monges franceses, que cuentan en su seno, pudiéndose decir, que hoy hay pocos conventos en Roma en que no se encuentren religiosos franceses. Algunos hay en que se encuentran sargentos y simples soldados de nuestro ejército de Roma, que han cambiado el uniforme militar por el hábito religioso; y lo llevan observando la misma regidez disciplinaria, que cuando llevaban el militar. Despues de haber practicado todas las virtudes

del soldado, practican con el mismo zelo las virtudes religiosas. Los dominicos de Santa Sabina, y los benedictinos de San Pablo pueden decir, si nuestro testimonio no es verdadero. Nuestras comunidades religiosas, tan multiplicadas en el dia en Roma, ocupaban un espacio grande en esta ceremonia. Todo el que veia en aquella festividad á las hijas de San Vicente de Paul recordaba involuntariamente la noble abnegacion, que las ha llevado á los hospitales del ejército de Oriente, donde no menos valientes que nuestros soldados, han perdido tambien la vida en servicio de la patria y de la iglesia. La misma reflexion ocurriria á la vista de los PP. Jesuitas; y el recuerdo de su heróica abnegacion en los campos de batalla y en los hospitales se conquistaba la admiracion y agradecimiento de todos.

Despues de haber celebrado la victoria rogaron por los muertos. Citemos otra vez al *Univers*.

«Cartas de Roma del 13 de Octubre nos informan que en aquel mismo dia á las 9 de la mañana se habia celebrado un oficio fúnebre por todos los oficiales y soldados, que habiendo pertenecido al ejército de ocupacion de Roma, han muerto en Crimea. Otros dos funerales se habian celebra-

do ya, el primero por todas las víctimas del ejército de Oriente, y el otro por el general de Pontevès. Nadie habia pensado en el que vamos refiriendo destinado especialmente á honrar la memoria, y á socorrer las almas de todos los que antes de verter su sangre en la península de Crimea y en los baluartes de Sébastopol, la habian ofrecido ya á la Iglesia en las filas del ejército de Italia. El pensamiento de agradecimiento y simpatía, que ha inspirado esta tierna manifestacion, ha salido del corazon del soberano pontífice, cual la ha hecho doblemente preciosa é interesante. Pio IX ha querido que todos los que sirvieron al papado en el sitio ó en la ocupacion de Roma, y despues han sucumbido en los trabajos ó en los combates de Oriente, recibiesen este público testimonio de sus sentimientos para con ellos. Aun antes de disponer esta ceremonia; que ha tenido lugar en San Marcelo, parroquia del comandante de la plaza de Roma, el Papa ya habia ofrecido varias veces, y mandado ofrecer á sus clérigos con frecuencia, el santo sacrificio de la misa por aquellas almas, cuya memoria le es tan querida. Él mismo lo declaraba así al ordenar los preparativos para el oficio de difuntos en San Marcelo. Además de estas honras solemnes se digeron gran número de misas

durante toda la mañana en la misma Iglesia, con la misma intencion y por órden y á espensas del Santo Padre.

«Aunque no se habia invitado á nadie y la ceremonia se habia anunciado solamente con un simple aviso en el *Diario de Roma*, una concurrencia inmensa se asoció al pensamiento del Santo Padre, que asistió á rogar por tantos corazones nobles, á quienes habian conocido en Roma, á quienes habian amado y á quienes lloraban y lloran todavía. Es inmenso el número de soldados del ejército de Oriente, que habia pertenecido á las tropas de ocupacion de Roma. Lo menos diez ó doce regimientos habian visto á Italia antes de ir á Crimea, por donde puede calcularse el número de muertos que han debido tocarles, y principalmente si se tiene en cuenta, que entre los regimientos que mas han sufrido se halla el antiguo 21.° de ligeros, que no hace mucho tiempo salió de la capital del mundo cristiano. Se asegura que cuando los oficiales de este regimiento fueron á despedirse del Santo Padre, y á recibir su última bendicion, Pio IX se enterneció mucho al considerar los riesgos que iban á correr, y que no pudo menos de espresar este sentimiento que afectó profundamente á aquellos bravos militares. Cuatro de los

generales que murieron al pié de los muros de Sébastopol, habian ejercido ya mando en Roma. Hé aquí sus gloriosos nombres : Brunet, de Pontevès, Saint-Pol y de Marolles. Aun vive allí la memoria de estos nombres, sobre todo la del general de Pontevés, cuyas virtudes y devocion á la silla apostólica han sido tan bien apreciadas. Podemos dar hoy nueva prueba de la alta estimacion que ha dejado en Roma este general valiente y piadoso, y del sentimiento que ha causado su muerte. Uno de los prelados destinados al servicio del Santo Padre, á quien unian relaciones amistosas con el general, ha creido que la ceremonia colectiva de San Luis no era bastante para atestiguar dignamente los sentimientos de estimacion y de piadosa simpatía, que el difunto se habia adquirido, y ha mandado celebrar una misa solemne de *requiem* por el descanso de su alma en la iglesia de San Marcial, parroquia del palacio que habitaba el general, como comandante de la plaza de Roma. Aunque esta ceremonia tenia un carácter privado y á nadie se habia invitado para ella, la concurrencia ha sido sin embargo numerosa y distinguida. Allí estaban entre otras muchas personas el Embajador, gran número de oficiales superiores y subalternos, muchos miembros del clero, muchos

soldados y aun obreros, cuyo protector y sosten habia sido el caritativo general. Las oraciones que en esta ocasion se ofrecieron emanaban de corazones inspirados por la amistad ó la gratitud, y sin duda alguna han tocado al corazon de Dios, y contribuido al consuelo de un alma, que vivia en la práctica de los deberes religiosos, y que ha dejado la tierra con una confianza y paz, que solo proceden de la misericordia divina.»—El R. P. de Damas ha visto en Oriente tres de estos generales.

Hé aquí la memoria que les consagra en su *novena carta*.

«....El general de Marrolles lucha como un leon á la cabeza de sus granaderos, y cae traspasado de mil balas. El mismo me decia muy poco antes de este grande acontecimiento:—«He salido de Francia sin disgusto. He tenido la desgracia de perder á mi muger, que es dichosa en el seno de Dios. Mi única hija no me necesita, pues está educada admirablemente por su abuela, asegurándole su porvenir la alta posicion de su abuelo. No soy pues necesario á nadie: si muero esta desgracia me atacará á mí solo: ¡Así es, que puedo y debo dar la vida por mi pais!»

«Luego sigue el general de Saint-Pol, dos años mas jóven que Mr. de Marrolles, y que á los 45 murió de un balazo en el

pecho. Vinimos juntos el año pasado de Malta á Crimea.—«No estoy casado, me decia, hablando de los acontecimientos de la guerra, aun soy jóven y temo á la vejez. Frecuentemente los viejos son una pesada carga para cuantos les cercan, así pues he solicitado que me destinen á Crimea, y pido á Dios servir allí todo el tiempo que mi espada sea útil á Francia: despues seré dichoso si muero en el campo de los valientes antes que mi vida llegue á ser inútil.»

Finalmente el general de Pontevès va á pagar á su pais el noble tributo de su patriotismo: dos balas le atravesaron el pecho, y un casco de bomba le destrozó la espalda. Descendiente de una de las familias mas ilustres de Provenza, hermano del duque de Sabran, jóven aun y en posicion de pretender grandes favores, miraba á la muerte sin espanto. Volvió sus ojos á la religion, á la que durante toda su vida, habia pedido fuerza y valor: en seguida dió sus órdenes para el arreglo de sus negocios, y su último recuerdo, y su último donativo fueron para su parroquia y para los pobres de su pais.»

Al meditar sobre tan grandes ejemplos, recuerda uno, como una prenda de esperanza para el porvenir, este dicho de José de Maistre: «Lo que falta á la Francia son hombres de valor y buenos.»

CAPITULO XVIII.

FIN DE LA CAMPAÑA DE 1855.

Mientras se imprimia este tomo se han publicado muchos hechos semejantes á los que se contienen en él; he recogido algunos. Ya se sabe que Francia ha festejado con funciones solemnes el aniversario de la declaracion del Dogma de la Inmaculada Concepcion.

Dos ciudades, Lyon y Marsella se han distinguido en particular por el esplendor y la unanimidad de sus homenages á «María concebida sin pecado.» Consignemos aquí dos episodios de sus fiestas:

«Entre todos los adornos, decia la *Gazette de Lyon* en su número del 10 de diciembre, habia uno que atraia la atencion de grandes grupos de gente.

«Bajo un triple pórtico aparecia la estatua de la Vírgen al final de una calle

de arbustos de todas clases. Este risueño jardin se hallaba esmaltado de flores, al través de las cuales brillaban láminas largas de acero, corazas que la bala habia desfigurado, pero no roto, trofeos de armas ofensivas y defensivas, pedreros de cobre inclinados sobre su cureña abriendo una boca amenazadora al lado de pirámides de balas, cuyo aspecto tampoco es muy festivo.

«Estraño al que se acercaba por primera vez, este espectáculo concluia por provocar el agrupamiento de paseantes curiosos y oprimidos, quienes no podian desprenderse de él, y era menester que un grupo pujase á otro para que llegára á restablecerse la corriente de cabezas humanas en aquel sitio tan reducido.

«Sin duda la curiosidad tenia gran parte en este atropellamiento de la multitud para ver la capilla que los gendarmes habian preparado bajo la principal entrada de su cuartel; pero allí habia otra cosa. Además del instinto natural y vulgar hemos encontrado el sentimiento de una gran idea eminentemente popular espresada con tanta sencillez como felicidad en las paredes del santuario guerrero: la idea patriótica de la gloria de nuestros ejércitos merecida por la intercesion de Aquella á quien Luis XIII confió

por voto solemne y especial los destinos é intereses de la Francia.

«Esta idea se hallaba espresada á derecha é izquierda en dos trasparentes de la protectora de la Francia.

«MALAKOFF. — SÉBASTOPOL.

8 DE SETIEMBRE DE 1855.

—

BOMARSUND. — TRAKTIR.

15 y 16 DE AGOSTO DE 1854 y 1855.

Hé aquí ahora algunos renglones tomados del *Courrier de Marseille*.

«Debemos citar un hecho muy patético: en la carrera Bonaparte se ha notado que cuatro zuavos llevaban una estatua de la Vírgen. Estos bravos militares, que hace algun tiempo llegaron de Crimea, donde lucharon en las batallas de el Alma, Inkermann, Malakoff y Sébastopol, se embarcan de nuevo para Oriente hoy 10 de Diciembre. Antes de salir de Francia para ir á sostener tan lejos de ella el honor de sus armas, han querido rendir á la Vírgen Sma. este piadoso homenage que nadie debe estrañar sabiéndose que los sentimientos religiosos de nuestros soldados igualan á su patriotismo y valor. Al deponer su piadosa carga estos bravos

militares se prosternaron á los pies del obispo para recibir su bendicion, la que monseñor les ha dado con viva emocion y afectuosa ternura.»

En Noviembre de 1855 hubo en el campamento de Inkermann una desgraciada esplosion, que destruyó parte de nuestro parque de artilleria, y causó la muerte de muchos soldados. Uno de ellos habia sido herido muy gravemente, y no habia la menor esperanza de salvarle; viendo él que ya no le quedaban sino muy pocas horas de vida, escribió con mano trémula á su madre, que vive en Brest, una carta que ha sido enviada al *Messager de la Charité*. Héla aquí:

«Pobre madre mia,

«Ruego á Dios que os dé fuerza para recibir una noticia muy triste. Acabo de ser herido de mucho peligro en la esplosion de los almacenes de Inkermann, y no escaparé segun me asegura el cirujano. No os desconsoleis demasiado, yo muero, os dejo ahora; pero mas tarde nos encontraremos en el cielo al lado de mi padre, cuya muerte fué edificante y yo trato de imitar. He pedido que me traigan un sacerdote: pronto oiré su palabra divina é inspirada; pronto confesaré las faltas que he cometido, y que en esta hora suprema me parecen mas graves. Voy á morir aho-

ra: estad segura de ello; voy á morir pensando en vos; veré vuestra imagen adorada inclinarse sobre mi lecho de dolor, consolarme y darme el ósculo de despedida.

«¡Adios, mi tierna madre, á Dios para siempre!

«*Emilio F.*»

Es preciso poner junto á esta carta tan llena de sentimiento algunas líneas dirigidas igualmente por uno de nuestros soldados á su madre. Este no estaba herido; pero como tantos otros habia olvidado, hacia ya mucho tiempo, su deber para con Dios; y sin embargo asistiendo á misa la fé se habia manifestado en su alma: dejémosle hablar:

"Estad segura de que yo, pobre soldado, hijo de la guerra, volvia mi pensamiento hácia Dios, y que en aquel corto espacio de tiempo recordé mi juventud, mi vida pasada, las lecciones de mi buena madre, los sabios consejos del piadoso cura que me preparó para mi primera comunion, y de semipagano que era diez minutos antes, me encontré discípulo devoto de una religion que hace tales milagros, y que comunica al corazon esperanzas tan dulces y consuelos semejantes. Desde entonces se celebra una misa igual todos los domingos, á la que me dice la

conciencia, que debo asistir; y al salir de oirla me creo valer mas como hombre y como soldado, porque me digo, mi madre ruega por mí: hoy pago tambien mi deuda, porque ruego por ella.

«La oracion del soldado, que acaso morirá mañana, y que, sin pensar en sí mismo, pide á Dios felicidad para su anciana madre que no tiene mas consuelo que él, debe subir al cielo derechamente.

«Al salir de allí marcho muy alegre á la trinchera, ó al combate diciéndome!: Adelante, que tu madre ruega por tí, y Dios vela sobre tí!»

I.

He aquí un hecho agradable, cuya autenticidad ha garantizado el *Courrier des Alpes*, estando además en perfecta armonía con la delicada y paternal bondad de S. S. Pio IX, así como con la franqueza de nuestros buenos soldados, para no ser verdadero.

«Hace algunos meses que un soldado del ejército de Oriente, escribiendo á uno de los soldados del ejército francés de guarnicion en Roma, le hacia el cuadro mas triste de las privaciones y de las fatigas que pasaban, de los peligros á que estaban espuestos, y de los estragos que hacian en sus líneas las en-

fermedades y las balas rusas; y concluia su carta encargándole, que *llevase* sin tardanza al papa en persona *una misa* por la conservacion del ejército francés:

«Fiel al encargo que le daba su amigo, el corresponsal de Roma se va al vaticano á la mañana siguiente, y suplica al primer guardia que le sale al paso, que le conduzca á presencia del soberano pontífice.

«Pero mi buen hombre, le responde el guardia, ¿habeis obtenido antes una audiencia?» Todo eso está muy bien para los grandes señores, replica el soldado, pero con un simple soldado no hay que guardar tantas consideraciones.

«El guardia no queria faltar al ceremonial, el soldado por su parte parecia tan poco dispuesto á someterse á él, que no hubo remedio sino conducirlo al prelado introductor. Allí se hicieron las mismas observaciones por una parte, y las mismas instancias por la otra. En fin, perdidas las esperanzas de traer á razon al importuno é impaciente visitador, el prelado fué á comunicárselo á su santidad. Como es fácil de imaginarse, la curiosidad de Pio IX. se escitó vivamente por la calidad y la desenvoltura del personage en cuestion: de suerte que se dejó entrar al soldado inmediatamente, no haciéndose alto

en la etiqueta del vaticano.

«Así que nuestro hombre se vió delante de su santidad se puso derecho como una estaca, y despues de hacerle el saludo militar llevándose la mano á la frente le dirigió las siguientes palabras en la misma forma que si estuviera hablando con el teniente de su compañía.

«Mi Papa, aquí teneis una carta de un camarada de la Crimea, en que me habla de vos, hacedme el favor de leerla, y decidme lo que se le ha de contestar.» Al mismo tiempo presentó al soberano pontífice con una mano la carta de su amigo, y le queria entregar con la otra algunas monedas. El papa cogió la carta, y despues de haberla leido, se la devolvió al soldado diciéndole:

«Amigo mio, mi misa de mañana tiene un destino invariable, pero pasado mañana la diré por el gran ejército francés. Sin embargo, pongo una condicion, y es que vengais á oirla, y os dispongais para recibir en ella la santa comunion. En cuanto á la retribucion que me ofreceis, guárdala para beber á la salud de vuestros bravos compañeros de Crimea.

«Basta, mi Papa, responde nuestro visitador, voy á prepararme sobre la marcha para celebrar una revista con el capellan del regimiento, y pasado mañana

á la hora convenida estaré en mi puesto.» —Y en seguida se llevó de nuevo la mano á la frente, dió media vuelta á la derecha y se retiró dejando á su Santidad complacido con aquel desenfado militar.

«En efecto, dos dias despues aquel soldado, tan buen cristiano como buen amigo, asistia á la misa del Soberano Pontífice, y tenia la dicha de recibir de su mano la sagrada comunion.»

II.

El mariscal Pélissier ha establecido su cuartel general en Kamiesch. La iglesia, así como nuestro ejército, han tomado posesion de esta tierra conquistada por una potencia cismática. El 4 de Diciembre de 1855 escribian de la nueva ciudad francesa al periódico de Constantinopla titulado la *Presse d'Orient*: «El domingo inauguramos nuestra capilla: solemnidad que se efectuó con toda la pompa apetecible. El general Sol, comandante superior de Kamiesch habia tomado las medidas convenientes para dar todo el esplendor posible á esta interesante ceremonia, y cada cual de por sí ha secundado sus miras lo mejor que ha podido. Los habitantes de Kamiesch tienen ya el orgullo de poseer un campanario; y porque tenemos un

campanario tendremos una campana. Todos han querido asistir á la fiesta que completaba la fundacion sumaria de nuestra ciudad.

«A las 11 y 30 el general Sol salió del patio de la gendarmería, y entre unas hileras de soldados se dirigió hácia la plaza nueva en la que se eleva nuestra modesta iglesia. Detrás del mariscal marchaba su estado mayor, el comandante de ingenieros, el capitan Potié, comandante de la gendarmería, Mr. Racanié, presidente del consejo de prohombres, los miembros del consejo, el arquitecto del distrito y los empleados de la administracion civil. Un gran número de oficiales de la guarnicion de los demás cuerpos y de la escuadra se habian unido al estado mayor del general. A la puerta de la iglesia se hallaban los gendarmes, y la circunferencia de la plaza estaba guarnecida por un batallon del 64.º»

«El señor cura de Kamiesch comprendió dignamente el papel que representaba, y concluida la consagracion religiosa, el P. Reinach, antes de celebrar el oficio divino, dirigió al auditorio un discurso muy animado, elevándose hasta brillar con rasgos de una verdadera elocuencia al trazar la parte, que ha tenido la religion en la guerra que ha llevado nuestras

tropas á Crimea. ¿No es, en efecto un verdadero acontecimiento la creacion de una iglesia francesa en una ciudad francesa dentro del territorio de la Rusia? El predicador desenvolvió este tema con talento, y ha sido escuchado con recogimiento y emocion. Durante la ceremonia la magnífica música del 94.° de línea tocó las mejores piezas de su repertorio.

Mientras las tropas que quedaban al frente del enemigo tomaban sus cuarteles de invierno en Kamiesch, en el campamento de Traktir, en Inkermann, en las riveras de la Tchernaïa, en Eupatoria y en Kinburn en medio de los yelos, muchos de nuestros regimientos de Crimea, reducidos despues de dos años de guerra, volvian á Francia donde se les recibia con aclamaciones en todas partes; y Paris, tan frio y murmurador generalmente, se distinguia en primera línea por la vehemencia de su entusiasmo. El Emperador daba las gracias á estos héroes haciéndoles entrever nuevos peligros. Hé aquí su proclama:

"¡Soldados!

"Vengo á saliros al encuentro como en otro tiempo el senado Romano salia á las puertas de Roma á recibir á sus legiones victoriosas. Vengo á deciros; que habeis merecido bien de la patria.

"Grande es mi emocion porque á la dicha de veros otra vez se mezclan un dolor acerbo por aquellos, que ya no existen, y un pesar profundo de no haber podido yo mismo conduciros al combate.

"Soldados de la guardia y soldados de línea bien venido seais.

"Vosotros representais á todo aquel ejército de Oriente, cuyo valor y perseverancia han dado nuevo lustre á nuestras águilas, y reconquistado para la Francia el rango que le corresponde.

"La patria, atenta á todo lo que se ha efectuado en Oriente, os acoge tanto mas orgullosa, cuanto mejor mide vuestros esfuerzos con la pertinaz resistencia del enemigo.

"Os he llamado, aunque todavía no se ha concluido la guerra, porque es justo reemplazar á su vez á los regimientos que mas han sufrido, para que así puedan todos tener su parte de gloria, y porque interesa al pais, que sostiene 600,000 soldados, que haya ahora en Francia un ejército numeroso y aguerrido, pronto á presentarse donde la necesidad lo exigiere.

"Conservad pues cuidadosamente los hábitos guerreros, robusteceos con la esperiencia adquirida, estad dispuestos á responder á mi llamamiento, si fuere necesario; pero lo que es en este dia olvidad las mo-

lestias de la vida militar; dad gracias á Dios por haberos conservado y marchad ufanos por entre vuestros compañeros de armas y vuestros conciudadanos, cuyas aclamaciones os esperan."

"Como ha dicho el *Moniteur*, todas las clases de la poblacion se habian asociado á aquella festividad patriótica. La ciudad entera habia salido al encuentro de nuestros soldados victoriosos para aclamarlos á nombre de la Francia. Las calles, los boulevares, las plazas que debian atravesar las tropas y todas las inmediaciones estaban adornadas con emblemas significativos, y brillantemente empavesadas."

No quisiéramos terminar estas relaciones que muestran los triunfos de la Iglesia y de la Francia con palabras en que pudiera verse un pensamiento de queja ó de temor; pero permítasenos espresar un deseo. El servicio de las capellanías del ejército no ha recibido toda la organizacion y desarrollo que necesita. Los sacerdotes agregados á las diferentes divisiones no son suficientes para los trabajos que deben desempeñar; las vacantes no se han llenado con toda la prontitud, ni con toda la abundancia necesarias. A los muertos, que hemos citado en otro capítulo de esta obrita, se deben agregar otros, y especialmente el presbítero Gau-

thier arrebatado en pocas horas del cólera.

Solamente el celo que ha hecho á nuestros venerables sacerdotes arrostrar todo género de privaciones y peligros para prodigar las atenciones de su ministerio á los hombres de buena voluntad, es quien ha podido sostenerlos durante campañas tan crueles; pero el celo, aun cuando obra prodigios, no hace milagros contínuos, ni impide que, sucumbiendo al fin, se muera como mártir de la caridad. En esto hay necesidades é intereses, en que debe fijarse toda la atencion del gobierno.

Concluyamos con algunas reflexiones tomadas del periódico, en que hemos hallado gran parte de los documentos que forman este volúmen.

"Las ideas de sangre, de violencia y de carnicería que despierta el solo nombre de guerra, nos presentan simultáneamente en la imaginacion á los hombres que luchan en ella, bajo yo no sé qué aspecto de áspera y feroz osadía, como nos los presentan hombres, que despreciando su propia vida, hacen poco caso de la vida de los demás, y de ninguno de sus sufrimientos; y que desconocen en cierto modo la compasion, al menos por el tiempo que dura el terrible y dudoso trance en que se ven comprometidos. Sin embargo, la escelente com-

posicion del ejército francés desenvuelve y fortalece en él aquellos tiernos y afectuosos sentimientos, que debian naturalmente desaparecer con los hábitos y las necesidades de la vida militar. El hombre se encuentra allí colocado entre dos familias, la de la bandera que le rodea, y ya se sabe con cuanto cuidado, ó mas bien con cuanta ternura; y la suya propia, la familia de que está ausente, pero de la que no se ha separado su corazon. El soldado francés al mismo tiempo que soldado, sigue siendo hijo, padre, esposo y ciudadano. Constituido bajo estas condiciones de afecto, que presente ó ausente le están de continuo exhortando al cumplimiento de sus deberes, y que son las que deben hacerle mas fuerza, el soldado, sin perder nada de su energía, es naturalmente afable, moderado, paciente y en fin caritativo, porque de todas las virtudes que, procedentes del Calvario, han formado al mundo Cristiano, y que lo sostienen, aun despues de haberse debilitado en él los principios del cristianismo, la mas esencial, la mas constante es la caridad. Ella está, se puede decir, en la sangre cristiana, y por excelencia como lo ha visto probado el mundo, en la sangre francesa. Este es el esclarecido título de la Francia, el glorioso derecho de progenitura, que reivindica entre

las naciones, y que fija en los pliegues de su estandarte, como los obispos fijaron en otro tiempo la Eucaristía: ella lo hace ondear hasta en los campos de batalla en manos no solamente de sus hermanas de la Caridad, sino tambien de sus soldados, que gustosamente se convierten en cuidadosos asistentes de sus compañeros enfermos, que se arrojan hasta bajo las descargas de las baterías enemigas, como se ha visto en Inkermann, á socorrer á los moribundos del mismo enemigo, y que para asistir á los heridos y dar sepultura á los muertos no se sienten bastante fatigados, ni en la tarde misma de un dia de batalla.

"Si el cristianismo pudiera perecer, la caridad seria su último perfume en la tierra, y bien puede creerse, que esa nobilisima flor del Evangelio ahondaria sus últimas raices, y tomaria su última savia en aquel pais, que doscientos años despues de la muerte de San Vicente de Paul, y sesenta del reinado de Robespierre, cuenta por millares sus hermanas de la caridad, y puede sin empobrecerse dar abasto con ellas á todas las naciones del mundo." (1.)

FIN.

---

(1) *Univers*, 18 de Diciembre de 1855. Mr Luis Veuillot.

(1) Univers, 18 de Diciembre de 1853. Mr. Luis Veuillot.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO.

		Páginas.
	Dedicatoria del traductor. .	V
	Prólogo de id.	VII
	Id. del Autor.	XI
Capitulo	I. La primera Campaña de Crimea...Causas de la Guerra.	1
,,	II. Preparativos de Guerra. . .	22
,,	III. El cólera en el Campamento de Gallipoli.	45
,,	IV. La Francia Católica y Militar en Grecia.	60
,,	V. El Campamento de Varna.... Soldados, Capellanes y Hermanas de Caridad. . .	72
,,	VI. El Capellan en un dia de batalla.	87
,,	VII. Muerte del Mariscal Saint-Arnaud.	94
,,	VIII. La licencia de los Campamentos.	99
,,	IX. La armada.	123
,,	X. En el Mamelon Verde. . . .	136
,,	XI. Accion de gracias, actos de fé	152
,,	XII. En la Trinchera.	167
,,	XIII. Diversos Episodios.	186
,,	XIV. En el Hospital.	211
,,	XV. Toma de Sébastopol.	249
,,	XVI. El mes de Maria en los Hospitales de Constantinopla—El Corpus-Christi.	289
,,	XVII. El Ejército de Oriente en Francia y en Roma.	296
,,	XVIII. Fin de la Campaña de 1855. .	316

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO.

Páginas.

Dedicatoria del traductor. . . V
Prólogo de id. VII
Id. del Autor. XI

CAPITULO I. La primera Campaña de Cuba... 1
" II. Preparativos de Guerra. . . 23
" III. El cólera en el Campamento de Galiapoh. 45
" IV. La Francia Católica y Militar en Grecia. 80
" V. El Campamento de Varna.... 75
" VI. [illegible] 97
" VII. [illegible] 91
" VIII. La [illegible] monte. 99
" IX. La [illegible] 123
" X. [illegible] 139
" XI. [illegible] 152
" XII. [illegible] 167
" XIII. [illegible] 180
" XIV. [illegible] 211
" XV. [illegible] 219
" XVI. [illegible] 280
" XVII. El [illegible] 280
" XVIII. Fin de la Campaña de 1854. . 316

BIBLIOTECA PROVINCIAL
GADITANA DE LA SOCIEDAD ECONÓMICA

1068296